



EMMA K. JOHNSON

MI MEJOR  
CLIENTE



# Mi Mejor Cliente

*por Emma K. Johnson*

Ésta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos residen únicamente en la imaginación del autor, y cualquier parecido con gente real, viva o muerta, es mera coincidencia.

Ninguna porción de este trabajo puede ser reproducida de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor, con la excepción de propósitos editoriales y de reseña.

© 2021, Emma K. Johnson.

# **CONTENIDO**

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 6.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10.](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Capítulo 24.](#)

[Capítulo 25.](#)

[Capítulo 26.](#)

[Capítulo 27.](#)

[Capítulo 28.](#)

[Capítulo 29.](#)

[Capítulo 30.](#)

[Capítulo 31.](#)

[Capítulo 32.](#)

[Agradecimientos y otras obras](#)

# Capítulo 1.

*Gina*

—¡Mujer, eres una maravilla! —Dijo el señor Quevedo al leer el contrato en sus manos—  
¡¿Cómo diablos conseguiste estos términos de compra?!

Sonreí al verlo poner los papeles en la mesa a un lado de su bebida, sacar una pluma de su chaqueta y firmar sin aguantar su risa rasposa de satisfacción.

—Le prometí el mejor trato posible para comprar Wextler Avionics, señor Quevedo —  
sentada al lado opuesto del señor Quevedo apoyé mi espalda en el respaldo de la silla y le miré a los ojos—. Yo cumplo mis promesas.

—No te mentiré, querida —dijo el señor Quevedo antes de darle un sorbo a su bebida y cerrar la carpeta con el contrato—. Cuando Beatriz de Marín me dijo que asignaría la negociación de la compra a alguien más me sentí desplazado. Como si ya no fuera un cliente importante para ella ni para su bufete, pero me aseguró —apuntó con su dedo índice hacia mí— que estaría tan satisfecho con tu representación que apostó los honorarios de este mes de que así sería.

“*Con razón estaba nerviosa cuando me asignó la negociación,*” pensé, recordando aquella reunión con mi jefa.

—¿Entonces, señor Quevedo? —Dije mientras esforzaba una sonrisa arrogante— ¿Trabajé gratis o me gané mis honorarios?

El señor Quevedo rio por unos momentos antes de que su asistente le susurrara algo al oído. Dejó de reír, pero no de sonreír.

—Lo siento, querida —dijo al deslizar la carpeta hacia mí—. Necesito atender un asunto urgente, pero sobra decir que te has ganado tus honorarios y quizá hasta un ascenso.

Hice lo mejor posible para no saltar de mi asiento. —Estamos para servirle, señor Quevedo.

Me levanté y estreché su mano. Le miré mientras él y su asistente dejaban el bar. Dejé que pasara una cantidad razonable de tiempo antes de levantar mis brazos por encima de mi cabeza y bambolear mis caderas celebrando con una danza ridícula que me salió del alma. Menos mal que estábamos en un bar o la gente me habría mirado como si estuviera loca.

Caray, hubo varios comensales que sí lo hicieron.

Alguien me tocó el hombro. Giré y vi a Esther dando saltos pequeños compartiendo mi emoción.

—¿Ese bailecito tan lindo significa lo que pienso? —preguntó con su inconfundible voz de niña pequeña.

Eché mi cabello hacia atrás e incliné mi cabeza a un lado. —Futura socia —dije.

Esther dejó salir un chillido de emoción antes de cogerle el brazo al camarero que pasaba junto a nosotros tan fuerte que casi se le cae la bebida que traía en las manos del susto.

—¡Margaritas, por favor! —gritó.

Reíamos al sentarnos. Me habían dicho que no debía ser tan amigable con mi asistente, pero ¿cómo no serlo? Esther poseía una alegría que contagiaba hasta al más amargado, aunque a veces su energía y entusiasmo espantaba a la gente como al camarero cuando trajo nuestras bebidas.

—¡Por la futura socia! —gritó Esther al levantar su margarita tan rápido que la derramó un poco encima de su brazo y de mi frente.

—¡Por Dios, Esther! —dije entre risas mientras me secaba con la servilleta en la que el camarero dejó mi bebida.

—¡Lo siento, jefa! ¡Lo siento! —dijo Esther cubriendo su boca sin duda tratando de ocultar que también estaba al borde de soltar una carcajada.

—No ha pasado nada —dije sonriendo. Cogí mi propia margarita y la toqué despacio con la de ella—. Por la futura socia.

—¡Sí! —dijo Esther sonriendo de oreja a oreja. Tras beber la mitad de su margarita de un trago miró alrededor y asintió— Este lugar no está nada mal, ¿por qué nunca habíamos venido?

Miré a mi alrededor. Hacia el otro lado del bar estaba la salida hacia el Casino Crescendo. Aunque llevaba un par de años con las puertas abiertas todavía se veía como nuevo. Noté las mesas llenas de personas mirando las pantallas colgadas cerca del techo del bar mostrando algún partido de fútbol, carreras —ya sea de caballos o galgos—, pelea de artes marciales mixtas y cualquier otro evento en el que se pudiera apostar.

*“Debería investigar qué deporte estaba viendo el señor Quevedo mientras esperaba,” pensé. “Puede que yo me encargue de su cuenta de ahora en adelante.”*

—No tengo interés alguno en los juegos de azar o los deportes —dije antes de dar un sorbo a mi bebida—, pero reconozco que hacen excelentes margaritas.

—Creo que convenceré a los chicos para que vengamos aquí de ahora en adelante.

—No estaría mal —miré a mi asistente—. Si me ofrecen ser socia vendremos aquí a celebrarlo.

—¡Cuando te ofrezcan ser socia! —dijo, terminando su margarita—No seas ridícula, acabas de generarle al bufete una comisión de más de doscientos mil dólares. *Tienen* que ofrecerte un lugar entre los socios.

—Atención, atención —dijeron en el altavoz—, en media hora iniciará el torneo satélite que dará como premio una entrada pagada al Abierto de Póker de Ciudad del Sol. Participantes, favor de...

Muchos comensales se pusieron de pie y abandonaron el bar. A algunos se les notaba nerviosos, otros entusiasmados y muy pocos se les veía emocionados.

—¿Abierto de qué...? —preguntó Esther, mirando algunos pasar hacia el casino.

Cogí un panfleto encima de nuestra mesa. —“Primer Abierto de Póker de Ciudad del Sol” —leí y me detuve al ver las cifras de los premios garantizados—. Joder, con razón esta gente quiere participar.

Esther cogió el panfleto y casi se atraganta. —¡Es una locura!

—¿Qué es una locura? —preguntaron desde atrás de mí.

En cuanto vi el rostro de Esther iluminarse supe quién estaba detrás de mí. Giré siguiendo a Esther correr hacia el hombre de su vida a darle un beso tan apasionado que hubiera entendido si ella se subía encima de él en ese momento.

—¿Estás borracha, bombón? —preguntó entre risas.

Esther asintió rápido y rio. —Borracha de amor por ti, bombón.

Giré mis ojos hacia arriba y negué con la cabeza. —¿Nos acompañas, Eric? —le pregunté— Tienen muy buenas margaritas. Yo invito.

—Estoy muerto, Gina —dijo, abrazando a su chica—. Acabo de salir de mi turno, pero —miró a Esther— si quieres quedarte...

Esther me miró. —Tenemos que tomar una declaración mañana —le dije—, así que...

—Mierda, tengo que llegar temprano a preparar la sala de juntas —gruñó Esther. Ella y Eric se miraron a los ojos y cualquiera que los viera podría ver que estaban locos uno por el otro.

—¿Necesitas que te llevemos, Gina? —preguntó Eric.

“*¿Y aguantar verlos dándose besitos y diciéndose cositas dulces todo el camino?*” pensé. “*Joder, no. Me dará diabetes solo de verlos.*”

—No, me quedaré otro rato.

—¿Segura? No tenemos problemas con...

—Segura —le insistí a Eric—. Me termino mi margarita y tomo un taxi —apunté hacia una televisión—, o quizá me quede viendo el juego.

—Tú eres la jefa, jefa —dijo Esther, cogiéndole la mano a su chico y caminando hacia la salida— ¡Nos vemos mañana!

Reí mientras los veía irse abrazados. Respiré profundo y me puse en el lugar de Esther unos instantes antes de dejar salir una risita. Eric estaba guapo y tenía un buen físico como cualquier buen bombero lo tendría, pero no era mi tipo. Era demasiado... No sé, lindo, supongo sería la palabra para describirlo.

“*Pero algunos de sus amigos,*” pensé, sonriendo para mí misma y atreviéndome a imaginar. “*Olvídalo, Gina, no tienes tiempo para liarte con alguien.*”

Mi estómago se retorció tanto que alcanzó a tirar de mi garganta, y un vacío familiar dentro de mí apareció al mirar alrededor del bar.

Había chicos muy atractivos ahí. “*No seas tonta, Gina. Recuerda la última vez que conociste a un chico en un bar.*”

Me puse de pie, terminé mi margarita y pasé una mano entre mi cabello mientras veía a mi alrededor.

—Hola, muñeca —dijo un sujeto detrás de mí antes de pararse a mi lado y apoyar su mano en la mesa.

Lo miré de arriba abajo y sonreí de la forma más educada posible, y esperaba que viera en mis ojos que no tenía interés alguno en él.

—Ya casi te acabas tu copa —dijo—, deja te invito ot...

—Tengo novio —le interrumpí y miré hacia otro lado.

—No lo veo por ningún...

—Viene en camino —le dije antes de apoyar mi mentón en mi mano—, y es muy celoso.

—Debería serlo, teniendo una mujer tan guapa como...

Suspiré y giré hacia él. —Mira, amigo...

—¿Sí, Fabiola? —Dijo un hombre al ponerse entre nosotros dándome la espalda mientras ponía su gigantesca mano en el hombro del casanova— ¡Claro, Pedro se porta de maravilla! ¡Es un gran tío!

Aun con el ruido del bar a nuestro alrededor la voz de aquel tipo alcanzaba a escucharse. Mi supuesto conquistador abrió sus ojos de par en par al mirar al tipo que tenía la mano en su hombro.

—Le diré que lo estás buscando —dijo—. Adiós, hermosa —el hombre guardó su móvil en el bolsillo de su pantalón y le quitó la mano del hombro. Imposible no notar ese trasero tan espectacular que lucía en sus jeans ajustados a la perfección.

—No estaba haciendo nada —dijo mi conquistador mucho más nervioso que cuando me dirigió la palabra.

—A mí no me debes explicaciones, pero Fabiola ya te perdonó una vez —dijo el hombre entre risas—. Mejor vete a tu habitación, llama a la madre de tus hijos y duerme con la consciencia tranquila.

El tipo, supongo se llamaba Pedro, rio, me miró de reojo, y se fue. Era la primera vez en mi vida que alguien salía en mi defensa.

Aquel tipo se puso de perfil junto a mí y nos miramos a los ojos. Irradiaban un brillo igual de intenso que el color azul de sus iris, como si fuera capaz de leer mis pensamientos al cruzar su mirada con la mía. Apenas y podía desviar la vista, pero en los pocos instantes que logré hacerlo noté un rostro perfecto.

Si las mujeres usábamos maquillaje para vernos sexy, las barbas hacían lo mismo para los hombres, y la de este tipo cumplía esa precisa función. Todo su cabello, barba, y bigote tenía tramos de gris y blanco.

Por las pocas arrugas en su rostro imaginé que era mayor. Diez, quizá veinte años mayor a lo más. Y su mirada tenía una alegría que me contagió. Ya había olvidado al papanatas que intentó ligarme.

—No necesitaba ayuda —le dije—, pero gracias.

El sujeto rio. No podía evitar reír junto con él. Algo tenía su risa, como si estuviera invitándome a compartir la gracia del momento, aunque no supiera cuál era.

—No estaba ayudándote a ti, guapa —dijo con una sonrisa, recargando su espalda contra mi mesa y manteniendo su cabeza girada hacia mí—. Lo estaba ayudando *a él*.

—¿A él?

—A él.

Entrecerré los ojos. — ¿Le ayudaste a él?

—¡Por supuesto! —Levantó el mentón y se atrevió a darme una mirada de arriba abajo sin el mínimo esfuerzo para disimularla— ¿O acaso no le habrías dado una patada en los huevos con tal de que se largara?

Solté una carcajada tras ya no poder resistir los nervios que su cercanía provocó. Nervios buenos, *muy* buenos.

—¿Ves? —Apoyó su codo que alcanzó a rozar mi mano en la mesa— Solo ayudé a otro hermano hombre a que no le rompieran las joyas de la familia. Entre hombres nos cuidamos, sabes.

—Solo le hubiera abofeteado —le dije.

Se giró, y al hacerlo deslizó su codo encima de la mesa, bajó su brazo y el dorso de su mano quedó tocando la mía. Aquel contacto me transmitió una energía de él, un magnetismo que me volvió imposible siquiera mirar a otro lado.

El gris y blanco de algunos pedazos de su cabello y barba contrastaba con su físico. Tenía la musculatura de un joven atleta y la vanidad para lucirla usando una camiseta ajustada.

—Entonces eres mejor mujer que yo —dijo, y ambos reímos. Ofreció su otra mano para estrechar—. Soy Víctor.

La cogí, suspiré y por poco le digo mi nombre verdadero. —Lucy —le dije.

—¿Y qué hace una abogada corporativa en un bar de casino, Lucy? —preguntó.

Abrí mis ojos de par en par. —¿Cómo...?

Apuntó a la silla a mi lado, donde tenía mi maletín. —Ahí dice “Vang y Asociados” —dijo—. Si la memoria no me falla, son un bufete de abogados bastante grande aquí en Ciudad del Sol.

—Quizá soy una asistente legal —le dije.

Apretó sus labios y movió su cabeza de lado a lado. —No —dijo—. Una asistente legal no tendría... —tocó con su mano abierta entre mi hombro y cuello— Todo este estrés acumulado —levantó su otra mano y la dirigió hacia mí— ¿Puedo?

Apreté mis labios sonriendo y asentí. “¿De verdad va a...?”

En un par de pasos se colocó detrás de mí y puso sus manos en mi espalda alta. Todo pareció transcurrir en cámara lenta y no hice nada para detenerlo.

“Sí, sí va a...”

Cuando frotó con la presión justa en los lugares ideales eché mi cabeza hacia atrás y suspiré. Sus manos eran grandes, fuertes y sabía cómo usarlas a la perfección. Otros intentos de masajes me hacían retorcer del dolor o no me hacían sentir nada, pero este tipo. ¡Dios! Toda la dureza que tenía en mis hombros se derritió como nieve.

Cerré mis ojos un momento y los abrí cuando mordí mi labio inferior y una corriente cálida y eléctrica sacudió mi interior. Giré mi cabeza un poco hacia atrás.

—¿Siempre te resulta ofrecer masajes a las chicas que conoces en el bar? —le dije entre suspiros.

—Eres la primera con la que lo hago, así que aún no sabría decirte si es efectivo como herramienta de seducción.

Reí y giré mi cuerpo en la silla, quedando de perfil. No quitó una mano de mi cuello, y al girar terminé contra su brazo.

Froté mi labio inferior con mis dientes superiores mientras le miraba su mueca confiada y demasiado apetecible. Puse mi mano abierta en su pecho y alcé mis cejas al comprobar que estaba en mejor forma que algunos chicos con los que había salido.

Y su aroma. Joder, tenía una frescura que me nubló el juicio entre más tiempo lo respiraba.

Levanté la mirada y lo encontré sonriendo.

“Bueno,” pensé, ampliando mi sonrisa y lamiendo mis labios. “Estoy celebrando, después de todo.”



## Capítulo 2.

*Victor*

—¡Hostia! —me quejé al recibir tremendo codazo en mis costillas que me sacó de un tirón del país de los sueños. Abrí los ojos y miré a la salvaje belleza que había agotado todas mis energías un par de horas atrás bajar sus pies y sentarse en la orilla de la cama.

—Mi móvil —dijo Lucy—, ¿dónde está mi móvil?

Reí y le cogí la mano. —Te vi meterlo en tu maletín encima de la silla —le dije, apuntando con mi otra mano junto a la ventana al otro lado de la habitación—. Regresa a la cama, guapa —acerqué mi boca a su cadera y le mordí.

Ella rio. Joder, algo tenía esa risa que me hacía sonreír cada que la escuchaba. Era droga en mis oídos que me ponía cachondo al instante.

—¿Tres veces no bastan? —dijo entre risas y pasando su mano entre su cabello.

—¿Quién, en su sano juicio, le pondría un puñetero límite al placer? —dije, mordiéndole de nuevo, más cerca del hueso de su cadera, y su cuerpo se estremeció de una manera que jamás podría cansarme de provocar.

—Debo irme —dijo, poniéndose de pie.

Gruñí y la miré caminar desnuda alrededor de la cama y levantar su ropa que fuimos dejando por todo el suelo de la suite. Dios tomó su tiempo al crear esos magníficos pechos sabor a vainilla.

Por la forma en que mantenía encogidos sus hombros imaginé que Lucy era el tipo de chica que no tenía ni puñetera idea de lo hermosa y sensual que era. Es una puta tragedia cuando eso sucede.

—¿A dónde tienes que ir a esta hora de la madrugada? —Dije— No me digas que te regaña tu mamá si no llegas a casa.

Lucy rio y negó con la cabeza. Sacó su móvil de su maletín. —Joder, ya es tarde.

—Razón de más para que te quedes —dije al levantarme de la cama—. Anda, más tarde te llevo a donde necesites ir.

—*Necesito* ir a casa —dijo, subiéndose sus bragas. Me miró de reojo y puso su mano en mi pecho cuando estaba por cogerle la cintura—. Esta noche fue espectacular.

—Deberíamos repetir —dije—. Se lo debemos al mundo.

Ella rio al subirse su falda ejecutiva. — ¿Al mundo?

—Claro —recogí su sujetador y lo levanté a la altura de mi rostro—. Sería una tragedia de proporciones épicas si una noche como la que tuvimos jamás volviera a repetirse.

—Estás loco —arrebató su sujetador de mi mano y se lo colocó—. Si no somos la única pareja que puede tener sexo.

—Lo que tuvimos no fue sexo, guapa —le dije, acercándome para cogerle de la cintura—. Lo que hicimos fue arte.

Ella rio y puso sus manos encima de mi pecho. — ¿Arte?

—Una puñetera obra de arte —le dije—. Deberíamos grabarlo —amplié mi sonrisa—. Ya

sabes, para que futuras generaciones sepan cómo se debe follar.

Lucy se carcajeó al dar un paso hacia atrás. Recogió su blusa del suelo y terminó de vestirse.

—Gracias por una noche maravillosa —dijo al ponerse sus tacones—. Pero no se repetirá.

—¿Así que solo me usaste? —Pregunté sentándome en la esquina de mi cama— Me siento tan sucio.

—Estoy segura de que lo superarás —dijo Lucy al caminar hacia mí. Le cogí de la cintura, ella bajó su rostro hacia el mío y nos besamos.

Esos labios. Coño, esos labios sí que sabían encenderme como ninguna mujer lo había hecho en mucho tiempo.

Luego de robarme el aliento y dejarme su sabor en la lengua y en mis pensamientos se dio la media vuelta, cogió su maletín y salió de la suite sin siquiera un Adiós.

Puse mis manos en los muslos, respiré profundo, y miré hacia abajo al capitán que ya estaba listo para el combate cuerpo a cuerpo.

—Descanse, soldado —le dije, dándole una palmada juguetona.

Miré la hora y vi que eran las dos de la mañana. Podría haber ordenado algo al servicio de habitaciones, pero recordé que el hotel tenía un servicio de bufé libre las veinticuatro horas.

—Me vendría bien estirar las piernas y quemar esta energía extra que me dejó esta mujer — dije para mí mismo antes de vestirme y salir de la habitación.

Bajé por el ascensor y aproveché la espera para enviarle un mensaje a Leonel. A ese fanfarrón le encantaba jugar durante la madrugada y quizá había lugar en su mesa.

Al salir miré hacia el vestíbulo del hotel y ahí afuera de las puertas de cristal vi a Lucy subirse a un taxi e irse. Ni Flash la habría alcanzado. Apreté mis labios y suspiré.

Una palmada fuerte y sonora en mi trasero me sacó de mi fantasía.

—¡Epa! —grité y di la vuelta para encontrar a la reportera más sensual que la cadena televisiva tenía para cubrir los torneos de póker a nivel internacional. —¡Calista Fuentes! —grité al darle un gigantesco abrazo que ella me correspondió.

Aunque fuera de madrugada ella siempre se veía fresca como una lechuga, con su cabellera rubia ondulada a la perfección y solo el suficiente maquillaje para esconder esas ojeras por tanto dormir tarde. Y claro, qué decir de esos vestidos de noche que siempre traía.

—Necesitas ir al gimnasio, chico —dijo, cogiendo mi culo con ambas manos y apretando fuerte—. Los años te las están poniendo más suaves.

—Podría decir lo mismo de las tuyas, Cali —dije, cogiéndole su culo y apretarlo—, pero sería una mentira descarada.

Calista rio y mordió sus labios. —¿Vas a buscar una mesa? —preguntó, pasando su mano entre su cabello— Acabo de ver a Leonel dándose un banquete con unos hombres de negocios que acaban de llegar.

Miré mi móvil. —Por eso no contesta mis mensajes —dije antes de guardarlo y poner las manos en mi cintura— ¿Quieres acompañarme? Estoy seguro de que Leonel aún recuerda ese *Full House* con el que lo dejaste sin nada en Atlantic City.

Ella rio. —Vale —dijo, cogiéndome la mano—, pero deja subo primero a cambiarme.

—¿Por qué accedería a eso? —dije, mirándola de arriba abajo.

—Porque he estado en tacones todo el día —se quejó, y pasó una mano encima de su vestido —, y esta mierda está tan ajustada que no sé cómo puedo estar respirando en este momento. Me muero por mis jeans y unas zapatillas.

—Estás consciente que esas cosas son tus mejores armas en una mesa de póker llena de

hombres, ¿cierto? —dije, apuntando con mi dedo índice a su escote.

—No te preocupes, cariño —dijo, guiñándome el ojo—, estoy muy consciente de eso.

—Vale, hermosa, vale —dije—. Iré a comer algo mientras te cambias.

Calista me dio un rápido beso en la mejilla y corrió dentro de un ascensor del que algunas personas bajaron.

—¿De verdad, Vic? —preguntaron detrás de mí.

Sonreí y giré a ver a Nico, mi socio, de pie frente a mí con esa cara llena de prejuicios que siempre ponía antes de regañarme.

—Buenas noches a ti también —dije, dándole una palmada en el hombro—. ¿Ya cenaste? Iba hacia la cafetería.

—Son las dos de la mañana Vic, claro que ya —dijo—. Cené con la gente de la cadena que cubrirá el torneo para negociar los espacios publicitarios de JetHouse. ¿Recuerdas JetHouse? ¿Nuestra página web de apuestas y patrocinador del Abierto de Póker de Ciudad del Sol?

Le miré a los ojos unos momentos y suspiré. —Conseguiste el espacio publicitario durante la mesa final —dije, sonriendo.

Él rio. —Maldita sea, Vic —dijo, cruzando sus brazos—. ¿Tienes idea de lo útil que sería esa atención en las mesas de negociación?

—¿Qué quieres que diga? —me encogí de brazos— Tengo plena confianza en tus habilidades.

—La cadena televisiva quiere entrevistarte —dijo—. Eres, después de todo, uno de los favoritos.

—Sabes tan bien como yo que esos pronósticos son una basura.

—Lo sean o no —dijo Nico—. Debemos tener contenta a la cadena.

—Sí, sí, como sea —dije, negando con la cabeza—. Le diré a Calista que ella me entrevistó. Al menos si tengo que hacer eso lo haré con un rostro amigable.

—Entonces no folles con ella —dijo Nico, y yo solté una carcajada—. ¿Necesito recordarte el fiasco en Montenegro?

—¡No hay comparación! —dije riendo— ¡Jessica era jugadora del torneo, no reportera! Y Calista es solo una amiga que de vez en cuando me deja verla desnuda y hacerla sudar.

Nico gruñó. —Me rindo contigo. No importa cuántos problemas causes con tu comportamiento siempre regresas a lo mismo.

—Soy un imbécil encantador —dije—. Soy constante de esa manera.

—No folles con la reportera, Vic —dijo Nico—. Me voy a dormir. Mañana tengo reunión con José Ramón Valtierra.

—Pensé que lo habíamos despedido.

—No puedes solo despedir a tu... —dijo Nico, luego suspiró—. Tú déjate ver en los torneos satélite, firma autógrafos y no causes ningún escándalo. Yo me encargo de las nimiedades.

—De ninguna manera —dije, acercándome a él—. Lo despedimos porque el hijo de puta no quiso llevar el caso de Julius. Tú agenda las entrevistas, yo decidiré con qué despacho de abogados trataremos.

Nico gruñó. — ¿Has pensado que podría haber un motivo por el que no quiso llevar el caso de tu amigo?

—¿Has pensado que no me importa? —le dije— Si un bufete quiere nuestro negocio, tiene que ganárselo.

—Maldita sea, Vic —dijo Nico con un suspiro—. ¿Sabes qué encontró el médico durante mi

última revisión? Úlceras, Vic. Ser tu socio me causa úlceras.

—Pero jamás te aburrirás —le dije, y Nico sonrió.

Nico suspiró. —Si vas a jugar Leonel tiene a un par de peces gordos en su mesa.

—Primero como, —he de haber sonreído como un idiota— y luego...

—¡No folles con la reportera! —dijo Nico, apuntándome con el dedo— Al menos hazme caso en eso, por favor.

Esperé a que se alejara unos pasos. — ¿Y si ya hemos follado?

—Vete al diablo, Vic —dijo Nico sin voltear y levantando su dedo medio por encima de su hombro en mi dirección.

Entré a la cafetería riendo. Respiré y suspiré al ver los mostradores del bufé. Sin duda el lugar tenía excelentes cocineros pues, aunque ya fuera tarde, había varias personas en el comedor.

—¡Albóndigas! ¡Démelas todas! —exclamé a la señorita que servía la comida, y ella rio al entregarme un plato lleno de espagueti con albóndigas a la boloñesa.

Me senté de cara a la entrada de la cafetería, donde podría ver a Calista cuando bajara del ascensor, pero me sorprendí a mí mismo clavando la mirada más allá del vestíbulo del hotel hacia las puertas de cristal, donde Lucy se escapó dentro de un taxi.

Sonreí y miré mi comida. La última vez que había tenido una experiencia como la que había tenido con ella aquella noche había sido cuando... Sacudí mi cabeza, respiré profundo, me persigné rápido y llené mi boca de aquella deliciosa pasta que había llamado mi atención.

Miré al otro lado de la mesa e imaginé a Lucy ahí sentada. Sin duda era de las que comían con bocados pequeños, pero tomaba su tiempo para saborear la comida.

“*Lástima,*” pensé, negando con la cabeza. “*Lástima.*”

## Capítulo 3.

*Gina*

“*Qué noche,*” pensé sonriendo al entrar a mi casa. Mis piernas todavía temblaban y el hormigueo que recorría toda mi piel después de los orgasmos sufridos a manos de ese tipo se rehusaba a desaparecer. Jamás me habían hecho sentir de esa manera.

“*Quizá sí debí darle mi número.*”

Encontré todas las luces apagadas, tal y como lo esperaba a esa hora de la madrugada. Me descalcé, cargué los tacones en una mano y caminé tan despacio como pude.

Subí las escaleras con cuidado de no pisar el centro del escalón que siempre rechinaba al pisar y que llevaba años en la lista de reparaciones necesarias para la casa.

Respiré profundo al ver la puerta de mi habitación abierta y mi cama vacía. Entré a mi habitación y al cerrar la puerta despacio y sin hacer ruido la lámpara de mi escritorio se encendió. Quedé paralizada como un venado ante las luces de un coche en medio de la carretera.

—¿Qué hora es esta de llegar, Regina Silva?

Di la vuelta y ahí estaba mi santa madre, de brazos cruzados, sentada en mi silla de oficina mirándome, juzgándome y haciéndome sentir más pequeña con cada segundo que lo hacía.

Traía su bata de noche puesta y esas pantuflas gigantes que ha usado desde que tengo memoria. Yo ya era una mujer adulta y profesionalista, pero la presencia de mi madre me intimidaba tanto como lo hacía cuando era una niña pequeña.

—Tuve una cena de trabajo, madre —le dije, dejando caer mis zapatos junto a mi cama—. Con un cliente.

—Ese no es el lugar de los zapatos —me regañó al ponerse de pie.

Gruñí al recogerlos y arrojarlos dentro de mi armario. —¿Mejor? —le dije.

—Me tenías preocupada —dijo— ¿Por qué no me avisaste que ibas a llegar tarde?

—¡Porque ya soy una mujer adulta, madre! No es la primera vez que llego tarde.

—Mis reglas no han cambiado solo porque eres una abogada corporativa y eres mayor de edad, Regina Silva —dijo al agitar su dedo índice hacia mí—. Eres una mujer adulta y tienes derecho a salir a divertirte, pero...

Gruñí. —Sin preocupar a tu madre —dijo al mismo tiempo que ella, frase que me había dicho hasta el cansancio desde que regresé a vivir con ella luego de terminar mi última relación.

—¿Estás segura que estabas en una cena de trabajo? —preguntó mi madre, cruzando sus brazos.

Me quedé congelada ante la acusación. —Por supuesto que sí, mamá, ¿por qué...?

—Te vino a buscar Elías alrededor de las ocho.

Mi piel se erizó al escuchar su nombre. —¿Me vino a buscar...?

—Estaba preocupado porque no le contestas las llamadas —dijo con un tono preocupado.

—¡Ah, sí! —reí al coger el móvil y confirmar que, en efecto, tenía varias llamadas perdidas y mensajes de texto— Sí, ya hablé con él.

—Pensé que ya no eran novios.

—No lo somos.

—¿Entonces para qué te sigue buscando?

“*Porque es un estúpido que no entiende negativas,*” pensé al respirar profundo.

—No sé, mamá —dije, dejando caer el móvil en mi cama—. Quizá dejé algo en su casa y me lo quiere devolver, o quiere tratar de arreglar las cosas entre nosotros.

—Ay, hija —dijo mi madre negando con la cabeza antes de acercarse a mí—. Sé que no eres tan tonta para caer en eso.

—¿Caer en qué?

—¿Por qué terminaron?

Respiré profundo. “*Lo que necesitaba a las dos de la madrugada: un regaño de mi mamá.*”

—Porque me fue infiel —dije a regañadientes.

—No te escuché, Regina.

—Porque me fue infiel —dije, mirando a mi madre a los ojos.

—¿Y qué excusa estúpida te dio? —dijo con las manos en sus caderas— Porque trabajabas mucho, porque no le dedicabas tiempo a él, como si tu carrera fuera menos importante que tu relación con él.

—*Lo sé, mamá* —le dije sin ocultar mi desesperación—. Yo lo viví, yo lo mandé al demonio, yo cogí mis cosas y me vine aquí contigo. No necesito que me lo recuerdes.

—Pues parece que sí —dijo—, porque ninguna cena con ningún cliente te tiene fuera hasta las dos de la madrugada.

Me quedé callada. “*¿Qué será peor? ¿Decirle que estuve con mi ex o que me acosté con un extraño que conocí en un bar?*”

Hice mi elección.

—Está bien, mamá —dije resignada—. Estuve con Elías.

Apretó sus labios y suspiró. —¿Vas a volver con él?

—No, mamá —dije, encogiéndome de hombros—. Nada ha cambiado.

—Pues no apruebo que siga en tu vida —dijo, asintiendo—. Has trabajado tan duro para avanzar en tu carrera como para que lleges y... —pareció como si hubiera visto un fantasma— Se cuidaron, ¿verdad?

—¡Mamá!

—Ay, hija —dijo—. No sería el primer imbécil que piensa que embarazando a una mujer la podrá atar a él para toda la vida.

—¡Mamá, por favor! —respiré profundo— Nos cuidamos, mamá —dije—. Además, llevo años tomándome mis pastillas...

Ella puso sus manos en mis hombros y sonrió, algo que me pareció raro pues casi nunca la veía sonreír. —Qué bueno que seas una mujer responsable, ambiciosa y estés forjando tu propio camino.

Quedé boquiabierta y paralizada. “*¿Mi madre dándome un cumplido?*”

—¿Gracias? —fue todo lo que se me ocurrió contestarle.

—Yo entiendo que ya como adulta tienes necesidades sexuales, pero puedes conseguir alguien mejor que...

—¡Entendido, mamá! —dije a instantes de sufrir una hemorragia de mis oídos— Necesito dormir.

—Tendré listo el café cargado para cuando te levantes —dijo antes de irse—. Acuéstate que solo podrás dormir unas horas antes de ir al trabajo.

Cerré la puerta, sonreí y suspiré.

“*Joder, qué horror,*” apoyé la espalda contra la puerta y miré al techo. “*Esto fue un error,*” pensé, alejando y golpeando la parte de atrás de mi cabeza con la puerta. “*Jamás debí volver aquí.*”

Mi cerebro debió reconocer que necesitaba distraerme por lo que me mostró algunos de los muchos instantes de la noche en que ese tío me dio el mejor sexo de mi vida.

Aquellas imágenes invocaron una sonrisa en mi rostro e hicieron que mis párpados bajaran por su cuenta como si fueran un telón ante la repetición de aquella noche increíble.

“*¿Cómo se llamaba?*” pensé, quitándome la blusa. “*¿Héctor? ¿Néstor?*” al quitarme la falda reí y me dejé caer de espaldas en mi cama. “*Como sea que se llame, joder, cuando me...*”

El solo pensar en sus manos al recorrerme las piernas como lo hizo me provocó un escalofrío muy familiar desde mi entrepierna y sacudió todo mi cuerpo de adentro hacia afuera. Aquel hormigueo que tenía en mi piel aumentó su intensidad y arqueé mi espalda con una mano en mi cuello y la otra en mi vientre.

Pero su mirada. Joder, la forma en que me miraba. Yo no tuve la menor duda que era el centro de su atención en ese momento. Algo en sus ojos me dio la certeza que solo me tenía a mí en la cabeza, y toda su atención estaba enfocada en darme el mayor de los placeres.

Jamás había estado tan libre de dejarme llevar.

—Víctor —suspiré—. Sí le hubiera tomado la palabra —dije, mirando mi ventilador apagado—. Una última vez antes de despedirnos. Habría sido estupendo.

Respiré profundo y cerré mis ojos unos momentos. “*Dormiré como nunca*”, pensé, dejando mis manos en mi abdomen y reviviendo en mi cabeza la manera en que me cogió de las caderas, me levantó y... ¡Uff! La forma en que nos movimos, la cantidad de sudor que...

“*Sudor*”, pensé y gruñí. La comodidad en mi cama se esfumó sin dejar rastro. El pensamiento de tener sudor seco en todo mi cuerpo provocó una comezón en todos lados que impidió que conciliara el sueño.

“*Necesito ducharme.*” Cogí mi bata colgada dentro de la puerta de mi armario y salí de mi habitación.

Me detuve a la mitad del pasillo al notar la puerta del baño cerrada, pero la luz encendida se dejaba ver por debajo de ella.

“*Maldita sea, seguro me hará más preguntas,*” pensé. Apreté mis labios, apoyé mi hombro contra la pared y desbloqueé mi móvil.

Acababa de recibir mi estado de cuenta en el correo electrónico. Suspiré al ver el saldo de mi cuenta de inversiones, suficiente para mi contribución cuando me ofrecieran formar parte de la sociedad del bufete. Aquel gasto fuerte era el único motivo por el que seguía viviendo con mi madre.

Pegué la pantalla apagada contra mi pecho y suspiré al imaginar el coche que querría comprar. Nada muy ostentoso ni llamativo. Algo práctico pero elegante. Nuevo, sin duda, nada de arriesgarme a comprar algo usado. Azul cielo, sin duda alguna. Y nada de transmisiones manuales, tendrá que ser automático.

Miré la barandilla de las escaleras. “*Alquilaré o compraré un apartamento en un edificio con ascensor, o una casa de una planta,*” pensé.

Escuché el crujir de la puerta del baño.

—¿Vas a ducharte? —dijo mi madre al verme esperando en el pasillo.

—No, mamá, voy a salir a jugar fútbol con mis amigos —le dije con una sonrisa.

—Qué graciosa —dijo negando con la cabeza—. Necesito ir a pelear con un proveedor mañana por la mañana y pasaré cerca de tu oficina. Saldré de casa a las siete. Si quieres te llevo.

—Gracias, madre.

—Ni un minuto tarde, Regina —dijo, apuntando su dedo índice hacia mi rostro—. De lo contrario te irás en taxi.

Asentí. —Vale, madre —por un momento jugué con la idea de saludarle como a un militar, pero aquello me habría ganado un manotazo bien dado en la cabeza. Un manotazo que ya me habían dado antes, ¡y vaya que dolía!

Ella asintió. —Buenas noches, Regina.

La miré alejarse y entrar a su cuarto. Ella nunca fue tierna y amorosa conmigo... Con nadie, a decir verdad. Era una mujer de metro y cincuenta con la disciplina de un coronel veterano del ejército. Cuando decía que a las siete significaba que debía ya estar lista faltando diez minutos.

Y no me esperaba. Esa lección la aprendí a muy temprana edad.

*“Más vale que me duche rápido,” pensé. “Mañana estaré como una muerta viviente, pero, joder, habrá valido la pena.”*



## Capítulo 4.

*Victor*

—¿Yo? Bueno, aquí tengo una —giré una de mis cartas boca abajo en la mesa revelando la reina de corazones—... Perdón, *dos* nenas rojas de la pena por su mala suerte, amigos —mostré mi segunda carta, la reina de diamantes, causando maldiciones alrededor de toda la mesa al revelarles mi mano ganadora.

El crupier deslizó las fichas en mi dirección. Tras una cuenta rápida estimé que tenía cerca de cincuenta mil dólares. ¡Nada mal para una noche de trabajo!

—¿No se supone que esa mano se debe jugar agresiva, cariño? —dijo Calista mientras repartían las cartas de la siguiente mano.

—Hay que saber cuándo tratar con cuidado a las damas —le dije mientras levantaba mis cartas. Di un rápido vistazo a los demás antes de ver las mías. Hubiera necesitado cartas muy fuertes al ver el brillo en los ojos de Leonel y esa mueca que el empresario que no conocía se esforzó en ocultar.

“*Basura,*” pensé al ver mis dos cartas demasiado inútiles para jugarlas en esa mano. Arroqué mis cartas al centro de la mesa y miré al crupier. —Estoy fuera —le avisé.

—¡No! —gritó Leonel estampando su mano en la mesa— Siéntate, todavía es temprano.

—¡Llama la naturaleza, Leo! —dije al ponerme de pie— Tranquilo, volveré, que aún no me cobro lo que me hiciste hace rato —miré a Calista—. Vigila mis fichas, ¿sí, hermosa?

Ella me guiñó el ojo antes de aportar la apuesta mínima en la ronda de apuestas. Por su expresión y por cómo había estado apostando imaginé que tenía una mano decente.

Caminé con un brinco en mi andar que hacía rato no tenía. Estaba enfocado, cada detalle de cada acción de mis oponentes en la mesa me hablaba de sus intenciones con una claridad sin igual y mis acciones estaban resultando inspiradas.

Me había sentado con diez mil dólares, y ya había quintuplicado aquella primera inversión. Estaba siendo una excelente noche.

“*¡Vaya que ese rato con Lucy me trajo suerte!*” pensé al salir del baño. Me detuve en la barra afuera de la sala VIP de póker y le indiqué con mi mano al camarero que me sirviera un vaso de cerveza.

—Estás arrasando esa mesa —dijeron detrás de mí. Sonreí al reconocer la voz de Nico—, ¿estás seguro de que deberías estar bebiendo?

Cogí el vaso, giré y miré a Nico a los ojos. Estaba sonriendo, y sabía que eso significaba que él también estaba teniendo una buena noche.

—Llevo cincuenta —le dije después de tomar—, ¿y tú?

—Guau —dijo, cruzando los brazos—. Estás inspirado. Yo solo dupliqué mis fichas, pero ya necesito irme a dormir. Guarda un poco de esa inspiración para el torneo, ¿quieres? —dijo antes de indicarle al camarero con su mano que le sirviera un vaso— Limonada con agua natural, por favor.

—Dele una cerveza a ver si con eso se relaja un poco —dije.

Nico resopló y sonrió resignado a tener que compartir un trago con su socio.

—Sabes, me enteré de algo muy interesante —dijo Nico al coger su vaso, darse la media vuelta y apoyarse en la barra a mi lado—. Los reporteros de las cadenas televisivas hicieron entrevistas toda la noche de ayer, y en la madrugada de anoche te fuiste con Leonel a jugar unas horas después de cenar.

—¿Estás vigilándome? —le pregunté— Eso es raro, amigo.

—Lo interesante es que me hiciste caso —dijo Nico con una sonrisa de oreja a oreja—. No follaste con la reportera. No pudiste, ella no estaba disponible.

—¿Ves? —dije— Sí soy capaz de comportarme.

—Pero —continuó— has estado más inspirado todo el día, has sido encantador en los espacios televisivos que tuviste que grabar...

—Sigo enojado contigo por eso —le interrumpí apuntándole al rostro—. No tengo problemas con entrevistas, pero sabes que odio grabar anuncios.

—Y no te has metido en problemas todavía —concluyó—. A las dos semanas en Atlantic City ya tenías a dos chicas arrancándose el cabello en un restaurante y un mafioso quería romperte las manos por meterte con su hermana.

—¡No era un mafioso! —dije entre risas recordando aquel incidente— Era un corredor de apuestas y no fue su hermana —acerqué el vaso a mi boca—, fue su madre.

—¡Claro! —dijo Nico sin aguantarse la risa— ¡Porque eso es menos grave!

—Necesitamos conseguirte novio —le dije, poniendo mi mano en su hombro—. No deberías depender de mis tonterías para divertirte.

Nico asintió y sonrió. —Solo te he visto así de inspirado después de pasar el fin de semana con... —se giró a verme y con mi mirada supo que debía callarse—. Bueno, quien te inspiró así debió ser alguien memorable. Espero que tengas su teléfono. Es bueno que sigas con tu vida.

Arqué mi ceja un instante antes de beber de mi vaso hasta dejarlo vacío. —¿Qué hay de ti y ese crupier con el que te vi anoche?

Nico rio. —Es lo que es, amigo mío.

Ambo reímos, él dio un trago a su vaso, dio una palmada a mi hombro y se alejó.

—No es tan tarde —le dije cuando estaba a algunos metros de mí—. ¿Por qué te vas a dormir?

—Si necesitas saberlo —dijo al detenerse en la entrada al salón de póker y dar la media vuelta— Tengo una reunión por la mañana.

—¿Cadena de televisión?

—No, bufete —dijo—. Tengo una cita en Vang y Asociados.

Aquel nombre resonó en mi cabeza como una puñetera campana de nocaut. Dejé de apoyarme en la barra. —Espera, espera.

—Ya lo sé, Vic —dijo Nico—. Ya investigué: Tienen un departamento de litigio y estoy seguro de que no tendrán problema con revisar el caso de Julius, y sé que si no acceden a eso no...

—Iré contigo.

Solo había visto esa sorpresa en el rostro de mi socio cuando alguien le ganó a su *full* con una escalera de color que lo eliminó de un torneo.

—¿Iras conmigo?

—Sí.

—¿A una reunión?

—Sí.

—¿De negocios?

—De eso hablarán, ¿no?

—¿Por qué?

—¿No quieres que vaya?

Nico rio y frotó su mentón. —He tenido reuniones con tres bufetes desde que estamos en la ciudad y hasta *ahora* es cuando estás mostrando interés.

—Más vale tarde que nunca, ¿no?

Nico entrecerró los ojos y apretó sus labios. —Vale, nuestra reunión es a las nueve. Te espero a las ocho en el vestíbulo.

—Mejor a las siete en el restaurante, para desayunar antes de irnos —dije con una sonrisa—. Nunca hay que tener una reunión con el estómago vacío.

Nico siguió entrecerrando sus ojos al girar y alejarse caminando.

“*Vang y Asociados,*” pensé con una sonrisa y apoyando mi espalda de nuevo en la barra. “*Ahí es donde trabaja Lucy.*”

Mi corazón se aceleró al recordar ese rostro tímido y desconfiado que escudaba a la chica que me dejó una impresión más duradera que cualquier mujer había logrado.

Me atreví a imaginarla en su oficina.

“*¿Traería falda ejecutiva como aquella noche?*” pensé. “*¿Quizá una blusa sencilla pero elegante? Si acostumbran tener viernes de vestimenta casual, ¿irá con jeans? Esos se verían increíble en esas piernas.*”

Sacudí mi cabeza, reí, di la vuelta y le indiqué al camarero que rellenara mi vaso.

—Qué sorpresa se llevará cuando me vea —dije para mí mismo—. Va a pensar que soy un acosador.

Asentí mientras contemplaba la entrada a la sala VIP con la cabeza en otro lado. En mi habitación, en mi cama, con aquella fiera que dejó su marca en mi cabeza y ¿por qué no?, mi alma.

—“Memorable” no es una palabra que le haga justicia a esa noche —dije para mí mismo al recordar el rostro de Lucy en ese instante donde hay un momento cortísimo de calma antes de explotar. Un momento que cualquiera podría perderse con solo parpadear.

Pero no me lo perdí. Joder, lo recordaba con todo lujo de detalle. Esa mordida de labio, ese brillo de sus ojos antes de que los cerrara y abriera su boca para liberar la sinfonía de placer que ambos compusimos esa noche.

Sacudí mi cabeza y sonreí.

“*Vamos, Vic,*” pensé, girando a ver que Nico había dejado su cerveza a la mitad. La cogí y di un largo trago. “*Fue buena, sí, pero... Fue solo otra chica más.*” Chasqueé mi lengua y suspiré. “*Ni siquiera me dio su teléfono.*”

Calista y Leonel salieron riendo. Ella le cogía del brazo y él tenía su mano encima de la de ella.

—¡Ahí estás! —dijo Leonel— Ve a cambiar tus fichas y vámonos a cenar. Tú pagas, campeón.

—Si somos quisquilloso pagarás tú, pues usaré tu dinero para hacerlo —le dije con una sonrisa.

Calista se detuvo, le dio una palmada en la espalda a Leonel mientras él seguía caminando y ella caminó hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó, inclinando su cabeza a un lado.

—Sí —dije sonriendo—, ¿por qué?

—Te noto... —dijo, ampliando su sonrisa— No sé, distinto.

—Soy el mismo de siempre, hermosa —dije, cogiéndole la cadera y tirándola hacia mí.

Ella rio, puso sus manos en mi pecho y suspiró. —No es cierto —dijo, mirando a mis ojos—.

Hay algo diferente en ti.

Reí y la alejé un poco. —Voy por mis fichas y los alcanzo en el restaurante, ¿vale?

Calista asintió, pasó su mano entre su cabello, dio la vuelta y se alejó.

Respiré profundo mientras la miraba alejarse. Giré hacia el salón, entré y me detuve a dos pasos de la entrada. Ahí me di cuenta de que antes le habría mirado el culo a Calista y recordado lo bien que se siente al apretar mientras la contemplaba hasta que desapareciera de mi vista.

Pero no hice tal cosa.

—Demonios, Lucy —susurré para mí mismo—. Demonios.

## Capítulo 5.

*Gina*

—¡Gina, ya llegó...! —exclamó Esther asomándose al interior de mi oficina.

Levanté mi mano con mi dedo índice extendido mientras presionaba mi teléfono contra el oído tratando de escuchar con más claridad lo que me estaban diciendo.

—Sí, señor —dije con una sonrisa—. Confío que podremos negociar con su sindicato para evitar que esto llegue a un juicio.

El cliente colgó y yo miré a Esther de pie en la entrada a mi oficina. Ese vestido rosa que traía puesto la hacía resaltar muchísimo contra los colores chocolate y gris claro que abundaban en las oficinas.

—¿Qué decías? —le pregunté.

—¡Ya llegó Beatriz! —dijo Esther con una sonrisa— ¿No escuchaste el regaño que le metió a Leonardo? Creo que se fue al baño a llorar después de que le gritaran por entregar mal un documento.

Resoplé. —Yo le dije que estaba mal, pero no quiso hacerme caso—dije al ponerme de pie. “*Maldita sea, estará de mal humor.*”

La oficina de Beatriz estaba al otro lado del piso de oficinas. Atravesé la sala de descanso, la zona de cubículos donde todos comienzan cuando son recién contratados, y giré hacia la esquina del pasillo.

Miré a su asistente al teléfono, la tercera en ese año, y le hice un ademán con la mano preguntando si podía pasar. Ella asintió.

Su oficina era tal y como la que me gustaría tener cuando fuera una socia prominente: con vista a la ciudad y tres veces más grande que cualquiera de las oficinas destinadas a los asociados de más antigüedad.

Al entrar miré a mi jefa de pie junto a su escritorio leyendo un documento. Apretaba sus enormes labios rosados y sus ojos oscuros parecían a punto de disparar llamas. Su piel no era tan morena como para ocultar que estaba roja del coraje.

Me miró de reojo y resopló. —Lo que sea, Gina, tendrá que esperar para más tarde mientras corrijo la estupidez que Benítez cometió con... —cerró la carpeta y la tiró en su escritorio—. Nunca sabré como ese idiota logró pasar el bachillerato y luego la facultad de derecho con tan horribles faltas de ortografía y gramática —miró detrás de mí— ¡Nancy! —gritó.

Cogí la carpeta, la abrí, y entendí por qué estaba furiosa. —Podría encargarme de esto por ti —dije.

—¿No tienes que negociar la compra de...? —miró detrás de mí, donde su asistente miraba hacia adentro— Haz una cita con el juez Torres para ver si puedo arreglar lo que ese tonto...

—Señorita de Marín, yo no me llamo... —dijo la asistente, pero Beatriz le lanzó una mirada que la hizo salir corriendo.

Dejé la carpeta que traía en mi otra mano en su escritorio.

—Aquí tienes algo que te levantará el ánimo —dije con una sonrisa. Beatriz me miró, cogió la

carpeta, la abrió y rio.

—¿Cómo demonios conseguiste que accedieran a este precio y a estos términos?!

Me encogí de hombros. —Me entrenó la mejor negociadora de la ciudad.

—Y ahora vienes a mí con halagos —dijo Beatriz, sentándose en su silla que parecía demasiado grande para ella. Siendo una mujer de tan corta estatura imaginé que cualquier silla de oficina se vería así—. Es seguro que vas a pedirme algo.

—No vengo a pedir —dije—. Si no a preguntar.

Beatriz asintió y chasqueó sus labios. —Quieres saber si se te ofrecerá ser socia después de la siguiente reunión de los socios.

—Consigo resultados, Beatriz —dijo sin titubear, aunque mi estómago revuelto por mi ansiedad me tenía esforzándome por no temblar como un perrito nervioso—. Cobro más horas trabajadas que cualquier otro asociado, e incluso más que algunos socios.

*“Mi puta vida social ha sido sacrificada,”* pensé.

—Eso nadie lo negará, Gina —dijo Beatriz, tocando con su mano abierta la carpeta que le llevé—. Este resultado en particular ayudará mucho para convencer a los demás socios que mereces un asiento en la mesa de los grandes.

Dejé de sonreír en cuanto escuché su respuesta. —¿Convencer? —dije— He hecho todo lo que se me ha pedido. Trabajo más horas que otros abogados, e incluso más que algunos socios...

—Gina —dijo Beatriz, levantando su mano abierta.

—Los casos más importantes que me han asignado los he ganado, y los otros siempre he conseguido acuerdos favorables para...

—Gina —dijo, bajando su mano y con un tono más severo.

—No debería ser cuestión de convencimiento. Debería ser...

—¿Gina! —gritó Beatriz, frenando mi diatriba— Soy consciente de todo eso. Yo soy consciente de todo eso, y van dos reuniones en que te propongo para que te hagamos socia. Yo sé lo valiosa que eres.

—¿Entonces qué estoy haciendo mal? —pregunté, sentándome en la silla frente al escritorio — La primera vez me dijiste que fuera proactiva, así que me dediqué a buscar formas de generarle más ganancias a nuestros clientes sin que nos lo pidieran. La última vez fue porque no estaban seguros de que fuera tan buena negociadora, y acabo de demostrar que soy...

Beatriz apretó sus labios y respiró profundo. —Gina, eres una excelente abogada. Eres inteligente, piensas rápido y nunca pierdes la cabeza... Bueno, casi siempre.

—¿Pero?

Beatriz respiró profundo. —Voy a ser sincera contigo, Gina —dijo—. Desde que te contratamos cuando recién saliste de la facultad de derecho te he asesorado y ayudado a convertirte en la abogada que eres ahora, y yo sé que quieres que algún día esté tu nombre en un bufete respetable.

*“Esto no me va a gustar,”* pensé, asintiendo.

—El problema es que eres demasiado intensa —dijo Beatriz, apoyando los codos en su escritorio—. Eso te ayuda a negociar y a litigar en un juzgado, pero necesitas aprender a ser... encantadora.

—¿Encantadora?

*“Es una puñetera broma, ¿verdad?”*

—Los socios saben que pueden confiar en que les traerás resultados si te llevan una tarea — dijo Beatriz juntando sus manos frente a ella—, pero no eres alguien con quien saldrían a tomar

algo, o a cenar, o que querrían presentar en un evento. Algunos clientes opinan igual.

—¿No me harán socia porque no soy sociable? —pregunté sin aguantar mi indignación— ¡Eso es...!

—Algunos socios piensan que esa falta de sociabilidad se traducirá a una dificultad de traer negocio nuevo al bufete —dijo Beatriz—. Ser una socia no es solo trabajar bien, sino saber convencer a clientes nuevos de que nosotros somos su mejor opción a ser representados.

—Pero he traído clientes que...

—Nos has traídos clientes de la calle —dijo Beatriz—. Gente que necesita un abogado porque se metió en problemas. Necesitamos que traigas clientes que nos pidan que les asesoremos en una fusión de empresas, o les defendamos de una demanda civil, o...

—Clientes corporativos —dije— ¿Entonces mis resultados no cuentan?

—¡Claro que cuentan! —dijo Beatriz— Por eso sigo proponiendo tu nombre en cada reunión con los demás socios. Pero mientras cambian de opinión créeme que me aseguro que tus bonos de fin de año reflejen lo mucho que esos resultados cuentan.

Respiré profundo. —¿Cómo cambio su opinión? —pregunté aguantando el nudo que se formó en mi garganta— ¿Firmando a un cliente grande?

—Eso mataría cualquier duda que los demás socios tienen.

—¿Un millón de ganancias para el bufete será suficiente?

—Más que suficiente —dijo Beatriz. Levantó su mirada hacia atrás de mí y asintió—. Tengo una reunión con un cliente potencial en una hora y necesito aprender lo que pueda de él, así que si no tienes nada más qué decir tengo cosas qué hacer.

—Entiendo —dije, poniéndome de pie. Di la media vuelta y caminé hacia la puerta de su oficina donde su asistente esperaba a que saliera.

*“Todo mi tiempo y energía,”* pensé rechinando los dientes y respirando profundo para calmar el fuego en mi interior. *“¿Qué más quieren? ¿Mi alma?”* Nada me habría dado más gusto en ese momento que entregarles mi renuncia e irme a otro lado.

Me detuve antes de salir de la oficina de Beatriz. *“Aun si fuera a otro bufete tendría el mismo problema,”* pensé.

Giré y miré a Beatriz, que estaba leyendo algo en la pantalla de su ordenador. —¿Puedo estar presente? —pregunté. Ella me miró extrañada— Cuando venga el cliente, ¿puedo estar presente mientras hablas con ellos?

—¿Por qué...?

—Aprendí a negociar observándote —dije sin ocultar el orgullo detrás de tenerla a ella como mentora—. No hay razón para que no pueda aprender a hacer lo que necesito viendo cómo lo hace una maestra.

Beatriz sonrió y asintió. —Ve a investigar lo que puedas de JetHouse —dijo—. Es una página web de apuestas que ha crecido mucho en los últimos años.

—¿Con quién hablaremos? —pregunté— ¿Dueños o representante legal?

—Hablaremos con uno de los dueños mayoritarios: Nico Bagni —dijo—. La reunión es a las nueve...

—Diez —interrumpió su asistente—. Llamaron para posponer una hora.

Beatriz me miró. —Te espero aquí a las nueve y media para repasar la información que tengamos —ella miró a su asistente—. Asegúrate que tengamos una sala de juntas libre para entonces con café y refrigerios.

—Le diré a Esther que ayude —le susurré.

Salí de su oficina. Caminé tan rápido como pude hasta la mía, pero me detuve al ver a Esther emocionada en su lugar acompañada de otras dos asistentes que se veían igual de emocionadas por el arreglo floral en su escritorio.

—¿Qué es eso? —pregunté al acercarme.

—Me lo envió Eric —dijo Esther—. Hoy hace dos años que nos conocimos. ¡No puedo creer que lo recordara!

—¡Estas flores están hermosas! —dijo una de las asistentes.

—Me gustaría que mi marido me mandara flores en fechas que no fueran San Valentín o nuestro aniversario —dijo la otra.

Reí y miré el arreglo de rosas dentro de una vasija de cristal con un moño rosa alrededor de él. El nudo en mi garganta volvió a aparecer más grande y mis ojos ardieron un poco al pensar que me encantaría algún día recibir un arreglo así.

—¿Qué te dijo Beatriz? —preguntó Esther, inclinándose en su silla hacia mí.

Sonreí. —Tengo que investigar unas cosas —dije—. Ve y ayuda a la nueva asistente de Beatriz antes de que consiga que la maten.

—Vale —dijo Esther entre risas.

Me dirigí a mi oficina, y cuando di la vuelta una de las chicas emitió un chillido de emoción que me sacó una sonrisa.

—¿Cuándo se casarán? —preguntó.

Mi sonrisa desapareció cuando me senté en mi escritorio y miré fuera de la ventana.

“Basta,” pensé al cerrar mis ojos y frotarme los párpados. “Ahora no es momento para distraerme con tonterías.”



## Capítulo 6.

*Gina*

—Quiero que vayas al vestíbulo y recibas al señor Bagni cuando salga del ascensor —dijo Beatriz con sus dos manos abiertas frente a ella—. Sé cortés, pero al grano. “Buenos días, señor Bagni, bienvenido a Vang y Asociados, la señorita de Marín le espera.” No olvides estrechar su mano.

—Cortés y al grano —repetí, asintiendo.

—¡Ve! —dijo, apurándome a salir de la sala de juntas.

Esther me esperaba afuera con mi móvil en sus manos y me siguió en camino al vestíbulo al otro lado de la oficina.

—Nico Bagni —dijo Esther mientras veía la foto que ella había dejado abierta en mi móvil—. Nunca fue a la universidad, pero se las arregló para conseguir un trabajo muy bien pagado en Wall Street durante ocho años hasta que creó JetHouse.

—También es jugador profesional de póker —dije, haciendo memoria de lo que había leído de él—. Por eso está en la ciudad: el Abierto de Póker de Ciudad del Sol.

—JetHouse es un patrocinador —dijo Esther—. Hablé con mi amiga en Powers, Medina, Riquelme y Carvalho y dijo que despidieron a la firma anterior pero no se enteró por qué.

—¿No tienes amigas en aquella firma?

—Es en Nueva York —dijo Esther—. Aún no me contesta mi amiga allá.

Sonreí. “*Esta niña tiene amigos en todos lados.*”

Miré la foto de Nico Bagni. No era para nada feo. Tenía facciones europeas y cabello un poco largo y perfecto. Joder, conocía mujeres que matarían por tener tan buen cabello como él. Tenía una expresión seria, aunque imaginé que podría tener una bonita sonrisa.

Llegamos al vestíbulo y miré a Esther. Estaba sonriendo y parecía igual de ansiosa que yo.

—Gracias por acompañarme —le dije. Ella empujó un poco mi brazo con su codo.

Escuché la campanita que indicaba la llegada de un ascensor al piso y miré hacia el que tenía una luz indicadora encendida arriba de la puerta.

—Señor Bagni —fijé mi atención en él cuando salió del ascensor. Me miró a los ojos y comprobé que tenía bonita sonrisa—. Soy Regina Silva —le ofrecí mi mano a estrechar—. Bienvenido a Vang y Asoc...

Un tipo salió del ascensor riendo con su móvil en una mano y puso la otra en el hombro del señor Bagni. —Tienes que leer lo que...

Lo miré, y tanto él como yo nos quedamos paralizados pues reconocería ese rostro con esa barba y ese cabello negro con pedazos grises en cualquier lado.

Era Víctor.

—Hola —dijo sonriendo y mirándome a los ojos.

—Señorita Silva —dijo el señor Bagni con un tono resignado—, él es Víctor Haumann. Mi socio de JetHouse.

“*¡Hostia!*” tragué saliva tan fuerte como pude, pero ni así pude quitarme el puñetero nudo en

mi garganta. Estaba paralizada al verlo. “¿Qué mierda hace él aquí?! ¿Cómo me encontró?!”

No sé de dónde saqué fuerzas para no salir huyendo desfavorada de ahí. —Encantada, señor Haumann —dije, ofreciéndole mi mano a estrechar—. Regina Silva.

Víctor entrecerró sus ojos y amplió su sonrisa, lo que me puso aún más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿Regina? —dijo, cogiendo mi mano—. Regina... Es un *hermoso* nombre.

—Llámeme Gina —dije, apretando mi agarre.

—Yo también prefiero los diminutivos de los nombres —dijo, poniendo su otra mano encima de las nuestras—. Vicky, Patty —hizo una pausa algo más larga de lo normal—, *Lucy*...

—¿Prefiere que le diga Vicky? —pregunté sin pensarlo. El señor Bagni rio, y parpadeé rápido para tratar de sacarme a mí misma del trance en que ver a Víctor me metió.

Mi cuerpo recordó al instante cómo me hizo sentir aquella noche y me traicionaba reviviendo sensaciones que él provocó y yo deseaba volver a experimentar.

Solté su mano y respiré profundo. “*Joder, Gina, contrólate.*”

—Por aquí, caballeros —les dije, di la media vuelta y caminé seguida de ellos.

—Me prometiste que te comportarías, *Vicky* —escuché susurrar al señor Bagni. No iban tan atrás como yo pensaba.

—Me estoy portando bien —dijo Víctor— Ella me cae bien —no pude contener una sonrisa que Esther percibió al instante.

—Dios mío —articuló mi asistente con los labios sonriendo, y yo sabía bien que se refería a Víctor.

—¿Recuerdas lo que hablamos de que no *bailarías* con la reportera? —siguió susurrando el señor Bagni.

—¿Cómo olvidarlo? —susurró Víctor.

—El mismo criterio aplica para las abogadas.

—Sí que sabes quitar la diversión a las cosas.

Llegamos a la sala de juntas. Giré al detenerme en la entrada y pillé a Víctor mirándome el trasero. No supe a cuál de mis dos impulsos obedecer: el de arrancarle la chaqueta y dejarme llevar como lo hice aquella noche, o el de voltearle la cara de una bofetada.

—Caballeros —dijo Beatriz desde adentro de la sala. La escuché acercarse a la puerta, pero yo no podía quitarle la mirada de encima a Víctor, y él tampoco podía dejarme de ver hasta que mi jefa le ofreció su mano a estrechar.

—¿Beatriz de Marín? —preguntó Víctor al verla— ¡Joder, primera de tu clase en la facultad de derecho en Harvard!

Ella estaba boquiabierta y confundida, pero al verlo con mayor atención su boca se convirtió en una sonrisa. —¡Víctor Haumann!

—¿Se conocen? —preguntó el señor Bagni.

—¡Mi única mancha en mis estudios en Harvard fue cuando me ganaste en la competencia de juicios simulados! —dijo Beatriz, estrechando su mano— ¿Tienes idea cómo eso hirió mi ego?

—Te ha ido bien, por lo que veo —dijo Víctor, sentándose a un lado de la cabeza de la mesa. El señor Bagni se sentó a su lado y Beatriz a la cabeza.

Yo tomé asiento al otro lado de la mesa frente a Víctor.

—La última vez que supe de ti estabas en una firma grande en Chicago —dijo Beatriz—. Estabas comprometido con... ¿Cómo se llamaba? ¿La morena que te acompañaba a nuestras sesiones de estudio?

—¿Ella conoció a Cristina? —preguntó el señor Bagni, mirando a su socio.

No lo había conocido mucho tiempo, pero era la primera vez que veía a Víctor sin sonreír e incluso algo enojado.

—La vida, Beatriz —dijo Víctor, esforzándose por sonreír—. Ya sabes los sacrificios que se tienen que hacer en nombre de nuestras carreras.

—Y como sabes esas carreras consumen todo nuestro tiempo —dijo Beatriz, ya mucho más relajada—. Así que, ¿por qué no me dices en qué les podemos ayudar?

—¿No deberían decirnos ustedes a nosotros? —preguntó el señor Bagni—. He entrevistado a cuatro bufetes antes de ustedes, y nuestro negocio ha generado en los últimos años unas ganancias de...

—¿Puedo preguntar algo? —me atreví a hablar, ganándome la atención de ambos hombres y una mirada sorprendida de Beatriz—. Si somos el quinto bufete con quienes hablan, ¿por qué no contrataron a los otros?

Víctor sonrió y apuntó hacia mí. —Directo a la yugular del asunto.

El señor Bagni apoyó sus codos en la mesa, apretó sus labios y miró a Víctor. —¿Se los explicas tú o yo?

—¿Qué hiciste? —preguntó Beatriz, mirando a Víctor como si se tratara de un buen amigo que acababa de hacer una tontería.

—¡Años sin vernos y apenas unos minutos después de nuestro encuentro ya estás asumiendo que yo hice algo! —dijo Víctor entre risas.

—No se equivoca —dijo el señor Bagni entre risas.

—Vale, vale —dijo Víctor—. Cristina tenía un hermano: Julius Sérépico.

—¿Julius Sérépico es tu cuñado?! —preguntó Esther, que estaba de pie junto a la puerta de la sala de juntas junto con la asistente de Beatriz.

Víctor rio y apoyó su espalda en el respaldo de su silla. —Tenemos una aficionada del fútbol americano colegial.

—Ilumínanos, ¿sí? —dijo Beatriz a Esther.

—Todos en Ciudad del Sol saben quién es Julius Sérépico —dijo Esther como si estuviera exponiendo un tema que debería ser de conocimiento común—. Fue el mariscal de campo que llevó a los Cruzados de la universidad al campeonato nacional y lo ganó. Si hubiera sido profesional habría...

—Tú lo dijiste, hermosa —dijo Víctor, apuntándole por un instante con su dedo índice—. Si *hubiera* sido profesional, y es lo que necesito de ustedes.

—Estamos escuchando —dijo Beatriz.

—Julius entró lesionado a la jugada que ganó el partido para los Cruzados, y el golpe que recibió en sus piernas al lanzar el pase de anotación destrozó su rodilla —dijo Víctor—. Rotura de ligamentos y fracturas abiertas de tibia y peroné.

—Ningún equipo profesional quiso arriesgarse a contratarlo por la severidad de su lesión —dijo Esther—. Con la rehabilitación adecuada quizá habría conseguido convencerlos.

—¿Pero eso no pasó? —pregunté, mirando a Víctor.

—Julius sufrió una infección en su lesión a unos días de su primera operación —dijo Víctor—. Los antibióticos no funcionaron, y los doctores tuvieron que amputarle la pierna para salvarle la vida.

Todos nos quedamos callados unos momentos. Puse una mano encima de mi rodilla y caí en cuenta cómo daba por sentado algo tan sencillo como lo es el poder caminar.

—Es una historia muy triste, Víctor —dijo Beatriz sin una pizca de interés—, ¿qué podemos hacer?

—Quiero que representen a Julius en su demanda a la universidad —dijo Víctor, que recibió del señor Bagni una carpeta con unos papeles—. Ya inicié el proceso de la demanda y pasé los alegatos iniciales con un juez, pero soy solo una persona.

Esther cogió la carpeta y se la entregó a Beatriz, quien leyó los documentos y arqueó su ceja. —Una demanda de este tamaño no puede ser llevada por una sola persona —dijo—. El lado opositor te enterrará con documentos y mociones.

—Y tiene un torneo de póker que ganar y responsabilidades con JetHouse —agregó el señor Bagni.

—Esta es mi propuesta —dijo Víctor, mirando a Beatriz, y luego a mí—. Ganen esta demanda, y firmaremos con ustedes.

—Así no funcionan las cosas, Víctor —dijo Beatriz sin pensarlo—. Lo sabes bien. Primero tienes que contratarnos y luego nosotros analizaremos el caso para...

El señor Bagni cerró sus ojos, frotó sus párpados y luego miró a su socio.

—Es lo mismo que nos dijeron en los otros cuatro bufetes —dijo Víctor—. Por eso despedimos a nuestros representantes anteriores: porque analizaron el caso y no lo consideraron. Prefirieron perdernos como clientes.

Le hice un gesto a Beatriz para saber si podía ver la carpeta que Víctor le entregó. Ella asintió y regresó su atención a Víctor.

—¿No tiene fundamentos la demanda? —preguntó Beatriz.

—El entrenador y el coordinador ofensivo le ordenaron regresar al campo aun cuando él les dijo que le dolía demasiado la rodilla.

—Aquí dice que lo revisó el médico del equipo antes del accidente —dije, leyendo de los papeles—. ¿Él qué dijo?

—No sé —dijo Víctor—. No he podido entrevistarlo.

—¿Es el único al que le ha pasado? —Beatriz, Víctor y el señor Bagni me miraron— Si no es un evento aislado esto pasaría a ser una demanda colectiva.

Víctor rio. —Esta chica me agrada.

Beatriz cruzó sus brazos y apretó sus labios, pero ya había visto ese brillo en sus ojos antes cuando hacía algo que la enorgullecía de llamarse mi mentora. Sabía tan bien como yo que una demanda colectiva tenía el potencial tanto de dejarnos grandes ganancias además de elevar la reputación de nuestro bufete.

—Nosotros ganamos —dije, cerrando la carpeta—, y representaremos todo negocio de JetHouse.

Víctor y su socio se pusieron de pie y él ofreció su mano a estrechar con la mía. —Guapa, será un placer trabajar contigo.

—¿Trabajar conmigo? —pregunté, mirando a Beatriz y luego a Víctor y al señor Bagni.

—¡Claro! —dijo Víctor, estrechando mi mano— Bueno, con ustedes —miró a Beatriz.

—No —dijo Beatriz con una sonrisa—. Yo misma entrené a Gina y sé que ella te tendrá contento. Es una de nuestras mejores litigantes.

—Creo que la supervisión de un socio sería... —dijo el señor Bagni.

—Innecesaria —dijo Víctor, sonriendo y mirando a mis ojos—. Si Beatriz de Marín te entrenó, estoy seguro de que estaré satisfecho con tu trabajo.

Me estremeció la forma en que dijo la palabra “satisfecho”.

“*Joder,*” pensé, viendo en su pupila esa misma energía que tenía cuando sacudió mi mundo como ningún hombre había logrado hacerlo. “*Esto no me puede estar pasando.*”

## Capítulo 7.

*Víctor*

—¿Crees que estén hablando de nosotros? —pregunté inclinándome hacia Nico, que miraba junto conmigo a través de los muros de cristal a Beatriz y a Lucy... digo, Gina... discutiendo dentro de una oficina cercana para que no las escucháramos.

Beatriz no había cambiado nada desde la facultad de derecho. Era una fuerza de la naturaleza en un envase muy pequeño. En aquel entonces todos sabían dos cosas de Beatriz de Marín: estaba destinada a tener una carrera brillante, y no había que joder con ella.

Y qué decir de Gina. No sé cómo podía respirar si esa mujer me había robado el aliento desde que la volví a ver al salir del ascensor. Jamás me habría imaginado que fuera a recibirnos y que fuera a ser nuestra abogada.

—Quizás sí estén hablando de nosotros —dijo Nico entre risas—. Reconoceré que jamás me aburro cuando vienes a alguna reunión, sin importar el tema. Opino que contratemos este bufete.

—Todavía tienen que ganar el caso —le dije.

—Con un demonio, Vic —dijo Nico. Cuando giré a verlo noté que miraba a la simpática asistente vestida de rosa que se había quedado en la sala de juntas.

Le sonreí y ella me mostró una de las sonrisas más encantadoras que había visto en mi vida. Tenía el presentimiento que era una persona que no sabía estar triste.

Pero supe por qué Nico se quedó callado.

—¿Podrías darnos un momento, hermosa? —le dije.

—Por supuesto, señor Haumann —dijo con tono de niña pequeña antes de salir de la sala.

Me puse de pie y vi a Nico frotarse la boca con su mano abierta, algo que siempre hacía cuando estaba en una situación incómoda.

—Víctor —dijo.

—¿Sí, cariño?

—Es el quinto bufete que entrevisto —dijo—. Entiendo tu lealtad hacia Julius, pero también tenemos que pensar en nuestro negocio. Tenemos obligaciones hacia nuestros empleados y nuestros clientes que no hemos...

—¿Qué obligaciones no hemos cumplido? —pregunté— ¿Has visto nuestro saldo en el banco? Estamos nadando en ganancias. Nuestros empleados están contentos. Nico, ¡estamos patrocinando un puñetero torneo de póker!

—Pero...

—Pero nada —dije—. Eres un genio administrando el negocio, pero no voy a trabajar con un bufete que no...

—¡No quieres trabajar con ningún bufete que no ceda a tu ridícula petición de ganar un caso para que firmemos con ellos! —Nico se puso de pie— Es suficiente, Víctor. Firmaremos con Vang y Asociados.

—Un momento...

—No, Vic —dijo Nico— ¿Quieres ayudar a Julius? Adelante, pero ya me cansé de perder el

tiempo y dinero porque no tenemos representación legal.

—¿Qué dinero estamos perdiendo?

—Eres un excelente abogado, pero no puedes hacerlo todo —dijo Nico— ¿Qué pasará si necesitas atender un asunto legal, pero estás en plena mesa final de un torneo?

Respiré profundo. —Vale. Firmaremos con ellos, pero bajo la condición que sigan trabajando el caso de Julius.

Nico asintió. —¿Ves? Es todo lo que quería de ti. Un puñetero punto medio.

Abrieron la puerta a mi lado, y tanto Nico como yo nos quedamos callados cuando Gina entró.

—Perdonen —nos miró como si supiera que estábamos discutiendo—, ¿necesitan un momento?

—No, guapa —dije mirando a Nico—. Ya acordamos lo que tenemos que acordar.

—Necesito retirarme —dijo Nico—. Tengo una reunión con la cadena de televisión —se acercó a mí y dio una palmada en el hombro—. No olvides que más tarde tenemos la grabación de ese programa de póker por las noches.

—¡Pero mamá! —me quejé— ¿Tengo que ir?

Nico rio y ofreció su mano a Gina. —Qué Dios se apiade de tu alma por tener que trabajar con este tío.

Ella rio y me lanzó una mirada que me puso un poco nervioso.

—Creo que puedo manejarlo —dijo, guiñándome el ojo.

Nico se fue y tomé asiento mientras que Gina hacía lo mismo sentándose justo frente a mí.

—¡Esther! —llamó ella. No le quité la mirada de encima, pero escuché los tacones de una mujer entrar a la sala de juntas— ¿Podrías traerme un café, por favor?

—¿No le vas a ofrecer a tu cliente, *Gina*? —pregunté, y ella cerró los ojos un momento, rio e hizo un ademán a su asistente indicándole que me atendiera.

—¿Cómo lo toma, señor Haumann? —preguntó Esther, que al voltear vi que se trataba de la simpática niña de rosa.

—Negro como mi alma —dije guiñándole el ojo.

Esther rio, miró de reojo a Gina y salió de la sala. Escuché la puerta cerrarse y tanto Gina como yo nos miramos a los ojos en silencio por demasiado tiempo. Tenía una sonrisa muy sutil, y sus ojos destellaban igual que aquella noche. Respiraba profundo, y no podía dejar de frotar esa pluma en su mano.

“*Esto va a ser divertido,*” pensé.

Respiré profundo. —Deberíamos aclarar las cosas si vamos a trabajar juntos, ¿no crees? —dijo.

—Vale.

—Primero los hechos.

—Muy importantes —sonreí.

—Nos conocimos hace unas noches —ella dejó la pluma frente a ella.

—Lo recuerdo.

—Hubo química, hubo atracción.

Negué con la cabeza, gemí y suspiré. —Hubo una puñetera reacción nuclear, guapa.

Ella rio. —Hubo *mucha* química y nosotros...

—Follamos como bestias en celo —ella soltó una carcajada y apoyó su espalda en la silla mientras cubría su boca—. Tres veces —articulé con la boca mientras le mostraba la misma

cantidad de dedos levantados en mi mano.

—Tuvimos relaciones —dijo Gina todavía luchando contra la risa—. Dejémoslo en eso.

—Hubieran sido cuatro veces si tú...

—¡Basta! —dijo Gina— Esto es muy poco profesional de tu parte.

—¡De acuerdo! —dije, ampliando mi sonrisa—, pero es *tan* divertido.

—Eres un cínico —dijo sin borrar esa sonrisa de su rostro.

—¡Otra cosa en la que estamos de acuerdo!

—¡Eres desesperante!

—Apenas estoy calentando, guapa.

—Eres un imbécil.

—Pero no un mentiroso, *Lucy*.

Ella se quedó callada un momento con esa encantadora sonrisa que lucía mil veces más hermosa en persona que en mi excelente memoria.

—¿Esperas una disculpa?

Solté una carcajada. —¿No la merezco?

—No tenía intenciones de volverte a ver —dijo Gina, inclinándose hacia enfrente y apoyando sus codos en la mesa.

—Esa no es una disculpa.

—Fui otra persona esa noche —ella continuó, cogiendo de nuevo la pluma frente a ella—. No era Gina Silva, era...

—Lucy —sonreí.

—Sí —asintió y respiró profundo—. Lucy sí habría tenido relaciones con un extraño de un bar. Un extraño muy...

—¿Guapo? —interrumpí, y ella resopló y bajó la cabeza— ¿Encantador? ¿Irresistible?

—Conveniente y aceptable —dijo al levantar la mirada.

—Me matas con tu romanticismo —dije— ¿Y Gina? —incliné mi cabeza a un lado.

Mordió su labio inferior y suspiró. —Gina es... una mujer ocupada.

La vi retorcerse un poco, y noté un destello en sus ojos que me sacó una sonrisa.

—¿Qué tan ocupada?

—*Muy* ocupada.

Reí y ella también lo hizo. —¿Tomarán el caso? —pregunté.

Ella suspiró aliviada que haya terminado de torturarla. —Sí —dijo sin dudarlo—. Me costó trabajo convencer a Beatriz, pero necesitas entender que no podemos garantizar un resultado a favor de tu amigo.

—Eso lo entiendo —dije—. Ganen o pierdan, pero llévenla hasta las últimas instancias. Él merece que se busque justicia.

—Y necesitamos al menos un anticipo para nuestros servicios para poder representarlo.

Suspiré. —Hecho.

—Necesito conocerlo.

—Cuando quieras —dije—. Está internado en la Clínica Edén aquí en Ciudad del Sol.

—¿Es una clínica de rehabilitación de drogas?

—No —dije, luego me encogí de hombros—. Bueno, no solo es de eso. También ayudan a pacientes mentales y rehabilitación física. Puedes imaginar que perder una pierna y tu sueño de jugar a nivel profesional puede deprimir a una persona.

Gina apretó sus labios y escribió una nota adentro de la carpeta.



—¿Y su familia? —preguntó mientras escribía— Mencionaron que es hermano de una ex tuya.

Me habría sentido igual si un caballo hubiera pateado mi pecho. Por más que lo intente recordar a Cristina siempre me provocaba la misma sensación en mi pecho y mi garganta.

—Ella no está disponible.

—¿No está en la ciudad?

—Podría decirse que no.

—¿Podríamos comunicarnos con ella?

Dejé salir una risita nerviosa. —Quizá con una psíquica y una ouija.

Gina dejó de escribir y levantó la mirada. —¿Está...? —no necesitó terminar la frase. La expresión en su rostro fue más que suficiente para saber qué estaba preguntando.

—Hace cinco años —dije—. Le prometí que me encargaría de Julius. Estaba...

Gina levantó su mano y yo guardé silencio. —No necesito los detalles en este momento —dijo con una sonrisa cálida—. Yo puedo investigarlo y si necesito hacerte preguntas...

—Gracias —asentí, y ambos sonreímos.

Esther entró con nuestros cafés y saqué el móvil de mi chaqueta. —Creo que es dulce lo que estás haciendo por ayudar a tu ex cuñado —dijo.

—Soy un chico dulce —dije, mirando mi móvil que ya estaba al borde de descargarse—. ¿Tienen un cargador que me podrían prestar? Olvidé...

—¡Claro! —dijo Esther al dejar mi taza frente a mí.

Ella salió, y miré a Gina darle un sorbo a su taza humeante mientras leía algunos de los papeles en la carpeta del caso de Julius.

—Esto es un excelente trabajo —dijo, mostrándome una página con la transcripción de los alegatos iniciales—. Me impresionas.

—Estaba oxidado —dije, recordando lo nervioso que estaba aquel día—. Cuando trabajaba en Chicago me habría comido a ese abogado con todo y huesos.

—¿En dónde ejerces ahora?

—Ningún lado —dije—. Soy jugador profesional de póker. Solo volví al ruedo por Julius.

Gina levantó la mirada y pareció a punto de arrojarme algo. —¿Renunciaste al derecho para jugar póker?

—Sí.

—¿Por qué?

Di un sorbo a mi café. —Es una historia para otra ocasión.

Esther regresó con el cargador en su mano. —¿Lo conecto por usted?

—Eres un encanto, Esther —dije, entregándole mi móvil.

—Necesitamos entrevistar al entrenador y al médico del equipo cuanto antes —dijo Gina.

—Están en entrenamientos de pretempo...

Esther gritó cuando conectó el cargador al enchufe y este soltó un chispazo fuerte. Me levanté y caminé rápido hacia ella. —¡Estoy bien! —dijo con una sonrisa antes de conectar el cargador a otro enchufe— Olvidé que este enchufe hace eso.

—¿Les pasa muy seguido? —pregunté, deteniéndome a un lado de Gina.

—Es un edificio viejo —dijo ella si quitar la mirada de los papeles que leía—. La gente de mantenimiento lo arreglará.

—Deberían tener cuidado —dije, cogiendo varias páginas de la carpeta—. Las chispas así pueden resultar explosivas.

Gina levantó la cabeza y nos miramos a los ojos unos largos instantes. Supe que sabía a qué tipo de chispa me refería. —¿Podemos seguir hablando del caso de Julius?

—Claro, guapa —dije, cogiendo mi taza de café mientras nos mirábamos a los ojos—. Claro.

## Capítulo 8.

*Gina*

—Llegas tarde —gritó Víctor sentado en las escaleras desde donde me miró bajar del taxi.

Me atrapé a mí misma sonriendo al escuchar su voz. —¡Claro que no! —saqué el móvil de mi bolso y miré la hora— ¡Estoy a tiempo! Tú eres el que llegó más temprano.

—Mi papá solía decir: si llegas cinco minutos antes, llegas a tiempo —dijo Víctor, cogiendo los dos vasos de plástico a su lado y poniéndose de pie—. Si llegas a tiempo, llegas tarde. La puntualidad es una cualidad *muy importante* —dijo con demasiado énfasis— para nosotros si esperan que los contratemos —guiñó el ojo.

Jamás había querido golpear a alguien tanto como quería besarlo. Nadie lo habría confundido con un abogado por su forma de vestir tan casual con jeans y camisa lisa de color blanco. Se veía increíble, pero para nada profesional para hablar con un cliente. “¿*Qué clase de abogado se cree que es?*”

—¿Café? —ofreció uno de los vasitos que sostenía en sus manos— Dos cucharadas de azúcar y una pizca de canela.

Arqueeé una ceja y cogí el vasito mientras mi corazón se aceleraba por unos instantes. Respiré el humo que salía del agujero en la tapa y el calor del café encendió mi interior.

—¿Cómo supiste que tomo así el café? —fue imposible contener mi sonrisa y no me importó quemarme un poco la lengua para saborear el café que tanto me urgía aquella somnolienta mañana.

—Tienes una asistente muy encantadora —dijo, haciéndose a un lado y permitiéndome caminar hacia la entrada de la Clínica Edén—. Y muy conversadora.

Reí. —Trabaja conmigo desde hace un año, pero ha estado en el bufete desde que...

—Desde que se graduó de la universidad —interrumpí—. Estudió derecho, pero aún no ha podido pasar el examen del colegio de abogados. Tiene un novio, Eric, bombero, con el que lleva ya dos años. Le gusta mezclar el chocolate y la vainilla y tuvo un perro de pequeño llamado Saltarín.

—¿De qué más hablaron? —pregunté entre risas.

Víctor dio un sorbo a su café, se detuvo y giró hacia mí con esa mueca que me esforzaba por no mostrarle qué tan nerviosa me ponía.

—Quieres saber qué otras cosas me dijo de ti.

—Sí —dije, cruzando mis brazos.

Él sonrió. —Hablamos muchas cosas muy interesantes.

—Eso no contesta mi pregunta.

—¡Qué atenta! —dijo entre risas— Anda, seguro si nos apuramos alcanzamos a desayunar.

Resoplé y negué con la cabeza mientras le seguía. —No vine a desayunar.

—¿No desayunas? —cuando me miró cruzamos nuestras miradas— Es la comida más importante del día.

—Yo desayuno más temprano.

—No tienes idea de lo que te pierdes.

Los pasillos de la Clínica Edén parecían recién hechos y el suelo tenía una alfombra demasiado acolchada como para caminar con tacones de manera cómoda. Los árboles y palmeras afuera que rodeaban el edificio y los pacientes parecían estar bastante cómodos. Había una calma y serenidad en el ambiente que no esperaba sentir.

Más que una clínica de rehabilitación aquel lugar parecía un centro turístico.

—¿En dónde...? —murmuró Víctor cuando entramos a una sala enorme llena de sillones con muchas personas leyendo, conversando o viendo una televisión. Nos detuvimos y él apuntó hacia la enorme ventana con vista al jardín de la clínica.

Un muchacho moreno que parecía tener días sin afeitarse miraba hacia afuera con sus codos apoyados en los brazos de su silla de ruedas. Al acercarme adiviné que se trataba de un joven que apenas había salido de una pubertad llena de deportes pues vestía una camisa de tirantes que hizo imposible no notar sus hombros, brazos y antebrazos con músculos bien definidos.

—Buenos días, Julius —saludó Víctor, poniendo una mano en su hombro.

—Qué tal, Vic —saludó el muchacho al mirarlo y estrecharle la mano.

Mantuve mi distancia, pero Julius me miró y sonrió. —¿Quién es la nena?

Víctor le dio un manotazo a su cabeza. —Sé respetuoso, cabrón —dijo—. Así no se saluda a una dama.

—¡Viejo, eso dolió!

—Está bien —dije, ofreciéndole mi mano a estrechar—. Soy Gina Silva, de Vang y Asociados.

La sonrisa en el rostro de Julius desapareció cuando cogió mi mano y giró su cabeza hacia Víctor. —¿En serio, viejo? ¿Otra abogada?

—Esta abogada y su bufete te representarán en la demanda, Julius —dijo Víctor—. Ya te había dicho que no podía trabajar tu caso yo solo y necesitaba ayuda.

Julius me miró de arriba abajo.

—No solo me quedaré —dije, sentándome en el sillón cerca de nosotros—. Haré pagar a la universidad lo que te hizo.

Víctor arqueó una ceja y el muchacho sonrió. —Qué confianza —dijo Julius—. ¿Ya conoces mi caso?

—Sí —dije, inclinándome hacia enfrente y mirando a Julius a los ojos—. Necesito oír de ti lo que pasó.

—Pensé que...

—Ya leí lo que Víctor dijo en sus alegatos para avanzar la demanda a un juicio —dije, esforzándome por no dejar que su mueca confiada me emocionara demasiado—. Y leí tus declaraciones en el archivo, pero no he oído de tu boca lo que sucedió.

Julius miró a Víctor.

—Te prometí que cuidaría de ti, chico —dijo Víctor, sentándose a mi lado en el sillón—. Esta chica sabe lo que hace. Empieza a hablar.

Julius suspiró, miró hacia abajo unos momentos y luego levantó la vista hacia la ventana. —Era el final del partido y había logrado llevar a la ofensiva hasta la yarda cinco. Me derribaron y mi rodilla se dobló raro —el chico miró hacia la sábana que le cubría de la cintura para abajo, y podía ver por el contorno el muñón donde estaba su pierna.

—Pude salir caminando del campo, pero me dolía —Julius asintió—. La médica me revisó e inyectó algo para el dolor, pero todavía la sentía extraña. Había algo mal, ¿sabe?

—¿Y luego qué pasó? —pregunté.

—Mi equipo no pudo anotar —dijo—, y cuando quedamos en cuarta oportunidad el entrenador pidió tiempo fuera. Habló con la doctora y alguien de la universidad y me ordenó entrar.

—La médica sabía que sentías rara la rodilla —dije, inclinando mi cabeza a un lado.

—Según ella era normal, y el entrenador me dijo que los grandes lo arriesgaban todo con tal de ganar, así que entré.

—¿Por qué no les dijiste que no?

—¿Cómo podía? —dijo con lágrimas en sus ojos— Todo mundo sabe que el entrenador Roy Cardoso puede convencer a cualquier equipo profesional de que algún jugador suyo no da la talla y arruinar su posición en el reclutamiento de la liga profesional.

—Entonces entraste aun teniendo una rodilla lastimada —dije.

Julius miró a Víctor y luego a mí. —Entré, y anoté —dijo—. Cumplí mi trabajo, y al hacerlo un miembro de la línea defensiva cayó encima de mi pierna y...

—Lo llevaron al hospital —dijo Víctor—. Los doctores repararon la fractura y los ligamentos, pero a unos días se infectó.

Los labios de Julius temblaban mientras ponía su mano en el muñón de su pierna. —El dolor era insoportable —dijo—. Quería arrancarme la pierna aun y teniendo tanto analgésico como los doctores podían darme, y los doctores sugirieron ponerme en un coma inducido para que pudiera aguantar lo peor. Pero lo peor fue cuando me despertaron y me dijeron que...

Su voz se quebró, y Víctor se puso de pie y le cogió la mano.

—Está bien, viejo —dijo, palmándole el hombro con la otra mano mientras me miraba—. Los médicos hicieron lo que pudieron para salvar su pierna, pero la infección resistió al tratamiento y no tuvieron otra opción más que amputarla.

—¿Cuál es la posición de la universidad? —pregunté.

—Ellos pagaron el hospital y la rehabilitación —dijo Julius mientras se quitaba una lágrima de su mejilla—, pero ¿quién me va a pagar lo que pude haber ganado siendo profesional? ¡Era un prospecto de primera ronda! Tengo una hija, ¿cómo voy a mantenerla?

—¿La universidad no ha ofrecido llegar a un acuerdo?

Víctor rio. —Cubrir los gastos médicos y una beca al cien por ciento para que termine la carrera universitaria que está estudiando.

—Les di mi pierna —dijo Julius—, ¡mi pierna! Y ellos consiguieron un campeonato que les generó ganancias millonarias, ¿y solo me van a pagar la escuela? Merezco más que eso. Hostia, ni siquiera pagarán mis deudas estudiantiles.

—Julius —me incliné hacia enfrente—. Mereces más que eso. Te voy a ser sincera: es un caso difícil, porque tenemos que demostrar que el entrenador y la doctora sabían de la severidad de tu lesión y aun así te metieron al partido, pero si tú estás dispuesto yo también.

—Lo estoy, señorita Silva.

—Hecho —dijo Víctor—. Primero que nada, necesitas darte un baño, chico.

Solté una risita. —Y una afeitada.

—¿No me veo bien con barba? —preguntó Julius sonriendo, pasando su mano encima de su barbilla.

—Eso no es barba, chico —dijo Víctor entre risas, apuntando a su rostro—. Esto es una barba. Estás a años para poder lucirla.

—Vale, me afeitaré.

—Y ducharás —dije.

—Y ducharé.

—Un corte de cabello te vendría bien —dijo Víctor.

—¿Algo más, mamá y papá?

Víctor suspiró y puso su mano en la pierna de Julius. —Esfuézate por mejorar, chico —dijo—. Hice arreglos para que traigan a Dora y a Trissa en estos días, para que puedas ver a tu familia y tenerla cerca.

—Gracias, viejo.

—Encantada de conocerte, Julius —le dije al ponerme de pie—. Estaremos en contacto.

—Vale, señorita Silva.

—Llámame Gina, por favor.

Víctor resopló y rio para sí mismo mientras estrechaba la mano de Julius.

Salimos de la clínica y Víctor se detuvo al bajar las escaleras.

—Eso salió muy bien —dijo—. Le agradaste.

—No me estás pagando para ser su amiga —dije, parándome justo frente a él—. Lo que dije fue en serio: es un caso difícil.

—Lo sé.

—No estoy segura de que ganemos si vamos a juicio.

—Quizá no lo hagamos.

—Lo mejor que podemos hacer es tratar de conseguirle un buen acuerdo a Julius.

—Estamos de acuerdo.

Le noté sonriendo. —¿Estás de acuerdo conmigo?

—En algunas cosas —dijo—. Otras no te escuché. Esos labios mágicos que tienes me vuelven loco entre más los mueves. Son una distracción que no puedo resistir.

Solté una risita y le di una palmada en el antebrazo. —Necesito volver a la oficina y revisar los documentos que te envió la universidad.

—¿Vas a ignorar las palabras tan hermosas que te acabo de decir? Salieron de mi alma, mujer.

Le miré a los ojos, y cuando lo hice no sé por qué deslicé mi mano por su antebrazo hasta rozar con mis dedos su mano, deteniéndome menos de un instante tentada a permitirle que la cogiera.

—Llama a mi oficina para acordar una hora y lugar para trabajar en el caso.

Me alejé y levanté mi mano hacia un taxi que pasaba.

—¿Entonces sí vas a ignorar mis palabras, guapa? —preguntó Víctor.

Reí al abrir la puerta del taxi. —Buen día, *señor Haumann*.

—Buen día, *señorita Silva*.

## Capítulo 9.

*Gina*

—¿De verdad? —preguntó Esther al darle un sorbo a su copa de vino.

—Lo hubieras visto —dije, estirándome a coger la copa de mi mesita de sala—. Quejándose y quejándose de tener que usar una chaqueta para ir ante el juez. ¡Parecía niño de cinco años!, pero cuando presentamos la moción fue como ver a un tiburón blanco en su hábitat natural.

—Casi suena a que no hubieras podido conseguir estos documentos sin su ayuda —dijo Esther, mirando las tres cajas de archivo que teníamos abiertas al otro lado de la mesa.

—¡Claro que los hubiera conseguido! —Dije fingiendo mi indignación— Pero él lo hizo mucho más fácil. El hombre podría convencer a un esquimal a que le compren hielo.

Escuché azotarse la puerta de mi casa. Giré y vi a mi madre llegar, lo que me decía que ya casi eran las seis de la tarde.

—Hola, madre.

—¡Hola, señora Mariana!

—¡Buenas tardes, niñas! —saludó mi mamá al dejar su abrigo colgado en nuestro perchero. Nos miró y luego clavó su vista en los papeles que teníamos encima de nuestra mesita de sala— ¿Trabajando?

—Estábamos recogiendo cuando nos atacó este vino tan delicioso que compró su hija —dijo Esther, levantando su copa—. ¿Gusta?

—Con el día que tuve acepto cualquier cosa que tenga alcohol, querida —dijo mi madre al acercarse a ver los papeles—. ¿Qué es todo esto?

—Un caso que estoy litigando, madre —dije, cogiendo otra carpeta.

—¿Llevan trabajando aquí toda la tarde?

—No toda la tarde —dijo Esther—. Además, no hay problema. Eric no termina su turno hasta mañana al mediodía, así que no es que tenga planes esta noche.

—Hagan caso de una mujer que sacrificó tantos sábados en su vida —dijo mi madre—: vivan un poco.

Levanté la cabeza y la miré a los ojos. —¿Quién eres y qué has hecho con mi madre?

—Yo solo digo que está bien salirse a divertir de vez en cuando —ella cogió el control remoto de la televisión—. ¿Les molesta?

—Depende —dijo Esther—, ¿qué va a ver?

—Su telenovela —dije, negando con la cabeza—. Secreto de Amor o alguna tontería así.

—¿También ve Misterios de Pasión?! —exclamó Esther con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué si la veo! —mi madre se apuró a sentarse en el sillón individual a un lado de Esther— Me muero por ver el escándalo que le va a montar...

—Madre, estamos trabajando —le reclamé, y luego miré a Esther— ¡Y se supone que viniste a ayudarme!

—¡Llevamos toda la tarde trabajando, merecemos un descanso! —dijo, apoyándose por completo en el respaldo del sillón y regresando su atención a mi mamá— ¿Vio el beso que se

dieron Rigoberto y Sandrita?

—¡Eso no lo actuaron, querida! —dijo mi madre— Esos dos actores se han de dar hasta por los codos.

—¡Mamá! —grité, y las tres estallamos a carcajadas— Si van a ver eso necesitare estar más borracha.

Mientras rellenaba mi copa de vino, pasándome un poco de la cantidad recomendada a servir en ese vaso en particular, mi madre cambió el canal de la televisión.

—Todavía no empieza —dijo mi madre.

—¡Oye, estuvimos ahí hace unos días! —dijo Esther, apuntando a la televisión.

Miré y reconocí el vestíbulo del Casino y Hotel Crescendo, donde estaban transmitiendo un programa de entrevistas local.

—Lleva unos años abierto y nunca he ido —dijo mamá—. Nunca le encontré el atractivo a arriesgar mi dinero solo por diversión, pero sí se ve bonito.

—Sí es muy lindo —dije.

—¿A qué fuiste?

—Una reunión con un cliente, mamá —le contesté sin quitar la mirada de la televisión.

No puse atención a lo que estaban diciendo en la televisión, pero sí leí el titular desplegado en la parte inferior de la pantalla: Premios del Abierto de Póker de Ciudad del Sol suman más de cuatro millones de dólares.

—Preparan unas margaritas deliciosas en el bar del hotel —dijo Esther.

—Pensé que habías ido con Elías —dijo mi madre.

—¿Elías? —Preguntó Esther, mirándome— ¿Cuándo lo viste?

—El jueves pasado —dijo mi madre entrecerrando los ojos.

Miré a Esther y ella asintió despacio sin duda al notar la desesperación en mi mirada.

—¡Oh, sí! —Exclamó— Sí, cuando me fui con Eric, sí, ya lo recuerdo. Él iba llegando.

Mi madre suspiró y sus ojos se mantuvieron firmes. No era tan fácil engañarla.

—¡Mira! —dijo Esther, apuntando a la televisión emocionada como una niña pequeña.

Giré la cabeza deseando con toda mi alma que mi madre dejara el asunto por la paz.

—Ahora entrevistamos a uno de los favoritos a ganar el Abierto de Ciudad del Sol —dijo una reportera rubia cuyo vestido tan ajustado no dejaba mucho a la imaginación. Por supuesto que Víctor tenía una sonrisa de idiota mientras la miraba—. Víctor Haumann, ganador de torneos en Atlantic City, Las Vegas, Mónaco y Los Ángeles, dos veces jugador del año y dueño de tres brazaletes de la Serie Mundial de Póker.

—También estudié leyes en Harvard, hermosa —dijo con esa sonrisa arrogante y encantadora que no podría quitar, aunque quisiera.

—Se ve bastante bien en televisión —dije.

—¿Lo conocen? —preguntó mi madre.

—Es un cliente nuevo del bufete —dije.

—Gina está trabajando con él —dijo Esther, y al verla girarse a mirar quise cerrarle la boca antes de que dijera más—. Es un tipo muy agradable.

—Sí, se nota que es *muy* agradable —dijo mi madre, inclinando su cabeza hacia la televisión y exagerando una lamida de labios—. Ay, Dios mío, dame lo mío porque lo ajeno está bien bueno.

—¡Mamá! —grité y Esther soltó una carcajada.

En la televisión mostraban videos cortos de Víctor. En algunas tomas tenía lentes oscuros y



parecía que se divertía como nunca en la vida.

—¡Míralo, hija! —dijo mi madre.

—En persona está más guapo —dijo Esther.

—Y huele como el cielo —dije sin pensar.

—¡Es verdad! —dijo Esther— ¿Qué usará? Me encantaría regalarle una botella de eso a Eric.

Mi madre rio mientras me miraba. —Estábamos trabajando en su caso —dije.

—Ya veo —dijo mi madre con una mueca.

—Había rumores que la salida repentina de Jessica Pantoja en el torneo en Nueva York fue por culpa tuya —dijo la reportera.

—De ninguna manera —dijo Víctor sin titubear—. Jessica es una excelente jugadora y una muy querida amiga. Ella abandonó el torneo por cuestiones personales.

—¡¿Cuestiones personales?! —gritó una mujer detrás de Víctor— Grandísimo hijo de... —la televisión censuró la palabrota, pero no censuró la violenta bofetada que le metió a Víctor— ¡Me dejaste esposada a la cama!

—¡Te juro que no lo sabía! —dijo Víctor.

—¡Era la líder de fichas...! —la televisión censuró la cadena de groserías que salieron de su boca.

—Esto está mejor que la telenovela —dijo mi madre entre risas—. Es un sinvergüenza de lo peor.

—En eso tienes razón, madre —dije.

“¿*Cómo demonios terminé en la cama con ese cretino?*” pensé.

—Espera, ¿te esposé a ti? —dijo Víctor— Pensé que había sido Daisy.

—¡¿Estuviste con Daisy?! —grité, tratando de darle otra bofetada, pero Víctor la esquivó agachándose y luego corrió hacia atrás— ¡¿Mi mejor amiga, Daisy?!

Negué con la cabeza y no contuve la risa al verlo huir.

—Ahí lo tienen —dijo la reportera haciendo su mejor esfuerzo por aguantar la risa—. El mundo del póker está lleno de drama. Soy Calista Fuentes, y...

—Qué idiota —dijo mi madre.

—Es muy lindo —dijo Esther.

—No dije que no lo fuera —mi madre apuntó a la televisión donde alcanzamos a ver a Víctor sostenerle las manos a la chica en el fondo sin duda para evitar ser agredido más—, pero se puede ser lindo e idiota al mismo tiempo.

Asentí. —En eso tienes toda la razón, ma...

Recibí un mensaje en el móvil. Cuando lo vi suspiré y mi corazón se aceleró al ver que era de Víctor.

“*No te emociones, estúpida,*” pensé, sacudiendo mi cabeza. “*Un momento, ¿cómo...?*”

—¿Le diste mi número? —le pregunté a Esther.

—¿A quién?

—Al don Juan que acaban de golpear —apunté al televisor.

—¡Ah! —dijo Esther— Claro, me lo pidió el día que llamó para saber cómo te gusta el café.

“*Genial,*” pensé, gruñendo.

—Hola, guapa —decía el mensaje—. ¿Te encargas tú o me encargo yo?

—¿De qué...? —pregunté, poniéndome de pie y seleccionando la opción de llamarle en el mensaje de texto.

—¡Espérame un momento...! —contestó necesitando gritar por encima del bullicio escuchado

en el fondo que estalló en aplausos y lamentos— Necesitas llamarme más seguido, guapa, porque...

Quedé esperando a que siguiera hablando. —¿Sí? —dije al mirar la ventana de mi casa y refunfuñar mientras escuchaba el bullicio disminuir.

—Perdona, no se debe contestar el teléfono en las mesas del casino. Tuve que salir.

—Menos mal —dije—. Estaba preocupada que esta vez te dieran un puñetazo en lugar de una bofetada.

Él soltó una carcajada. —Hostia, ¿viste eso?

—¡No es algo de qué enorgullecerse!

—Acordemos en no estar de acuerdo —dijo—. ¿A qué debo el placer de tu llamada?

—Tu mensaje no fue muy...

—¿Acaso buscas un momento a solas esta noche?

—¿Qué? ¡No!

—Me acabo de sentar a jugar, pero si quieres más tarde...

—¡Joder, hombre! —dije, visualizándolo frente a mí para ahorcarlo— ¿De qué quieres que me encargue?

—¡Ah, eso! —exclamó— La adorable Valentina Zamorano acaba de declararnos la guerra —dijo.

Miré hacia arriba. —La abogada de la universidad —dije—, ¿qué hizo?

—Hizo una moción de suprimir el testimonio de la médica del equipo —dijo—. Si lo consigue...

—Yo sé qué pasará si lo consigue —suspiré—. Yo me encargo. Parece que estás ocupado.

—Si quieres puedo ir a buscarte y podemos pensar juntos cómo...

—Buenas noches, *señor Haumann*.

—¿No me mandas un besito?

Colgué la llamada, pero no pude evitar sonreír. Al caminar de regreso al sillón vi la mirada de Esther y mi madre en mí.

—¿Qué? —Esther sonrió y mi madre cruzó sus piernas— Era Víctor Haumann.

—Lo sabemos —dijo mi madre.

—¿Podrías ver si tengo algún correo electrónico de la corte o de la abogada Valentina Zamorano? —le pedí a Esther.

Ella no dejó de sonreír mientras abría el portátil en la mesita y abría mi bandeja de entrada. —¿Está todo bien?

—Sí —dije, notando que mi madre no había dejado de mirarme—. ¿Qué, madre?

Ella negó y apretó sus labios. —Nada, Regina.

—Era una llamada de trabajo.

—Lo sé.

—Ya no veo la hora de terminar con este asunto —dije.

—Claro —dijo mi madre, y Esther solo amplió su sonrisa.

—Es un idiota —dije—. No imaginas lo difícil que es trabajar con alguien así.

—Se nota —dijo mi madre antes de dar un sorbo a su copa de vino.

Resoplé y miré a mi asistente. —¿Ya encontraste el correo?

—Aquí está —dijo Esther, dándome el portátil.

Lo leí, y al hacerlo imaginé la sonrisa de Víctor y su mirada que me desnudaba al mismo tiempo que me tentaba a hacerlo.

“*Concéntrate, Gina,*” pensé. “*Concéntrate.*”

## Capítulo 10.

*Victor*

—Buenas tardes, entrenador Cardoso —saludé al sujeto que había entrado a la sala de juntas en Vang y Asociados, una más pequeña que la que utilizaron cuando nos recibieron a mí y a Nico.

El entrenador sonrió su arrugada cara y estrechó mi mano con demasiada fuerza para su edad. —Víctor Haumann —dijo, poniendo su otra mano encima de la mía mientras me apretaba—. ¿Cómo está Julius?

—Cojo y deprimido, entrenador —le dije con una sonrisa, borrando la suya—. Gracias por preguntar.

—Esta hostilidad no es necesaria, señor Haumann —dijo Valentina Zamorano, la abogada de la universidad—. El entrenador Cardoso está aquí por voluntad propia y muestra la buena fe de mi cliente para que podamos olvidar este lamentable asunto.

Con un poco de maquillaje y un atuendo más ajustado no dudo que la abogada luciría para matar, pero con su cabello recogido y cara de pocos amigos solo me generaba una cantidad sana de miedo de no meterme con ella, razón por la cual solo añadía a mis ganas de hacerla enojar.

Miré a Gina que esperaba de pie del otro lado de la mesa y les sonreía mientras indicaba con su mano abierta dónde podían tomar asiento. Tanto ella como Valentina traían conjuntos similares de falda de lápiz y blusa morada, pero en Gina me provocaban ganas de arrancarle la ropa con los dientes.

Esther preparaba la cámara que grabaría la declaración que tomaríamos del entrenador.

—Fue decisión del entrenador meter a nuestro cliente lesionado al partido —dije, deteniéndome a un lado de Gina—. Él no le cortó la pierna, pero bien pudo haber realizado la amputación él mismo.

—Un momento, señor Haumann...

—Roy —le interrumpió Valentina.

Miré a Gina y al ver su sutil mueca supe que ella había visto lo mismo que yo: este sujeto era temperamental.

—¿Sabe que sería una excelente muestra de buena voluntad? —dije apoyando mis codos en la mesa y mirando directo al entrenador.

—Dígame —contestó.

—Que nos dijera en este momento, mientras lo estamos grabando —apunté mi dedo índice hacia él—, que usted conocía la severidad de la lesión de Julius cuando le ordenó que regresara al partido, y no le importó.

—No hay forma que el entrenador supiera eso, señor Haumann —dijo la señorita Zamorano—. Para empezar, no es un médico.

—Tiene ojos, ¿no? —pregunté— ¿No podía ver el dolor que tenía mi cliente? ¿No tuvieron que ayudarlo a caminar para salir del campo? ¿No veía que no podía poner peso en su pierna?

—Su cliente era el mariscal de campo titular que lideró el equipo hasta ese campeonato

nacional —dijo el entrenador—, ¿cree que me habría dicho si algo le dolía con tal de ganar el juego?

—Según nuestro cliente sí lo hizo —dijo Gina.

—¿Y tienen los testigos para respaldar eso? —dijo la señorita Zamorano.

—En cuanto hablemos con el resto del equipo lo tendremos —dijo Gina, dejando su mano extendida sobre la mesa—. Entrenador Cardoso, ¿podría decirnos por qué quiso que Julius regresara al partido?

—Porque era mi mejor jugador —contestó.

Gina sacó a la vista su otra mano la cual sostenía un control remoto que apuntó al televisor de la sala. Lo encendió y nos mostró un video donde Julius se lesionó la rodilla.

—¿Le pidió volver a jugar después de que apenas pudiera caminar de regreso a los banquillos? —preguntó Gina, mirando la grabación en que él regresa apoyándose del hombro de dos compañeros.

—Cualquier chico en su posición haría lo mismo —dijo el entrenador con tono nervioso.

—Roy... —dijo la señorita Zamorano tratando de interrumpirlo— Respuestas simples, no elabo...

—¡Era el campeonato! —continuó el entrenador— ¡Cualquier chico se emocionaría de estar en ese partido!

—Y por eso lo dejé entrar sin importarle su bienestar —agregó Gina.

—No contestes, Roy —dijo la señorita Zamorano cada vez más enojada.

—Lo revisó la doctora Chávez —el entrenador se encogió de hombros—. Dijo que estaba bien.

Gina y yo nos miramos, luego volví mi atención al entrenador. —¿Esas fueron sus palabras, entrenador? —pregunté— ¿La doctora dijo que estaba bien?

—Roy, cállate —le murmuró la señorita Zamorano.

—Bueno... —dijo el entrenador tartamudeando.

—Porque si es así la doctora fue negligente al revisar la condición médica de nuestro cliente y no notar la severidad de su lesión. Estaría sujeta a una demanda por *mala praxis* —dijo Gina con tono casual.

—No olvidemos que estaba bajo el empleo de la universidad —dije, apoyando mi espalda en la silla y mirando a mi compañera—. Podríamos alegar que la institución también es responsable de crear las circunstancias que llevaron a nuestro cliente a...

—¡De acuerdo! —dijo la señorita Zamorano. Ella miró a Esther— Apague la cámara, por favor.

—No hemos terminado con la declaración del entrenador —dijo Gina con toda la calma del mundo.

—Hablemos de un acuerdo —dijo la señorita Zamorano.

Gina y yo nos miramos un instante y luego ambos asentimos mirando a Esther. Ella apagó la cámara y se quedó de pie a la espera de más instrucciones.

—La universidad ofrece una beca completa —dijo la señorita Zamorano, sacando de su maletín una carpeta—. Puede ser la carrera que el señor SÉRPICO estudia, o puede iniciar una nueva en nuestra institución. Esta oferta incluye estudios de posgrado.

—Siga hablando —dijo Gina.

—También alojamiento estudiantil por la duración de sus estudios en una vivienda adecuada a la situación física del señor SÉRPICO.

—Para él, para su hija y su pareja —dije.

Ella asintió. —Puedo conseguir eso —abrió la carpeta y leyó por un instante—. También cubriremos todos los gastos médicos.

—¿Rehabilitación física? —preguntó Gina.

—Sí.

—Tratamiento psicológico —dije.

—Sí.

—Gastos hospitalarios —dijo Gina.

—Dije “*todos los gastos médicos*”.

—¿Te convence? —pregunté, mirando a mi compañera.

—No está ni cerca de convencerme —dijo Gina, negando con la cabeza y cruzando sus brazos.

—Y puedo ofrecer —la señorita Zamorano deslizó la carpeta hacia nosotros— esta indemnización.

Gina lo abrió y miró la hoja adentro. Sin inmutarse un poco abrió la carpeta y me mostró la cantidad.

Solté una carcajada. —Sería una pérdida de tiempo presentarle esta oferta a nuestro cliente porque la rechazará a menos que agregue un cero más a ese número.

La abogada soltó una carcajada. —Está siendo ridículo.

—¿De verdad? —dijo Gina, luego miró al entrenador Cardoso— Cuando salgan de aquí, entrenador, dígame a la señorita Zamorano el sueldo promedio anual de los mariscales de campo titulares de la liga profesional, y decida si mi cliente está siendo ridículo.

La señorita Zamorano y el entrenador se pusieron de pie y caminaron hacia la puerta de la sala.

—Nos vemos mañana para nuestra audiencia, señorita Zamorano —dije, pero ellos ni siquiera se giraron a vernos.

—Eso salió bien —dijo Esther.

—¿Qué coño haces? —dijo Gina, y cuando giré a verla noté que estaba mirándome.

—¿Estás enojada conmigo?

—Ni siquiera discutiste conmigo ese acuerdo.

—¿Tenía que hacerlo?

—Es un buen acuerdo —dijo—. Si acepta ese dinero y lo invierte bien será millonario para cuando termine sus estudios universitarios y...

—Es una burla —dije, luego sonreí—. Pero qué bien me seguiste el juego.

—Tenía que hacerlo —dijo, poniéndose de pie—. Si hubieran visto que no estábamos coordinados quién sabe qué hubiera intentado.

—¿Tan siquiera sabes el sueldo promedio anual de los mariscales de campo profesionales? —pregunté.

Gina negó con la cabeza y sonrió. —Por supuesto que lo sé.

La observé y nos quedamos mirándonos un momento. —Tengo un billete de cien dólares en mi bolsillo que dice que no lo sabes.

Gina y Esther se miraron antes de verme. —Le falta un cero a ese número para que pueda considerar esa apuesta —dijo Gina, ampliando su sonrisa y apoyando su mano en la mesa.

“*Joder, ¿lo sabrá?*” pensé, respirando profundo tal y como cuando suben la apuesta contra mí en la mesa de póker. Mi corazón se aceleró tanto o más que esas veces.

—Vale —dije entre risas. Saqué mi billetera y dejé mil dólares en la mesa—. Sabes, se acostumbra que el dinero apostado se junte antes de determinar el ganador.

—No tengo mil dólares aquí —dijo Gina—. Pero si pierdo, te doy el dinero mañana cuando pase por un cajero automático.

—No será necesario —dije—. Si gano, tienes que salir a tomar algo conmigo por la noche.

Esther rio, pero dejó de hacerlo cuando Gina la miró.

—Un café —dijo Gina.

—Cena.

—Desayuno.

—Comida —dije, y Gina respiró profundo y asintió. Miré a Esther—. Muñequita, ¿serías tan amable de buscar con tu teléfono el salario anual promedio de los mariscales de campo profesionales sin decírnoslo?

Esther asintió, y cuando la vi sonreír supe que había caído en una trampa.

—Seis millones ochocientos mil dólares —dijo Gina—. El tamaño promedio de contratos es de veinticuatro millones trescientos mil dólares, y la cantidad garantizada promedio es de dieciséis millones doscientos mil.

Esther asintió y levantó su mano para mostrarme su móvil. No necesitaba leerlo para saber que la cifra era correcta.

Solté una carcajada. —Gina, guapa, serías una extraordinaria jugadora de póker —dije antes de levantar el dinero, ponerme de pie, caminar hacia ella, cogerle la mano y dejar el dinero doblado en ella—. Bien jugado.

Ella sonrió y rio nerviosa sin quitar su mano con su dinero de abajo de la mía. Nos miramos a los ojos unos momentos y ella suspiró.

—No sé jugar al póker —dijo, apretando su agarre de mi mano.

—Deberías dejar que te enseñe uno de estos días.

—Quizá, señor Haumann —dijo—. Quizá.

Reí, y miré de reojo a Esther, que sonreía de oreja a oreja mirándonos. Solté la mano de Gina y aclaré mi garganta. —¿Vamos a tu oficina a hablar de cómo llevarás la audiencia de mañana?

Gina respiró profundo, guardó su dinero en el bolsillo de su chaqueta, y negó. —Tengo que preparar algunos documentos —dijo—. ¿Qué te parece si yo me encargo de la audiencia?

—Vamos —dije—. Hacemos un buen equipo.

Gina rio. —Si es necesario podrías venir más tarde cuando ya esté desocupada.

—Es una cita —dije, cogiendo su mano y besándola.

—No es una cita —dijo con su rostro más rojo que un tomate.

Miré a Esther. —Es una cita —articulé con la boca, y ella soltó una risita—. Nos vemos más tarde, guapa —dije al caminar hacia la salida de la sala de juntas.

—Tenga buen día, señor Haumann —dijo Gina.

Caminé hasta el ascensor con la sonrisa más grande que había tenido después de haber perdido dinero en una apuesta.

“*Esa cabrona me engañó,*” pensé aun riendo para mí mismo al entrar.

## Capítulo 11.

*Gina*

—¿Qué hiciste? —preguntó Beatriz al irrumpir en mi oficina.

Casi me da un infarto por el susto cuando levanté la mirada de la pantalla del portátil y noté una mirada asesina en su rostro. —¿Disculpa?

—Acabo de recibir una llamada de Dóminik Vang —dijo Beatriz, cruzando sus brazos—. Quiere que te lleve con él.

Me puse de pie y tragué saliva pues no veía contenta a Beatriz. El señor Vang jamás hablaba con los asociados, ni siquiera para despedirlos.

—¿Por qué quiere verme el señor Vang? —pregunté nerviosa.

—¡No lo sé! —dijo Beatriz, cogiendo el respaldo de una silla con su mano— ¿Qué hiciste?

—¡Nada! —dije— He estado ocupada con el caso de Julius Sérpico.

—¿Qué hay de los contratos de Price?

—Terminados, firmados y enviados por mensajería —dije, mirando a Esther asomándose por la puerta mostrándome su puño con el pulgar levantado hacia arriba—. Llegaron sin problemas y están bien hechos. Tengo la confirmación...

—¿La demanda de Aranza?

—Conseguí una indemnización moderada junto con un acuerdo de confidencialidad por parte de la modelo que les demandó —dije, mirando hacia arriba mientras caminaba alrededor de mi escritorio—. Los representantes de Aranza me dijeron de frente que estaban contentos con el resultado.

—¿Entonces para qué quiere verte Dóminik Vang?

—¡Ni idea! —dije— ¿Se oía enfadado o algo así?

Beatriz refunfuñó, dio la vuelta y caminó hacia a la puerta de mi oficina donde se detuvo y giró hacia mí. —¿Qué esperas?

Esther me alcanzó mientras trataba de seguirle el paso a Beatriz. Podría haber dejado marcadas sus pisadas en el suelo de lo fuerte que se escuchaban sus tacones bajos.

—¿Sabes de qué se trata? —le pregunté susurrando a Esther.

—No lo sé —murmuró—. Tomé un café hace una hora con la asistente del señor Vang y otras chicas de los pisos de arriba y no me enteré de nada. Se supone que hoy jugaría al golf.

—Podría ser por algo bueno, ¿no?

—¡Claro! —dijo Esther sin inspirarme mucha confianza.

Beatriz y yo subimos al ascensor. Era la primera vez que subía hasta el piso de los socios más veteranos e importantes del bufete. Miré alrededor y quedé deslumbrada con el tamaño de las oficinas y la variedad de muebles lujosos que los socios tenían permitido tener en sus oficinas. Caray, sus secretarías tenían mejores escritorios y ordenadores que yo.

Todas las oficinas tenían muros de cristal menos la del señor Vang. Respiré profundo antes de que Beatriz abriera la puerta y yo la siguiera adentro.

—Buenos días, Dóminik —saludó Beatriz con una sonrisa nerviosa.



Entré y vi al viejo señor Vang sentado detrás de su gigantesco escritorio. Su rostro redondo parecía que estaba derritiéndose y cayendo de su cráneo, pero sus ojos emanaban una confianza e intensidad que aun desde la puerta podía intimidarme. El hombre era una leyenda en vida.

Dos personas se levantaron de las sillas frente al escritorio del señor Vang. Mi corazón se detuvo un instante cuando reconocí a Víctor y a su socio Nico.

—Pasen, señoritas —dijo el señor Vang con esa voz grave, sonora y agradable al oído que le caracterizaba—. Jovencita, cierre la puerta, por favor —hice lo que se me pidió y luego caminé hasta estar a unos metros del escritorio.

—Buenos días, señor Vang —saludé, luego miré de reojo a Víctor—. Señor Haumann —miré a Nico—. Señor Bagni.

—La noto nerviosa, señorita Silva —dijo el señor Vang, levantándose de su escritorio y caminando hacia la mesita junto a la ventana donde tenía una lujosa cafetera arrojando humo de café recién hecho—. Apuesto a que ha estado considerando cuál motivo podría tener para llamarla a mi despacho.

—Sí, señor —dije sin ocultar mis nervios.

Vi a Víctor sonriendo, y por alguna razón supe que todo estaría bien.

—El señor Haumann y...

—Dóminik —interrumpió Víctor—, ¿qué te dije? Tutéanos. Es un requerimiento si va a encargarse de nuestra compañía.

—¿Qué? —Beatriz se veía tan sorprendida como yo.

—Los caballeros solicitaron una reunión conmigo y hacerme saber de sus intenciones de contratar Vang y Asociados para representarlos de ahora en adelante —dijo el señor Vang al servirse una taza de café—. Su página web de apuestas, JetHouse, tuvo ingresos superiores al billón de dólares el año pasado, y este año parece que superarán ese número.

—En particular por nuestros patrocinios en torneos de póker como el Abierto de Ciudad del Sol —dijo Nico.

—Víctor y Nico —dijo el señor Dóminik con una sonrisa mientras me miraba—. Me han dicho que fue el excelente servicio que usted les ha dado lo que les convenció de traer su negocio con nosotros.

—Nos trata como si fuéramos reyes, Dóminik —dijo Víctor, ampliando su sonrisa lo que amplió la mía—. No quiero que nuestra cuenta sea llevada por nadie más que no sea ella.

—Señorita Silva —llamó el señor Dóminik—. Sería el cliente más grande que ha atendido hasta este momento. Un cliente con ingresos de este tamaño suele ser manejado por socios con más experiencia, ¿cree estar lista?

Estaba sin palabras. Tenía la boca entreabierta, pero no era capaz de generar ni un soplo de aire.

—Lo estoy, señor —dije tartamudeando. Vi a Víctor reír un poco y mis mejillas aumentaron su temperatura al instante.

—Excelente —dijo el señor Dóminik, juntando sus manos frente a él y girando hacia Beatriz—. Querida, has hecho un trabajo fenomenal instruyendo a esta jovencita. Quiero que vengas más tarde para hablar sobre expandir tus responsabilidades a un nivel más apropiado.

—Por supuesto, Dóminik —dijo Beatriz. Caray, ni siquiera un aumento insinuado por parte del dueño del bufete lograba sacarle una sonrisa.

—Y usted, señorita Silva —dijo el señor Vang—. Tiene un futuro muy prometedor con nosotros. Le doy mi palabra que lo verá reflejado en la siguiente reunión de socios.

“¡Hostia!” pensé, incapaz de contener mi sonrisa.

—¡Gracias, señor Vang! —dije, tratando lo más que pude de controlar la emoción.

Víctor chasqueó la lengua. —Caballeros, tengo un compromiso para grabar *otro* anuncio para el torneo —dijo con una sonrisa mirando a Nico como si quisiera ahorcarlo—. Confío que mi socio puede encargarse de aquí en adelante de cualquier requisito necesario para oficializar nuestra relación.

—Por supuesto —dijo el señor Vang, luego me miró—. Señorita Silva, sea tan amable de acompañar al señor Haumann.

—Voy a darte una nalgada si vuelves a llamarme señor Haumann, Dóminik —dijo Víctor ofreciéndole su mano a estrechar, y yo solté una carcajada que ahogué de inmediato cuando noté que nadie más se había reído.

—Ten un buen día, Víctor —dijo el señor Vang.

Víctor caminó hacia mí. Las luces parpadearon un momento, haciéndolo detenerse y mirar al techo. —Deberían revisar eso —dijo mirando hacia el señor Vang para luego salir.

Caminé hasta ponerme a su lado. —Yo... —dije, pero nada más. No tenía más palabras que decirle. No podía formarlas. Mi cabeza seguía dando vueltas ante lo que había sucedido allí adentro—. Yo...

—Cielos, Víctor —dijo con un tono de voz alto y entre risas al mismo tiempo que juntaba sus manos frente a él—, lo que hiciste ha sido lo más increíble, generoso, y sensual que alguien ha hecho por mí. Eres mi héroe.

Reí y sin darme cuenta había puesto mi mano encima de su brazo. Mi pecho ardía con demasiada intensidad y no podía borrar la sonrisa en mi rostro.

—¿Por qué? —dije, deteniéndome junto con él ante el ascensor.

—¿Por que qué? —preguntó.

—No era necesario que vinieras a hablar con el puñetero dueño del bufete.

—¿No debía hacer eso?

—No dije eso.

—¿Estás quejándote?

—No, estoy...

—¿Estás...?

—Agradecida —dije, sonriendo—. No tenías que hacer eso. No era necesario que le dijeras al dueño del bufete que...

Víctor sonrió. Por alguna razón las palabras dejaron de formarse en mi cabeza y no pude decir nada más. —En este mundo la sutileza no te conseguirá nada, guapa. Necesitas ser escandalosa, lograr que se te note, así la gente sabrá quién eres y de qué estás hecha.

—Pero...

—Ahora el dueño del bufete sabe tu nombre —dijo Víctor—. ¿Tú crees que dejará que uno de sus clientes más ricos sea atendido por una asociada? —me miró a los ojos y sonrió— Querías ser socia, ¿no? Acabas de asegurarte que así será.

“*Pero yo no lo hice,*” pensé, encogiéndome de hombros. “*Lo hiciste tú.*”

Respiré profundo y las puertas del ascensor abrieron. Ambos entramos y dejé que él pulsara el botón de la planta baja.

—Esto no cambia las cosas —dije, mirando hacia arriba.

—¿Qué cosas?

Giré hacia él y lo miré a los ojos. —Lo que hiciste por mí es grandioso, pero...

—Voy a detenerte antes de que digas una tontería —dijo con una sonrisa mientras cubría mi boca con sus dedos—. No hice esto porque quisiera volver a meterte en mi cama.

Cogí su muñeca con ambas manos y quité su mano de mi boca, pero por alguna razón mis dedos se rehusaron a soltarlo.

—Bueno —dije, asintiendo.

—No te culparía si quisieras volver a meterte en mi cama —dijo antes de coger mis manos y darles un beso—. Después de todo, ya sabemos que sería una celebración explosiva.

—Maldita sea —dije riendo, dejando que ese beso en mi mano se alargara tanto como él quiso—. No tienes remedio.

—Y tú —apuntó a mi rostro con su dedo índice— no estás diciendo que no.

Estaba boquiabierta mientras le miraba. Él giró hacia la puerta y esperó con toda la paciencia del mundo mientras bajábamos. La temperatura dentro del ascensor aumentó con cada segundo y cuando giré hacia la puerta me cogí las manos y traté de calmar mi ansiedad apretando mi pulgar hasta casi arrancarlo.

—Por cierto —dijo Víctor—. Necesito que seas mi acompañante para la Gala de Recaudación de Fondos para la Clínica Edén.

—Estoy segura de que hay reporteras rubias o jugadoras sexis que serían mejor compañía que yo.

—No —dijo Víctor con una sonrisa sincera—. En realidad no.

Respiré profundo. —Vale.

—Te enviaré los detalles más tarde.

“¿Qué hiciste, estúpida?!” pensé, cayendo en cuenta de que acababa de aceptar una cita con él.

Llegamos a la planta baja, y mientras las puertas se abrían Víctor se paró frente a mí y me miró a los labios.

Dejé de pensar cuando acercó su rostro al mío, y cerré los ojos esperando que sus labios tocaran los míos. Maldita sea, sabía que debía moverme, pero el corazón me retumbaba como un loco y mi piel quemaba tanto y tan delicioso como aquella noche que estuvimos juntos.

Quizá un poco más.

Sus labios no alcanzaron los míos. Su aliento golpeó mi mejilla cuando él me dio un largo beso en la mejilla que dejó mi cuerpo temblando.

—Hasta luego, Gina —susurró.

Abrí los ojos y le vi sonreír mientras giraba y salía del ascensor.

Caminé hacia atrás sin quitarle la vista de encima hasta que se cerró la puerta. Me atrapé a mí misma sonriendo y con la respiración tan agitada que temí que el tiempo que tardará el ascensor en subir a mi piso no sería suficiente para tranquilizarme.

—Hijo de puta —dije, poniendo mi mano en mi frente y soltando una carcajada—. Es un hijo de puta.

## Capítulo 12.

*Victor*

—Oh, matador —dijo Leonel cuando salí del baño ya vestido con el esmoquin que me pondría para la gala.

—Cállate y átame esta cosa —dije al arrojarle la pajarita luego de cogerla de la cama.

—¿No crees que ya deberías aprender a atarte tus propias pajaritas y corbatas, ya que vas a menudo a estas cosas? —dijo Leonel mientras hacía su magia con esa cosa.

—¿No crees que deberías aprender a tirar tus cartas cuando tienes reyes y ves dos ases en las cartas comunitarias? —pregunté, ganándome un puñetazo juguetón suyo antes de que se dejara caer en la orilla de mi cama.

—Los reyes se juegan agresivo, nene.

—Ser agresivo no significa ser estúpido —dije al sacar unos gemelos de mi maletín.

Me puse la chaqueta, di un vistazo en el espejo y salí junto con Leonel de la habitación.

—Si no te conociera bien diría que estás nervioso por esta gala —dijo Leonel.

—Claro que no estoy nervioso.

—Eso es justo lo que alguien nervioso diría —Leonel rio—. Con razón Calista está resentida.

—¿Por qué habría de estar resentida? —mi móvil sonó, y cuando lo miré vi un mensaje de texto de ella— Ve, me está mandando mensajes. No está resentida.

—Baja al restaurante. Nico está cenando con altos ejecutivos de Summit Entertainment —decía el mensaje.

—Siempre la estás invitando a estas tonterías —dijo Leonel.

—¿Qué? —dije, mirándolo— Ah, sí —pulsé el botón del ascensor y ajusté las solapas de mi chaqueta después de guardar mi móvil. —Bueno, quise llevar a otra persona en esta ocasión. Ella lo entiende.

—¿Se lo dijiste?

—¿Te dijo algo?

—No se le escuchaba contenta cuando dijo que no jugarías con nosotros esta noche porque tendrías un evento.

Gruñí cuando entramos al ascensor. —¿Puedes hablar con ella?

—Es tu problema, nene —dijo Leonel—. Yo no le voy a decir nada.

“¿Qué estará tramando Nico?” pensé. “¿Querrán los de Summit comprar uno de nuestros espacios en la mesa final? No creo, ellos también deben tener uno.”

—Vamos al comedor —le dije a Leonel.

—¿Acaso no dan comida en esos eventos de recaudación de fondos?

—Tentempiés que no llenarían ni a un gusano —dije—. Necesito un sándwich como el del otro día.

Entré al comedor y a lo lejos vi a Nico de pie estrechando manos con tres tipos vistiendo trajes de lujo como los que solo los ejecutivos suelen llevar.

—Te ves guapísimo —dijo una chica desde atrás de mí al mismo tiempo que apretaban mi

trasero.

Miré de reojo y sonreí al ver a Calista con una mueca traviesa. —Gracias, hermosa —dije, regresando mi atención a Nico, que se había sentado a leer unos papeles sueltos en la mesa—. ¿Estás segura de que son ejecutivos de Summit?

—Por supuesto —dijo—. Hace dos años trataron de comprar la cadena televisiva para la que trabajo. Ahí los conocí.

La miré. —Cali, lamento no haberte invitado a la gala.

Ella sonrió. —No somos pareja, Vic —dijo—. No me debes disculpas ni explicaciones —se acercó a mí y cogió mi camisa con su puño—, pero recuerda cómo me veo con un vestido negro de noche y pregúntate quién se lo pierde esta noche.

Reí antes de dar la vuelta.

Caminé directo hacia Nico. No me vio hasta que no estaba a unos pasos de la mesa. Él levantó la mirada y suspiró de seguro porque sabía que lo había pillado.

—¿No vas tarde a la gala, Víctor?

Me senté. —¿Yo cuándo he sido puntual, Nico? —pregunté, apoyando mi espalda en el respaldo de la silla— Esa gente con la que hablaste es de Summit Entertainment.

—Sí, lo son —dijo Nico antes de sorber de su refresco—. Tenían una propuesta de negocios para JetHouse.

—¿No creíste que yo debía estar en la reunión?

—Pensé que estarías ocupado.

—Podrías haberla pospuesto para mañana por la mañana, cuando ambos estuviéramos listos.

—Claro, porque habrías estado en condiciones de tener una reunión mañana por la mañana —dijo entre risas.

—¿Y qué querían?

—Presentarme una propuesta.

—¿Qué propuesta?

Nico gruñó antes de entregarme los papeles que estaba leyendo. Los cogí y en segundos supe el por qué no me quería en la reunión.

—Por supuesto que la respuesta será no.

—¿Sin siquiera hablarlo, Víctor?

—No necesitamos hablarlo, Nico —dije, arrojando el papel hacia el espacio de la mesa frente a él—. JetHouse no está a la venta.

—¿Ya viste lo que nos están ofreciendo?

—¡No se trata del dinero! —dije— Quieren comprarnos porque ya no somos una página pequeña que no es competencia para ellos y sus portales de apuestas gigantes.

—Entonces podemos conseguir que suban su precio un poco más.

—Maldita sea, Nico, en cinco años seremos nosotros quienes podrán comprarlos a ellos.

—No puedes ser tan ingenuo, Víctor —dijo Nico—. Si no es a nosotros, van a comprar otra, y luego otra, porque Summit Entertainment lleva años en el negocio y no van a permitir que una página de apuestas se vuelva un...

—¡JetHouse no está a la venta! —le grité.

Nico respiró profundo y puso ambas manos encima de la mesa. —Cuando estás en buena posición y tienes menos fichas que otro jugador —presionó su dedo índice contra la mesa—, tienes que ser agresivo en el momento correcto, ¿no es así?

—Así es.

—*Este* es el momento correcto para nosotros, Víctor —dijo Nico—. Jamás vamos a ser líderes en fichas de la mesa de póker de las páginas de apuestas en internet, pero sí podemos aprovechar una buena situación y capitalizar en lo que...

—Nico, es suficiente —dije—. JetHouse no está a la venta.

—Al menos déjame...

—¡No! —grité— Ya no hablaremos más del tema, Nico.

Él resopló. —Maldita sea, no te estoy pidiendo que te cortes un brazo, Víctor. ¡Solo que lo analices!

—No voy a...

—¡Piénsalo! —gritó Nico— Es un excelente trato el que nos están ofreciendo, pero como estás demasiado ocupado tratando de seducir a tu linda abogadita no piensas con claridad en los negocios...

—¿Qué fue lo que dijiste?

—¡Niégalo, Víctor! —dijo— Desde que empezaste a trabajar con esa chica tu cabeza ha estado en las nubes. Dejaste de ser agresivo en las mesas, has tomado decisiones conservadoras, e incluso has permitido que te faroleen otros jugadores.

—Eso no tiene nada que ver...

—¡Es igual a cuando...! —me puse de pie— No, no esta vez, Víctor. Ya hace mucho tiempo desde que murió Cristina y ya fue suficiente de andar de puntillas alrededor del tema. En aquella ocasión tu cabeza no estaba en el juego cuando estabas con ella, y en esta ocasión con esta abogada es lo mismo.

—Gina no es Cristina.

—¡No! ¡Es peor! —gritó Nico— Al menos Cristina dejó que la follaras rápido y las cosas se normalizaron pronto, pero con esta...

No resistí y acomodé un puñetazo que derribó a Nico de su silla. Nos miramos uno al otro, aturdidos por lo que acababa de pasar. Era la primera vez que me sacaba tanto de mis casillas.

—Lo siento, Nico —dije, ofreciéndole mi mano para ayudarlo a ponerse de pie.

Él rio y cogió mi mano. —Creo que ambos nos dejamos llevar por las emociones, Vic —dijo al ponerse de pie—. Yo me lo gané, no debí hablar así de Cristina.

—No, no debiste —dije, poniendo mis manos en las caderas.

—No veo a Calista en vestido de noche —dijo, sentándose en la silla de donde lo derribé—. Asumo que llevarás a nuestra querida Gina Silva.

Reí y asentí. —Asumes bien.

—¿Serviría de algo si te rogara que no follaras con la mujer responsable de los documentos legales de nuestra compañía?

—¿Quieres otro puñetazo?

—Estoy diciéndolo como tu socio y como tu amigo —dijo, levantando sus manos en señal de rendición.

Respiré profundo. —Gina no es ese tipo de chica.

—Ambos sabemos que no puedes resistir un reto.

Resoplé y sonreí. —No la veo así, sabes —dije, mirando hacia abajo e imaginando a Gina con un vestido negro de noche que me haría babear por horas—. Digo, sí la veo de esa manera, pero también...

—Tiene otros atributos que agregan a su sutil belleza física —dijo Nico.

—Yo no lo habría podido decir mejor.

—¿Entonces no piensas seducirla?

—Bueno, si ella quiere —dije, y Nico suspiró—, ¿quién soy yo para negarme? —reí y respiré profundo— No, Nico, no tengo intenciones de follarme a nuestra nueva abogada.

—¿La respetas demasiado? —preguntó Nico.

—No la has visto en acción en una corte o en una declaración —dije ampliando mi sonrisa—. Es respeto bien merecido.

—Bien —dijo Nico—. Esperemos que eso baste para que te comportes esta noche.

—Sí, papá.

Nico se puso de pie y caminó hasta ponerse a mi lado. —Piénsalo, ¿sí?

—¿Pensar qué? —lo miré, y él inclinó su cabeza hacia la mesa, donde había dejado los papeles con la oferta de Summit—. Lo pensaré, solo porque eres mi amigo y te aprecio.

—Yo también te quiero, cariño —dijo Nico antes de darme un puñetazo que casi logra derribarme de la silla—. Ahora estamos en paz.

Solté una carcajada, cogí un camarón y lo arrojé en su dirección, pero mi mala puntería hizo que el pedazo de comida cayera frente a una camarera que recogía los platos sucios de una mesa. Ella alcanzó a verme, y con su mirada me lanzó mil maldiciones que me hicieron sentir más pequeño.

—No sé por qué lo golpeaste, pero de seguro lo merecía —dijo Leonel mientras se acercaba seguido de Calista, que también venía sonriendo.

—Espero que no se haga moretón —dije, frotándome donde Nico me golpeó.

—Nunca entenderé cómo es que te asociaste con alguien tan... —dijo Calista, sentándose donde Nico había estado y cogiendo un camarón.

—En el fondo es un buen tipo —dije, vaciando unos hielos en una servilleta para luego cerrarla y poner la improvisada bolsa de hielos contra mi mejilla—. Ahora, si me disculpan, algo que él dijo es verdad.

—¿Qué?

—Ya voy tarde.

## Capítulo 13.

*Gina*

—¿Dónde está? —me pregunté a mi misma mirando alrededor de la multitud en el jardín de la clínica.

La gente disfrutaba de las bebidas servidas por camareros vestidos con túnicas griegas y de la música seleccionada por el DJ en lo alto de un balcón, pero ninguna de esas personas era Víctor. Quizá no lo veía por la tenue iluminación de los faroles que parecían iluminar como si tuviesen unas velas.

—¿Ya probaste los canapés? —preguntó Esther mientras masticaba algo— ¡Están deliciosos! Bombón —cogió el brazo de Eric, que lucía bastante increíble en esmoquin—, ¿ya...?

—Sí es salmón, bombón, y esas son semillas de lino —dijo Eric negando con la cabeza y riendo—. Ya le pregunté al camarero.

—Tengo que investigar cómo...

Reí mientras miraba a mi asistente sacar su móvil y a su novio mirando la pantalla junto con ella. “*Gracias a Dios que me quisieron acompañar, no quería...*”

Giré impaciente mirando hacia la puerta de la clínica por donde la gente salía al jardín, y mi corazón latía cada vez más rápido.

Pero al verlo, dejó de palpar un instante. Había algo más que hacía destacar a Víctor entre la multitud además de su estatura, corpulencia y porte. Algo que no sabía explicar. ¿Era la energía con la que caminaba? ¿Era la sonrisa en su rostro? ¿Era la manera en que saludaba a algunas personas mientras daba vistazos a su alrededor?

Sus ojos encontraron los míos. El tiempo pareció detenerse mientras él caminaba hacia mí. No sabía si yo había dejado de respirar, pero aquel hombre me había robado el aliento.

—¿Acaso no soy el hombre más guapo que has visto en tu vida? —preguntó Víctor al estar a unos pasos de mí y dar un giro.

Lo miré de arriba abajo. No era justo que un hombre de su apariencia usara esmoquin pues volvía demasiado difícil resistirse a sus encantos. Su peinado estaba igual de desaliñado, pero no parecía importarle como siempre.

“*Maldita sea, estoy en problemas,*” pensé sonriendo, rogando a las mariposas en mi estómago que dejaran su bailoteo lo suficiente para poderme concentrar en no arrojarme en sus brazos.

—Te ves bien —dije—. Deberías llevar más a menudo ropa formal.

—Al diablo con eso —me miró de arriba abajo sin siquiera disimularlo, lo cual solo añadió a la intensidad de mis nervios y esas malditas mariposas en mi interior parecieron multiplicarse—. Joder, ese vestido debería requerir un permiso para ser usado. ¿Te das cuenta de que podrías provocarle un infarto a un hombre de lo bien que te ves? —dijo, y yo reí— Se me ocurren solo un par de mejores formas de morir.

—Gracias —dije, acomodando mi cabello detrás del oído mientras le miraba a la cara, donde noté un pequeño moretón arriba de la barba. Le toqué el rostro y no se inmutó, solo amplió su sonrisa—. ¿Qué te pasó? —pregunté.



—Una diferencia acalorada de opiniones —dijo al cogerme la mano.

Bajé la cabeza sin quitarle la mirada de los ojos, luego cogí su mano derecha y la noté amoratada. —Muy acalorada, al parecer —dije, y luego dejé de sonreír—. No te arrestarán por esto, ¿verdad?

—Siempre asumes lo peor de mí, guapa —dijo, mirando hacia un lado donde yo sabía estaba Esther—. Buenas noches, muñequita.

—Buenas noches, señor Haumann.

—No estamos en la oficina —dijo, acercándose a ella. Cogió sus dos manos y le dio dos besos amistosos, uno en cada mejilla—. Llámame Víctor —giró hacia Eric, a quien le ofreció su mano a estrechar—. Y este galante caballero debe ser el héroe bombero que se ha adueñado de tu corazón.

—A ella le encanta exagerar —Eric rio mientras estrechaba la mano de Víctor—. Soy Eric Villar.

—Víctor Haumann —dijo Víctor—. Yo entraría a un incendio para salvar a un ser querido, pero hacerlo para rescatar extraños requiere un par de huevos del tamaño de los de King Kong. ¿No te aprietan esos pantalones?

Esther soltó una carcajada y me miró. —Guau —articuló con su boca mientras alzaba sus cejas y asentía.

Víctor giró y regresó a mí. —¿Ya te dije que te ves increíble?

—Ya lo hiciste —dije entre risas.

—Lo siento, tu sensualidad me afectó la memoria —solté una risita mientras miraba hacia abajo y luego hacia un lado.

—¿Cómo te fue en la audiencia? —preguntó.

—Tal y como lo planeamos —dije—. Ellos alegaron lo que esperábamos y el juez dictaminó que podíamos tomar la declaración de la doctora siempre y cuando...

—¡Señor Haumann! —saludaron detrás de mí, y un hombre se acercó a Víctor a estrecharle la mano— Gracias por su generosa contribución.

Él le miró por un instante antes de regresar su atención a mí. —Mi acompañante esta noche: Gina Silva —dijo, extendiendo su otra mano hacia mí—. Mi abogada y futura socia del bufete Vang y Asociados.

—Encantado —dijo el señor al estrechar mi mano y sonreír de forma educada.

—Si nos disculpa... —dijo Víctor, rodeándome de la cintura y dirigiendo nuestro giro hacia la dirección opuesta de donde quedó aquel sujeto.

Su dedo meñique extendido hacia mi cadera aplicaba apenas la presión necesaria para encender mis entrañas y nublar mis pensamientos cada vez más. Respiré profundo, pero su aroma era tan embriagante como diez chupitos del mejor licor del mundo. Estaba encantada de no tener escapatoria.

—¿Qué decías? —dijo Víctor.

Me separé y lo miré confundida a los ojos, pero no solté su mano. “¿En qué momento la cogí?”

—Qué decía sobre...

Él rio. —¿Acaso te pongo nerviosa?

Sonreí y bajé la mirada. —No.

—Vamos —susurró—. Eres mejor mentirosa que eso.

Suspiré y asentí. —El juez dictaminó que podemos tomar la declaración de la médica, pero

solo podemos preguntar acerca de las cuestiones médicas de Julius.

Víctor sonrió mientras cogía dos copas de un camarero que pasaba junto a nosotros. —Al parecer —dijo mientras me entregaba una copa— nos cerraron la puerta para buscar si ha ocurrido con otros atletas de la universidad —Víctor hizo una mueca traviesa.

—Tú lo dijiste —dije antes de dar un sorbo. Era champán— *Al parecer*.

—Solo necesitamos que *ellos* la abran...

Sonreí. —Valentina estará preparada. No es tonta.

—¿Ya se tutean? —preguntó entre risas.

—Nos tomamos un café después de la audiencia para discutir el caso y terminamos hablando —dije, asintiendo—. Tranquilo, no dejé salir nada que indicara que estamos buscando hacer una demanda colectiva.

Giré a verlo y lo pillé mirándome el escote. Sonreí y di un trago a mi copa mientras miraba a Esther. Ella sonreía en mi dirección y levantaba sus dos pulgares mientras Eric se carcajeaba mirándonos.

—Ese vestido hará que portarme profesional contigo esta noche resulte muy difícil —dijo Víctor.

Reí tratando de encontrar la calma de la batalla en mi interior entre pensar que aquella noche era una mala idea o que era lo mejor que podría haberme pasado.

—¿Dónde está Julius? —pregunté sonriendo.

—Está en su habitación —dijo Víctor dando un rápido vistazo hacia la clínica—. Hoy tuvo un mal día.

—¿Por qué?

Víctor respiró profundo. —Hoy vino el ortopeda que fabricará su prótesis —dijo—. Su doctor dijo que no ha querido salir de su habitación desde entonces.

—Valentina quiere su declaración —dije—. Necesitamos prepararlo para ello.

—No lo vamos a hacer hoy —dijo entre risas.

—¡No decía que lo hiciéramos hoy!

—Estamos hablando de preparar a Julius, ¿verdad? —preguntó, acercando su rostro al mío con una amplia mueca coqueta y subiendo y bajando sus cejas.

Le di un manotazo en el hombro. —Por supuesto que hablamos de eso —dije riendo—. De verdad, no tienes remedio.

Él levantó la mirada y sonrió más de lo que le había visto antes. —Acompáñame —dijo, cogiendo mi mano.

Terminé rápido mi champán y de milagro pude dejar la copa vacía en manos de un camarero sin tirar sus bebidas mientras trataba de seguirle el paso a Víctor.

Entramos a la clínica, y ahí Víctor soltó mi mano para acercarse a una chica morena que cargaba un bebé de tez más morena que ella, pero con unos ojos hermosos y mejillas como para pellizcarlas.

—Llegaron —dijo Víctor, cogiendo a la chica de los hombros.

—El vuelo se atrasó y estamos cansados —dijo la muchacha—, pero dijiste que no podía esperar a mañana.

—Le encantará verlos —dijo Víctor antes de ir hacia uno de los enfermeros en la recepción del pasillo hacia las habitaciones.

—Buenas noches —saludé a la chica, quien solo me sonrió, pero el bebé me miraba y reía al agitar sus manos.

Víctor regresó junto con el enfermero. —Síguenos —me miró y cogió mi mano—. Tú también.

—Yo... —él tiró de mi mano, y me dejé llevar. Mi corazón ya llevaba demasiado tiempo palpitando tan rápido como lo estaba haciendo, y habría creído que necesitaba ir al hospital de no ser por ese calor tan exquisito que pulsaba en mi vientre y me recorría el cuerpo entero.

El enfermero se detuvo y abrió una puerta.

Víctor soltó mi mano y pasó. —¿Estás decente?

Me asomé y vi a Julius en su silla de ruedas levantando la mirada y sosteniendo un libro abierto en su regazo.

—¿Qué haces aquí, Víc...? —miró en mi dirección, pero su atención se quedó en la mujer a mi lado y el bebé en sus brazos.

—Pensé que querrías ver a tu familia, viejo —dijo Víctor.

La muchacha sollozó y entró a la habitación. Julius cubrió su boca y dejó salir un río de lágrimas de sus ojos.

—Dios mío —dijo mirando a la bebé—. Dora, estás tan grande.

—Bebé —dijo la chica, extendiendo una mano a tocarle la mejilla a Julius, quien cerró sus ojos.

Víctor le puso una mano en el hombro a Julius. —Hice arreglos para que pasen la noche contigo, pero mañana deben registrarse en su hotel.

—Gracias, viejo —dijo Julius sollozando.

Víctor caminó fuera de la habitación. Le vi estrecharle la mano al enfermero, y alcancé a ver los billetes que le pasó.

Cerré la puerta y el enfermero se alejó, dejándonos a Víctor y a mí a solas en el pasillo.

—Eso que hiciste fue...

—Lo sé, lo sé —dijo con una mueca creída—. Quieres besarme, quieres...

—Cállate.

—¿Que me calle?

—Sí, cállate —dije al dar un paso y quedando a centímetros de él—. No arruines el momento con una de tus tonterías.

Él suspiró y asintió. —Estamos teniendo un momento enton...

—Dije que te callaras —dije, cerrando la distancia entre nuestros labios. Cuando hubo contacto cerré mis ojos y vi luces artificiales creciendo en intensidad junto con la pasión que incrementaba nuestro beso.

Cogió mi cintura y me estremecí cuando apretó su agarré de mi costado. Recordé cómo me hizo vibrar aquella noche cuando me cogió de esa forma y restregué mi cuerpo contra el suyo al mismo tiempo que la pasión de nuestro beso llegó a su límite.

Cuando al fin separamos nuestras bocas tras lo que pareció una divina eternidad él rio. —Deberíamos volver a la fiesta —susurró.

—Sí —dije, colocando mis manos en su pecho—. Deberíamos.

## Capítulo 14.

*Gina*

—Te acompaño —dijo Víctor antes de bajar de la limusina sin darme oportunidad de negarme a su caballerosa oferta.

Tenía la respiración agitada de los besos que nos habíamos dado desde la gala, donde buscamos y encontramos lugares donde podíamos besarnos sin que nos vieran. ¡Parecíamos adolescentes en el instituto!

Cuando subimos a la limusina las cosas empeoraron, pues estando solos y sentados tan juntos se volvió inevitable que nuestros labios se juntaran una y otra vez. El calor de nuestros cuerpos gritaba cada vez más fuerte, silenciando la voz de la razón dentro de mi cabeza que me rogaba me detuviera, que era mi cliente, que no era ético, pero la razón no tenía voz dentro de mi cabeza.

No esa noche.

En segundos tenía abierta la puerta del coche y ofreció su mano para ayudarme a bajar. Sonreí, la cogí y bajé.

Él no me soltó, ¿o yo no lo solté a él? A esas alturas mi cuerpo se movía por su cuenta y cualquier objeción que podría haber tenido fue ahogada por las bebidas, el aroma embriagante de Víctor y su sabor... Joder, su sabor.

Caminamos juntos hacia la puerta de mi casa, y no era capaz de mirarlo a los ojos pues si lo hacía tendría que volverlo a besar, sobre todo bajo la influencia de todo ese champán que bebí.

*“Si lo vuelvo a besar no voy a detenerme ahí,”* pensé.

—Espero te hayas divertido —dijo Víctor cuando nos detuvimos frente a mi puerta.

—Lo hice —dije, asintiendo, clavando mi mirada en su camisa desabrochada. Miré dentro del bolsillo de su camisa y encontré adentro su pajarita doblada—. Gracias por invitarme.

*“¿Cuándo se la quitó?”* pensé, luego mordí mis labios. *“¿O yo se la quité? Ay, ya no sé.”*

—Gracias por aceptar —dijo. Alcancé a ver de reojo que se agachó un poco—. ¿Gina?

—¿Sí? —dije, sonriendo.

—¿Puedes girar a verme?

Cerré mis ojos, sonreí y giré hacia mi puerta. —Nos vemos el lunes para planear cómo vamos a preparar a Julius.

Cuando abrí mi puerta tropecé, pero él cogió mi otra muñeca antes de caer. Solté una carcajada y él ayudó a levantarme mientras se carcajeaba él también.

—¿Tienes aspirina? —dijo— Mi mandíbula me está matando.

Lo miré y no fui capaz de solo mirar donde le habían golpeado. Desvié la vista a sus ojos, y tras ver el brillo en ellos supe que si intentaba hacer algo yo no opondría nada de resistencia. No quería.

—Sí se te inflamó más —dije, acariciándole y siguiéndole el juego. Era obvio que no le dolía tanto—. Una aspirina no bajará la hinchazón. Tengo una bolsa de verduras congeladas.

—Eso servirá —susurró, apretando su agarre de mi muñeca.

No supe si yo me acerqué o él lo hizo, pero la distancia entre nosotros volvió a reducirse, y mi razón no tuvo ni voz ni voto en el movimiento de mi cabeza hacia arriba para encontrar una vez más sus labios.

Nuestra pasión nos tenía bailando al borde del precipicio. Solo hacía falta un roce en el lugar correcto de la manera tan equivocada en que estábamos permitiendo que nuestros besos cobraran más intensidad para llegar al punto de no retorno.

O, quizá, ya lo habíamos cruzado.

Solté mis manos y le cogí del cuello, pegando tanto como pude mi rostro contra el suyo. Abrí mis manos y deslicé mis dedos entre su barba, y justo cuando nos saboreábamos con mayor anhelo deslicé fuerte mis manos encima de sus mejillas, olvidando que una de ellas estaba lastimada.

—Auch —dijo riendo, cogiendo mi mano izquierda y apretándola un poco—. Con cariño, guapa.

Reí y pegué mi frente a su mentón. Cerré mis ojos y le sentí moverse. Escuché la limusina acelerar y alejarse, y cuando volví a abrir los ojos encontré los suyos.

—Ven —dije, abriendo la puerta de mi casa.

Caminé hacia la cocina. No había luces encendidas, pero entraba suficiente luz de afuera como para iluminar el pasillo lo suficiente para no topar con ningún mueble.

Cuando abrí la puerta de la cocina Víctor rodeo mi cintura con sus manos. Mi corazón se detuvo un instante para agarrar fuerzas y volverse loco en el momento en que su aliento golpeó mi nuca.

Me estremecí, y ambos caminamos abrazados. Sus labios probaron mi cuello, y yo gemí mientras extendía las manos hacia atrás, deslizándolas dentro de su cabello y arqueando mi espalda.

La razón aprovechó un momento de distracción del deseo entre Víctor y yo para recuperar el control de mí misma y poderme alejar de él.

Le miré ahí, apoyando el hombro contra el marco de la puerta abierta de la cocina esperando a que sacara la bolsa pequeña de verduras del congelador.

La puse contra su mejilla, y él ni se inmutó. Puso su mano encima de la mía y me ayudó a sostener la bolsa contra su pómulos.

—Qué gusto da —susurró.

—Sí —dije luego de lamerme los labios y clavar mi mirada en sus labios.

*“Joder, Gina, échalo de aquí antes de que...”*

Él cogió la bolsa de verduras y la dejó caer para cogerme de la cintura con ambas manos y pegarme contra el mostrador del fregadero.

Rodeé su cuello sin pensarlo y cuando nuestras bocas volvieron a juntarse la voz de la razón en mi cabeza fue silenciada a golpes por el deseo. Me vi obligada a reconocer que había anhelado eso desde que nos conocimos y cada beso, caricia y mirada aquella noche en la gala llevaba sin remedio a ese momento.

En mi casa. En mi cocina.

Metí mis manos entre su cabello cuando me levantó y subió a la encimera. Cuando sus dedos exploraron mi cuerpo por encima del vestido cogí de los hombros su chaqueta y tiré hacia atrás hasta quitársela.

Despegó su boca de la mía, pero en un segundo tenía su lengua afuera saboreando la piel de mi cuello haciéndome estremecer tanto que no me di cuenta cuándo bajó la cremallera de mi

vestido y dejó mis pechos al aire tras quitarme el sujetador. El tiempo fue lento y exquisito cuando Víctor me tuvo en las nubes y pasaba demasiado rápido cuando se detenía para hacerme algo más que elevaba mi temperatura hasta los límites.

Reí y le abracé su cabeza al momento en que su lengua tocó mis pezones.

—Te he querido preguntar algo —dijo sujetando mi pezón entre los dientes, mordiendo con la suficiente presión para no causarme dolor, pero sí cantidades incontables de placer.

—¿Sí? —gemí, echando mi cabeza hacia atrás y sonriendo boquiabierta.

—¿Por qué tu piel sabe a vainilla?

Solté una carcajada que se convirtió en un gemido sonoro cuando metió una mano bajo mi vestido y frotó el interior de mi muslo dirigiéndose a mi entrepierna, que a esas alturas estaba al borde de experimentar la combustión espontánea.

—Contéstame —dijo entre risas al hacer a un lado mis bragas y tocarme donde él bien sabía cómo volverme loca.

—No pares —rogué.

—Contéstame.

Pude ver que el hijo de puta aguantó la risa antes de deslizar su lengua hacia mi otro pecho. Sus dedos presionaron y frotaron el lugar correcto en mi entrepierna para hacer retumbar mi cuerpo igual que si un terremoto sacudiera mis entrañas y aumentara de intensidad con cada segundo que transcurría.

Le empujé y él dio unos pasos hacia atrás. Bajé de la encimera y le liberé el pantalón sin dejar de mirarle a los ojos.

Parecía haber un incendio dentro de ellos. Se trataba del mismo deseo que ardía dentro de mí y consumía todo a su paso. Era un fenómeno que permitió comunicación entre nuestros cuerpos con un lenguaje que nuestras mentes no comprendían, pues él me subió de nuevo a la encimera, y yo me giré dándole la espalda.

Cuando sus manos tocaron mis caderas levanté mis nalgas hacia él, y aguanté la respiración cuando nuestros cuerpos se ajustaron a la deliciosa perfección. Su calor se combinó con el mío, y estiré mis manos hacia enfrente, empujando el muro de mi cocina mientras él hacía lo que bien sabía hacer moviendo sus caderas de la forma perfecta.

Nuestros gemidos, gruñidos y gritos formaron una exquisita canción de lujuria, deseo, pasión reprimida que llegó a su límite y salió en una explosión que traía un placer a mi cuerpo que jamás había sentido. Era más que buen sexo causado por el alcohol.

Aquello era más.

Aquello era un encaje sexual perfecto.

Aquello era algo que mi cuerpo ansiaba desde que aquel hombre me mostró lo que era capaz de sentir.

Y en ese momento estaba viviéndolo.

Estaba gozándolo.

Estaba perdiéndome en él.

Me dio la vuelta y subió a la encimera.

Lo miré a los ojos y ambos abrimos la boca a gemir cuando entró en mí.

Lo abracé con todas mis fuerzas usando mis brazos y piernas.

Sabía muy bien cómo mover esas caderas con el espacio reducido para brindarme el máximo placer.

Cerré mis ojos con todas mis fuerzas y mi cuerpo inició un temblor delicioso que concentró su

energía en mi vientre, anunciando mi clímax inevitable.

—Mi crema —gemí a su oído.

—¿Eh? —gimió entre risas.

Estaba respirando cada vez más rápido. —Mi crema... —dije sin aliento— Es de... Vainilla... Y coc... ¡Oh!

—Dijiste coco, ¿verdad? —jadeó.

—¡Oh, Dios! —grité a su oído.

—No es Dios —dijo entre gemidos y risas—, solo yo.

—Cállate, joder —dije con una risa que fue cortada por una explosión en mi interior que convirtió mi risa en un sonoro gemido— ¡Dios!

Pegó su frente a la mía, y nuestros alientos chocaron al salir a toda velocidad de nuestras bocas junto a gemidos y gritos mientras nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía acelerando cada vez más.

—¡Dios! —grité. Otra explosión en mi interior, más potente, me sacó el aire de los pulmones y me abracé fuerte contra Víctor.

Él gruñó y aumento hasta que pensé que sus intenciones eran romper mi encimera y derribar el muro detrás de nosotros.

Reí y gemí al darme cuenta de que él, igual que yo, estaba perdiendo el control de sí mismo.

Cerré mis ojos.

—No pares —ya no tenía aliento, y vino otra explosión en mi interior— ¡Joder, no pares! —aquella explosión sacudió mis entrañas y todos los músculos de mi cuerpo se tensaron salvaje y sin control alguno.

Mi corazón se detuvo un largo, delicioso y explosivo instante.

—¡Víctor! —grité.

—¡Gina! —gritó, y mi piel se erizó y el calor de Víctor esparciéndose en mi interior desató un infierno dentro de mi vientre.

Estaba temblando. ¡Joder, cómo temblaba! Y él parecía estar teniendo sus propias pequeñas deliciosas convulsiones tras llegar hasta lo más profundo de mi ser mientras ambos dejábamos que nuestros cuerpos se relajaran luego de haber explotado juntos.

Pegamos nuestras frentes de nuevo, ambos respirando profundo tratando de recuperar el aliento. Froté sus mejillas, y él se quejó cuando deslicé mi palma encima de su pómulo lastimado.

—¡Lo siento! —dije entre risas y con poco aliento.

—Vas a pagar por eso —dijo, cogiéndome del culo y cargándome como si fuera más ligera que una pluma.

—¿Ah sí?

Él caminó fuera de la cocina y se detuvo a un lado de las escaleras. —¿Tu habitación está arriba?

—Ajá —dije, mordiendo mi labio.

—A la mierda, vamos a la sala —dijo antes de caminar hacia allá.

Solté una carcajada y suspiré. “*Joder, no quiero que esta noche termine nunca.*”

## Capítulo 15.

*Victor*

—Jamás me cansaré de hacerte eso —dije entre risas estando de rodillas ante Gina en la ducha.

Ella apoyaba su espalda en la pared con el agua tibia cayendo sobre su cuerpo. Joder, la luz que entraba por la ventanita casi hasta el techo hacía parecer que tenía diamantes en la piel. Diamantes de azúcar que me moría por saborearlos una vez más. Ella tenía sus dos manos en su cabeza y estaba boquiabierta, con la respiración agitada y sonriendo con los ojos cerrados.

—Eres un maldito —dijo entre risas mientras me ponía de pie y arrojaba sus brazos alrededor de mi cuello a mismo tiempo que yo le cogía la cintura—. Te guardaste algunas cosas en nuestro primer encuentro.

—¡Por supuesto que lo hice! —dije, sonriendo—. Nuestra primera noche fue torpe, algo incómoda, no nos conocíamos. Tenía que ver si podías con mis mejores trucos.

—¿Torpe? ¿Incómodo? Ese no es el recuerdo que yo tengo —dijo riendo, acariciando mi nuca después de abrazarme por la cintura y subir sus manos por mi espalda.

—¡Es verdad! —dije entre risas— Lo siento, guapa, te estoy confundiendo con la otra chica que yo...

Gina acomodó un puñetazo en mi pecho.

—Eres un imbécil —dijo, aunque se notaba cuánto se esforzaba por no sonreír.

—Estoy bromeando, guapa —dijo luego de darle un rápido beso en los labios—. Pero si aquella noche fue nuestra primera vez, esta segunda vez fue...

—Sí —dijo Gina, deslizando la punta de su nariz contra mi mentón y restregando su cuerpo empapado contra el mío—. Nunca me había sentido así con nadie. Eres el primero en dejarme las piernas temblando el día siguiente —se separó y miró a mi rostro, sonrió, y mi corazón pareció encenderse al verle esa sonrisa boquiabierta, que seguro las mejillas ya le dolían de tanto reír, sonreír y gemir toda la noche.

Caray, yo ya comenzaba a estar adolorido de las acrobacias sexuales que ambos habíamos realizado toda la puñetera noche y parte de aquella mañana.

*“Gracias a Dios que su ducha es grande,”* pensé.

—Hacía mucho que no pasaba la noche en casa de una chica —dije, cogiéndole de la cintura y atreviéndome a estirar mis dedos encima de su nalga antes de darle un apretón que le hizo morderse el labio.

—Creo que eres el primer chico al que...

Escuchamos una puerta a lo lejos cerrarse, y Gina me miró a los ojos tan asustados como si se le hubiera aparecido un muerto.

—¿Qué sucede? —pregunté, y ella cubrió mi boca con su mano.

—¡Regina Silva! —gritaron.

—Ay no —dijo Gina, cubriendo su boca con ambas manos y cerrando sus ojos con todas sus fuerzas—. No, dios mío, no.



—¿Tu compañera de piso?

Gina cerró las llaves del agua. Abrió la puerta corrediza de su ducha, cogió una toalla y enredó su cuerpo con ella.

“*Joder, qué sexy se ve una chica cuando hace eso,*” pensé.

—¿Tienen una regla de no traer chicos a casa o...?

—¡Regina Silva, ven aquí ahora mismo! —gritaron otra vez, y Gina pareció que aquellas palabras le provocaron un terrible dolor.

No reconocí la voz, pero cualquier persona en el mundo reconocería ese tono de regaño. Era el mismo que escuché innumerables veces durante toda mi infancia.

—Espera —dije al ver a Gina estremecerse y cerrar sus ojos mientras luchaba por ponerse sus sandalias— ¿Es tu mamá?

—Por favor no hagas ruido —dijo, mirándome de reojo—. Joder, me va a matar.

—¿Vives con tu mamá? —dije entre risas.

—¿Podemos hablar más tarde? —dijo.

—Si es que sigues viva —dije sonriendo.

—Si es que *seguimos* vivos, tarado —dijo al mirarme de reojo antes de salir del baño.

Traté de no reírme a carcajadas. Joder, desde el instituto que no me pillaba una madre en casa de su hija luego de profanarlas como la naturaleza manda. La última vez que aquello me sucedió llamaron a mi madre y quedé sordo de todos los gritos que me dio aquella noche, además que al día siguiente el hermano de la susodicha trató de darme una paliza.

Salí de la ducha y miré los colgadores vacíos. Abrí los armarios de encima del inodoro y lo único que encontré que podría usar para secarme fue la toalla de manos colgada a un lado del lavabo.

—Bueno —dije, cogiéndolo y secándome el rostro—, tendré que esperar a que...

—¡No te eduqué así, Regina! —escuché amortiguado junto con pisadas que, al juzgar por su dirección, acababan de subir las escaleras.

—¡Mamá, estaba borracha! ¡Ya te dije que...!

—Ay, guapa, no debiste decirle que estabas borracha —susurré para mí mismo mientras secaba mi cabeza, aguantando la risa.

—¡Yo me he puesto como araña fumigada y nunca me has visto cometer semejante tontería! —gritó.

—¡¿Y por qué estás regresando a esta hora de la mañana?! ¡¿Dónde...?!

—¡No me grites que soy tu madre!

—Espera, mamá —dijo Gina, y escuché los pasos acercarse a la puerta del baño— ¡Espera!

—¡Hostia! —cuando la puerta del baño abrió de golpe borré la sonrisa en mi rostro y cubrí mis partes bajas.

Ahí estaba una señora de cabellos grises con la misma mirada intensa de Gina. No estaba contenta para nada.

—Buenos días —dije, saludando con mi mano mientras sostenía la toalla con la otra. Ella me miró de arriba abajo como si pudiera disparar rayos láser de sus ojos y partirme a la mitad. Nunca sabré qué fuerza sobrenatural me poseyó para ofrecerle mi mano a estrechar—. Víctor Haumann, para servirle a usted y a Dios, señora.

Arqueó una ceja. —Mariana Santos —dijo a regañadientes al estrechar mi mano—. Encantada —dijo marcando cada sílaba de la palabra.

La forma en que habló causó escalofríos por todo mi cuerpo, como si mis minutos y los de

Gina estuvieran contados.

—Tiene una casa muy bonita —dije con la sonrisa más nerviosa del mundo.

Clavó la mirada en la toalla con la que me cubría un momento antes de girar y salir del baño dejando la puerta abierta.

Gina miraba desde el pasillo a una sana distancia con los brazos cruzados.

Su madre abrió la puerta a un lado del baño y sacó una toalla de tamaño normal. La dejó junto al lavabo y regresó su mirada a mí. —Dejé su ropa en la habitación de Gina —dijo—. Por favor vístase, señor Haumann.

—Sí, señora —dije, asintiendo.

Salió y cerró la puerta detrás de ella. Justo a tiempo pues mi corazón no paraba de golpear los muros de mi pecho.

Podría jurar que las manos me temblaban al secarme. Entendí por qué Gina se puso como lo hizo cuando la escuchó entrar y gritar. Se notaba que aquella señora era de temer.

Me envolví la toalla alrededor de la cintura y fui a la habitación. Pasé junto a las escaleras y desde ahí escuché los gritos de Mariana y las contestaciones derrotadas de Gina. Había causado suficientes de esas discusiones entre madre e hija para reconocer los regaños de una madre estricta a una hija que rara vez cometía tonterías.

Me vestí tan rápido como pude, dejando al final mi chaqueta. Metí la pajarita a mi bolsillo mientras bajaba por las escaleras y seguí los regaños hasta la cocina.

Ninguna de las dos pareció darse cuenta de mi entrada.

—¡Disculpen! —grité, levantando ambas manos y llamando la atención de las dos— Entiendo que es un momento crítico entre madre e hija, pero creo que discutirían más cómodas si —apunté a Gina, que seguía envuelta en una toalla— tú te fueras a vestir, y luego desayunamos. No es sano discutir con el estómago vacío.

Gina estaba boquiabierta y miró a su mamá, que trató de atravesarme los ojos con su mirada. Me mantuve firme. Era igual que un depredador: el menor indicio de debilidad provocaría un ataque.

Fue casi imperceptible, pero alcancé a notar una ligera mueca aparecer y desaparecer de su rostro. —¿Sabe cocinar?

Sonreí y abrí el refrigerador. —Podría hacer algo con esto.

Mariana miró a Gina un momento antes de salir de la cocina.

—No puedo creer que hayas hecho eso —dijo Gina tratando de aguantar la risa mientras ponía sus manos detrás de su cabeza—. Dios, podría besarte en este momento.

—No te aguantes las ganas, guapa —dije, cogiéndole de la cintura y dándole un beso rápido—, aunque debemos portarnos bien. Sospecho que tu madre fue por su arma y la prepara por si no le gusta mi comida.

—No desperdiciaría una bala —dijo Gina—, pero recién afilé sus cuchillos.

—Y se ve que sabe usarlos —dije entre risas—. Si sobrevivimos esta mañana tengo que hacer un par de entrevistas, pero mi tarde es toda tuya, guapa.

—Podríamos empezar a...

—No, nada de trabajo —le interrumpí.

—¿Entonces?

Sonreí y acaricié con el dorso de mi mano su pómulo. —Algo se nos ocurrirá.

Esa sonrisa aceleró mi corazón cuando cerró sus ojos y restregó su rostro contra mi mano. Respiré profundo y reprimí ese impulso de cogerla y repetir lo que le había hecho en la encimera

la noche anterior.

—Vete ya a vestir —dije sonriendo mientras le daba una palmada en sus nalgas.

Ella dejó salir una risita tan tierna. —¿De verdad sabes cocinar?

Me puse la mano en el pecho. —Mujer, has ofendido mi honor —dije, luego sonreí—. Cuando bajes, tú y tu madre sabrán lo que es tener un orgasmo en la lengua.

Gina entrecerró sus ojos y soltó una carcajada. —Jamás quiero volver a escuchar las palabras “orgasmo” y “madre” en la misma frase.

—¡Yo tampoco! —gritó la madre de Gina— ¡Les recuerdo que esta casa tiene muros delgados y yo oídos de murciélago!

Solté una carcajada, me quité la chaqueta y la dejé en el respaldo de una silla de la mesa mientras Gina salía de la cocina.

—Regina —escuché a la señora Mariana decir.

—¿Sí, madre?

—Me agrada —sonreí cuando la escuché decir eso.

*“Dios, nunca te he pedido nada en la vida, pero te ruego permitas que esta comida que prepararé sea al menos digerible.”*

## Capítulo 16.

*Gina*

—¡Menudo ruido! —dije cuando entramos Esther y yo al piso del casino donde se encontraban las mesas de póker. No había una sola mesa sin al menos un par de jugadores y el crupier.

Vi tipos maldiciendo, algunos celebrando. Escuché el arrastrar de las fichas de casino y el tintineo de los vasos y copas chocando tanto para festejar la buena suerte como para lamentarla.

Alcancé a percibir entre los aromas de licores, colonias y perfumes el hedor de cigarrillos y puros que quedaba impregnado en la ropa de las personas.

Si estuviera permitido fumar ahí adentro no dudo que estaríamos atravesando una nube de humo.

—¿Dónde te dijo que estaba? —preguntó Esther, mirando a su alrededor y aferrándose al maletín que traía.

—Disculpa —llamé al camarero que caminaba hacia nosotras—, estamos buscando la sala de... No sé, donde juegan los profesionales.

—Busca la sala VIP, señorita —dijo, girando y apuntando al otro lado del salón—. Pero solo permiten la entrada a clientes del casino y huéspedes del hotel, y tiene una apuesta mínima de...

—Gracias —dije, y él se alejó rápido tras una educada sonrisa.

Esther y yo caminamos por el pasillo central del salón y yo miraba intrigada todo mi alrededor. Solo veía gente que arriesgaba su dinero por un simple juego de azar. Pero si solo fuera azar no habría jugadores profesionales de póker.

*“Quizá sí deba pedirle a Víctor que me enseñe a jugar,”* pensé con una sonrisa.

Esther se detuvo. Miré hacia la mesa que veía y un jugador estaba de pie mientras empujaba varias torres de fichas hacia el centro de la mesa.

—Eso se ve como si fuera mucho dinero —dije.

—Como cinco mil dólares —dijo Esther, sonriendo—. Son fichas de denominaciones bajas —me quedé mirando a mi asistente, que notó mi asombro de que fuera capaz de calcular tal cantidad con solo unos vistazos—. ¿Qué? Soy buena contando.

Sonreí y seguimos caminando hacia la sala VIP. Había un pequeño bar con unos bancos empotrados en el suelo frente a la entrada y nos detuvimos ahí.

Saqué mi móvil y busqué el número de Víctor, pero me detuve antes de pulsar el ícono para llamarle. *“Me dijo que no le permitían recibir llamadas ahí adentro,”* recordé, y toqué el ícono para enviarle un mensaje.

—¡¿Son gratis?! —miré hacia Esther y luego al camarero que le sonreía asintiendo.

—¿Qué son gratis? —pregunté.

—¡Las cervezas! —dijo Esther con demasiada emoción.

—¿La regalan? —pregunté al camarero.

—Por supuesto que la regalan —dijeron detrás de mí. Giré y vi a Nico acercarse. Aquel hombre, al contrario de Víctor, parecía que siempre estaba listo para que le tomaran una

fotografía—. Les conviene que los clientes no estén en sus cinco sentidos para que tomen decisiones más tontas que les cuesten su dinero.

—Eso tiene sentido —dije, luego miré de reajo a Esther, que ya estaba bebiendo de un vaso lleno.

—¿Buscas a Víctor? —preguntó Nico.

—Sí —dije, mostrándole mi móvil—. Estaba por enviarle un mensaje.

—¿Negocios? —preguntó, entrecerrando los ojos y con una sonrisa sutil— Es algo temprano para que la visita sea de placer.

Reí nerviosa. —Sí, traigo el contrato de nuestros servicios —dije, luego miré a Esther de reajo, que entendió con mi mirada que necesitaba sacar el documento—. También necesito su firma, señor Bagni.

—Llámame Nico, por favor —dijo, cogiendo la carpeta que Esther le ofreció—. ¿Y esos demás documentos?

—Son los estatutos de su corporación —dije—. Los actualizamos según las notas que nos dieron. Necesitan sus firmas.

—Excelente —dijo Nico antes de coger la otra carpeta.

Nico firmó mientras yo miraba la entrada a la sala VIP. Imaginé a Víctor allá adentro, y caí en cuenta que todavía sostenía mi móvil en las manos.

—Ya solo necesitas la firma de Víctor, ¿no es así? —dijo Nico, sacándome de mis pensamientos.

—Sí —dije, girando hacia él y mostrándole mi móvil—. Estaba por enviarle un mensaje de texto para que saliera.

—No está ahí adentro —dijo.

Mi pecho se apretó un poco. —Él me dijo...

—Fue culpa mía —dijo Nico sonriendo—. Lo obligué a que comiéramos con la gente de la cadena de televisión que transmitirá el torneo en vivo. Por si no lo sabes, es uno de los favoritos —miró hacia las mesas de póker y apunto—. Ahí viene con Calista, la única reportera que él permite le entreviste.

Al mirar en aquella dirección y verlo caminando con una rubia sonriente y de un cuerpo que solo había visto en películas mis entrañas se retorcieron. Era la misma reportera que le entrevistaba cuando le vi ser abofeteado en televisión, aunque se veía más alta que en la televisión. Era de estatura un poco menor que yo, pero ¡joder!, sí que sabía lucir su físico con ese vestido azul ajustado.

Víctor me miró y su rostro se iluminó. Se inclinó hacia la chica y algo le dijo que la hizo mirar en mi dirección antes de lanzarse corriendo hacia mí.

—¡Hola! —dijo ofreciéndome su mano a estrechar— Calista Fuentes, y necesito que me des una entrevista exclusiva.

Bien pudieron haberme vaciado una cubeta con agua helada. —¿Qué?

—No le hagas caso, guapa —dijo Víctor cuando al fin la alcanzó.

—¡Tú, calla! —dijo, dándole un codazo juguetón en el estómago— Necesito conocer a la mujer que por fin logró quitarte lo mujeriego.

Esther soltó una carcajada y yo no pude evitar sonreír.

—Vic —llamó Nico—. Ven y firma esto. Seguro que estas señoritas tienen trabajo igual que nosotros.

—Pero si su trabajo es mantenernos satisfechos, ¿no es así? —dijo Víctor mientras me miraba

a los ojos.

Aquellos nervios e inseguridades que me abrumaron unos segundos atrás desaparecieron por esos breves instantes en que nos vimos. —Eso no requiere mucho esfuerzo, señor Haumann.

Nico soltó una carcajada y escuché a Esther detrás de mí ahogándose con su cerveza. Víctor sonreía de oreja a oreja.

—Me agrada esta chica —dijo Calista, parándose frente a mí— ¡¿Y bien?! —insistió.

—¿Una entrevista? —dije, tratando de borrar la sonrisa en mi rostro.

—Déjala en paz, Cali —dijo Víctor entre risas.

—Bueno, una entrevista no —dijo Calista, cogiéndome la mano—. Víctor dijo que eres abogada.

—Lo soy.

—Entonces quizá puedas ofrecerme algunos consejos legales.

—¡Eh! —dijo Víctor— ¿Qué consejos legales? ¿En qué problemas estás metida?

—¡Esto es entre mi abogada y yo! —dijo Calista, rodeándome del cuello y dándole la espalda — ¿Tragos? ¿Esta noche?

—Yo... —mi cabeza estaba en blanco.

—Tiene su agenda ocupada esta noche —dijo Esther con una sonrisa, dando de saltos ahí mientras miraba de reojo a Víctor luego a mí.

—Apuesto a que sí —dijo Calista, quitando su brazo y alejándose caminando hacia atrás y apuntando con sus dos índices hacia Víctor y Nico—. Iré apartando sillas allí adentro. No tarden, chicos.

Giré y vi a Víctor con su codo apoyado en la barra mirándome con una sonrisa. Nico me miró y luego giró hacia su socio. —Nos vemos adentro, Vic —dijo al darle una palmada en la espalda. Caminó a un lado de mí, pero le escuché detenerse frente a Esther—. Venga, señorita —dijo—. Quisiera que me apuntara una cita para hablar con su jefa en estos días.

—¡Claro! —dijo Esther, y escuché a ambos alejarse.

—Tenemos los mejores amigos —dijo Víctor, estirando su mano y cogiéndome el brazo.

—¡Estoy trabajando, Víctor! —le dije entre risas cuando colocó su mano en mi cintura y miró el escote de mi blusa. Le empujé y miré hacia atrás donde pillé a Esther viéndome de reojo mientras hablaba con Nico.

—De alguna manera yo también estoy trabajando.

—Bueno, en mi trabajo necesito mantener cierto grado de profesionalidad y... —él no dejaba de sonreír mientras alternaba su vista en mi rostro y en mi escote— ¡Basta!

—¿Traes sujetador rojo?

—¡Joder, baja la voz! —dije a regañadientes y sonriendo, acercándome lo suficiente para respirar su loción y absorber su calor que aumentaba el mío cada vez más.

—¿Es rojo? No alcanzo a ver —susurró entre risas.

En cuanto vi su mano subir hacia el cuello de mi blusa le di un manotazo en el dorso.

—Es... color vino —susurré.

—¿Y tu braga va a juego?

—Me vas a matar, desgraciado —dije riendo, poniendo mi mano en mi frente.

—Vamos, solo estoy jugando.

—Es un juego muy peligroso.

Respiré profundo, y cuando puso sus manos en mi cintura no me alejé como debí haberlo hecho. Pero al ver esa expresión en sus ojos y al tenerlo tan cerca de mí... Era como si mi

maldito cerebro se apagara y mi cuerpo se dejase llevar por mis impulsos más básicos y salvajes.

—¿Qué te parece si le llamas a Esther un taxi y subimos a mi suite un rato a discutir las nimiedades de ese contrato que acabo de firmar?

Negué y suspiré. —Necesito volver a la oficina, y tengo otras cosas que hacer.

Él suspiró. —Menos mal que me tiene más que satisfecho con su servicio, señorita Silva.

Reí. —Más le vale que esa sea su opinión, señor Haumann.

—Te iré a buscar más tarde para que cenemos —dijo.

—Llámame primero —dije, colocando mi mano abierta en su camisa. Por un instante estuve tentada a arrancarla y entregarme a él como tanto lo deseaba—. Me quedaría en este momento si pudiera, pero...

—No tienes que explicar nada, guapa —dijo antes de darme un beso y robarme el poco aliento que me quedaba al mismo tiempo que vertió más gasolina en el ya intenso infierno que tenía en mis entrañas—. No me importa. A la hora que termines, ven a mi suite. Despiértame. Necesito tenerte.

Me estremecí y seguí vibrando mientras se alejaba. Giré a verlo y cruzamos nuestras miradas una última vez antes que él entrara al salón VIP junto con Nico.

Esther se acercó sonriendo a mí. —¿Todo bien? —preguntó.

Suspiré. —Sí —dije—. Todo bien.

—¿Necesitas un momento?

—¿Para qué?

—Estás toda... roja.

“*Hijo de puta,*” pensé al tocarme una mejilla. —Creo que sí me tomaré una cerveza antes de irnos.

—¿O algo más fuerte?

—Algo más fuerte.

## Capítulo 17.

*Gina*

—¡Espera, Gina! —gritaron detrás de mí.

Giré y vi a Esther corriendo hacia mí. “¿Cómo, rayos, se puede mover tan rápido usando tacones?” pensé con envidia, ansiando el momento en que llegase a casa a quitarme esos instrumentos de tortura que cubrían mis pies.

—¿Qué sucede? —pregunté extrañada.

Ella se detuvo y extendió su mano hacia mí. Tenía mi móvil.

—¡Pero qué...! —dije al arrebátárselo.

—Lo dejaste en tu escritorio —dijo mientras trataba de recuperar su aliento.

—Ay, ya no tengo cabeza para nada —dije, guardándolo en mi bolso.

—Futura socia —dijo Esther, siguiéndome a mi lado al dirigirme a la salida—. Esa es la meta: futura socia.

—Créeme que cuando lo sea te espera un aumento o un bono o algún gesto de agradecimiento.

—Invítame a comer mañana y estamos en paz. No tengo nada en mi nevera y no quiero ir al supermercado.

Cubrí mi rostro y froté mis párpados mientras salíamos del edificio. —Joder, cierro mis ojos y todavía veo letras pequeñas de tanto documento que leí.

—Mis manos apestan del humectante de dedos barato que nos dan —dijo, acercándose su palma a mi rostro y comprobé que sí olía raro.

—¿Por qué no me pediste? El que me regala mi madre huele riquísimo y no deja aroma.

—¡Ahora me dices! —refunfuñó— Bueno, ni hablar, Eric tendrá que meterse a bañar conmigo y frotarme los dedos hasta que queden relucientes.

—Ay sí, qué sacrifi... —dije, y recordé a la vez que algo parecido a un ariete invisible impactaba directo a mi corazón y lo detenía por un instante— ¡Hostia! —cerré tan fuerte como pude los ojos— ¡Olvidé llamarle a Víctor!

—¡Olvidé llamarle a Eric! —exclamó Esther.

—¿Qué no nos llevaría él? —pregunté con ojos entrecerrados.

—Sí —dijo con una sonrisa apenada.

—¿Y se te olvidó llamarle?

—¡Lo siento! —dijo Esther, sacando su móvil y llamándole— Ahora lo arreglo, ahora lo arreglo.

Desbloqueé el mío esperando algún mensaje de algún reclamo de Víctor. No era la primera vez que perdía la noción del tiempo y otros chicos en el pasado se habían molestado conmigo por lo mismo.

Nada, ni una llamada perdida ni un mensaje.

“Dijo que le llamara a la hora que terminara,” pensé, viendo que ya era cerca de la media noche. “Creo que ya es algo tarde para llamarle. Al menos le dejaré un mensaje.”



—Disculpa, amor —escribí, y me detuve al leer aquella última palabra.

“¿Amor?” pensé. No sabía de dónde había salido ni por qué lo había escrito. Mi corazón se aceleró, bloqueé el teléfono y lo pegué a mi pecho unos momentos.

Una sonrisa tonta escapó de mis labios. La última vez que le llamé a alguien así fue a Elías, y no me apetecía revivir ni siquiera un instante de aquella experiencia. Mi último “amor” me hizo elegir entre él y mi carrera, una elección que jamás volvería a tomar.

—¡Lo sé! —escuché a Esther gritar mientras daba de brincos mirando su reflejo en los muros de cristal del edificio— Perdóname, bombón, pero de verdad yo... —ella emitió un chillido emocionado mientras se agitaba de lado a lado— ¡Te amo tanto, bombón! Vas a ver que te espera una sorpresita más tarde por ser tan bueno... ¡No, tonto! ¡Eso...! —creo que era la primera vez que veía a Esther ponerse roja cuando hablaba con su amado— ¿En serio?

Reí y regresé mi atención a mi móvil.

—Disculpa, amor —leí, y seguí escribiendo—. Perdí la noción del tiempo y apenas salí. Si es muy tarde nos vemos mañana —respiré profundo mientras buscaba el emoticono de una carita lanzando un beso. Ni siquiera conté cuántos de esos puse en el mensaje antes de pulsar “enviar.”

—Eric está en la estación —dijo Esther sonriendo—. Se imaginó que iba a olvidar llamarle así que se fue a esperar allá. Llega en cinco minutos.

—Te juro que si fuera fácil conseguir taxi a esta hora no los estaría molestando.

—¡No es molestia! —dijo Esther, luego mordió su labio inferior y alzó sus cejas— ¿Ya le llamaste a Víctor?

—Le envié un mensaje.

—¡Llámale!

—¡No! —dije— Ya es tarde.

—¿Tarde para qué?

—Seguro ya se durmió. No lo quiero molestar.

Esther arqueó una ceja y rio. —Algo me dice que la mayor parte de su trabajo es por las noches. Llámale.

—¡No! —dije entre risas y luego suspiré— Maldita sea, Esther, ¿por qué tenía que conocerlo ahora? ¿Por qué no podía conocerlo cuando ya fuera socia y tuviera más tiempo libre?

Esther soltó una carcajada. —¡¿Piensas que tendrás más tiempo libre cuando seas socia?!

Me encogí de hombros. —Tendré más control sobre mi tiempo que el que tengo ahora.

—Pero no vas a detenerte hasta que esté tu nombre en la puerta del bufete —dijo Esther, cruzándose de brazos.

Respiré profundo. —Vang, Silva y Asociados —dije con una sonrisa—. Se oye bien.

Caminamos a la parada de autobús y nos sentamos a esperar la llegada de Eric. Había mucho tráfico y podíamos escuchar el retumbar lejano de la música de los clubes a unas cuadras de nosotras.

En contra esquina estaba un parque con una escultura de arte moderno y, hasta el otro lado se veía el rascacielos de cincuenta pisos que pertenecía a Dreschner Medical Technologies. Tenía muchas ventanas con luces encendidas. Al menos no era la única que había sacrificado su vida social por culpa de su trabajo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dije al mirar a Esther.

—Claro.

—¿Has pensado...? —suspiré— No sé, dejarlo todo por...

Esther quedó boquiabierta. —Por... ¿Eric?

—Sí.

Ella rio. —Muchas veces.

—¿Y por qué no lo haces?

Esther me miró y entrecerró sus ojos. —¿Estás considerándolo?

Respiré profundo. —Me he preguntado si tanto sacrificio valdría la pena —dije—. Desde que salí de la facultad de derecho me he matado por mi carrera. He perdido relaciones, amistades y oportunidades en otras áreas por estar tan enfocada en conseguir ser socia en un bufete grande e importante. Si no es en Vang y Asociados sería en otro.

—¡Eh! —exclamó, apuntándome con su dedo— Si estás pensando irte a otro lado me llevas contigo, ¿vale?

—No estoy pensando eso —dije entre risas—. Elías me engañó por no tener tiempo para él. Y con Víctor... —suspiré— Si no estuviéramos trabajando juntos casi no lo vería, y no puedo evitar pensar que...

—¡Ahí viene Eric! —dijo Esther, poniéndose de pie. Yo hice lo mismo, y ella me miró a los ojos— Mira, el que Elías te engañara no fue culpa tuya. Nadie lo obligó a meterse con esa tipa.

—Pero si yo no...

—No puedes saber lo que hubiera pasado —dijo Esther, cogiéndome las dos manos—. Mira, solo tú sabes lo que quieres y necesitas en tu vida. Si ya estás cansada de tratar de ser socia en el bufete y quieres una vida más hogareña entonces ¡búscala! Pero hazlo por ti, no por darle un gusto a un chico.

Asentí. —Tienes razón.

—Además —dijo, asintiendo y mirando detrás de mí—. No creo que a Víctor le molesten tus horarios.

Giré y mi corazón casi sale disparado de mi pecho al ver a Víctor bajar de un coche deportivo descapotable de un color amarillo para nada discreto. Parecía recién salido de la fábrica.

Sonreí y esperé a que se acercara a nosotras. —¿Qué haces aquí?

—Hola, buenas noches, amor —dijo sonriendo al cogerme las manos—. ¿Cómo estás? ¡Qué gusto verte!

Solté una carcajada y miré de reojo a Esther, que sonreía demasiado y levantaba ambos pulgares.

—Lo siento —dije, mirándole esos labios que me invitaban a saborearlos hasta caer rendida—. Fue un día largo.

—Me imagino —dijo, luego miró por encima de mi hombro—. Buenas noches, muñequita — luego se asomó dentro del coche de Eric—. Qué tal, viejo.

—¿Cómo supiste que estaría aquí esperándote? —le pregunté.

Él entrecerró sus ojos. —Tú me enviaste un mensaje para que te viniera a recoger.

—¿Qué? —saqué mi móvil y cuando abrí mis mensajes enviados encontré uno que estaba segurísima no había enviado— Yo no...

Cuando miré a Esther ella ya no estaba detrás de mí, sino adentro del coche de Eric y cerrando la puerta.

—¡Hasta mañana, jefa! —dijo sonriendo para después girar hacia su novio— ¡Acelera, tonto! ¡Acelera!

Víctor soltó una carcajada que me contagió. Giré hacia él y apoyé mi cabeza en su pecho. — Tienes la mejor asistente —dijo.

Suspiré. —Sí.

Cogió mi mano y yo le seguí hasta su coche. Él abrió la puerta, pero no entré. —¿Qué sucede? —preguntó.

—¿De dónde sacaste este coche?

Él rio y puso su mano sobre el cofre. —Un sujeto que parece trabajar en la bolsa de valores se atrevió a apostarme su coche para cubrir una apuesta de medio millón de dólares.

Quedé boquiabierto. —¿Es en serio? —dije— ¿Te dieron este coche para pagar una apuesta?

Guardó silencio unos momentos antes de soltarse riendo. —¡Joder! Deberías ver tu rostro —apreté mis labios y entrecerré mis ojos—. Yo no me meto en ese tipo de juegos, guapa. Soy un profesional, no un estafador callejero.

—Entonces no ganaste este coche en un tonto juego de azar.

—No soy su dueño —dijo, acercándose y cogiéndome de la cintura—, pero sí lo tengo por esta noche.

Él me dio un largo beso en la frente, y yo cerré mis ojos para disfrutar al máximo el calor de su presencia que lograba evaporar cada onza de tensión y estrés que había acumulado durante el día.

—La ciudad es nuestra por esta noche —susurró a mi oído—. Cenamos, y luego vemos qué puede hacer esta belleza.

Metí mi mano en su pantalón y saqué las llaves. —Yo conduzco.

Víctor sonrió, pero dejó de hacerlo cuando caminé hacia el lado de conductor. —¿Hablas en serio?

—Ajá —amplí mi sonrisa y abrí la puerta.

—Es de cambios manuales —Víctor abrió la puerta de pasajero.

—¡Perfecto! —dije al subirme y arrojar mi bolso al asiento de atrás, aunque no veía como alguien pudiera caber en un espacio tan pequeño. Encendí el coche y le guiñé el ojo a Víctor—  
¿Vienes?

Entró riendo y me miró a los ojos. —Y yo que pensaba que no podías ser más sexy.

## Capítulo 18.

*Victor*

—¿Sigues con ese video? —dije al regresar a la sala de la suite de Leonel. Él miraba la grabación de una partida de póker en la televisión sentado en la orilla del sillón con el control remoto en la mano.

Miré en la pantalla de mi móvil el mensaje que me envió Julius agradeciéndome por haberle llevado a Dora y a Trissa. Abajo del mensaje estaba la confirmación de la clínica sobre la fecha en que iríamos por él para que Valentina le tomara su declaración.

“*Necesito hablar eso con Gina,*” pensé.

—Sigo sin entender lo que hizo este tipo —dijo Leonel, rascándose la cabeza.

Escuché un quejido de frustración a mi derecha, y al girar me estremecí al ver a Jessica de pie junto a la ventana con una cerveza en la mano.

“*¿Por qué coño la invitó este tonto?*” pensé mientras un hormigueo en mi mejilla me recordó la potencia de sus bofetadas. Follé con su mejor amiga así que no podía molestarme con ella por la bofetada, pero las miradas que me lanzaba era confirmación que seguía bastante molesta conmigo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —dijo Jessica, caminando hacia Leonel— Él tiene reyes y apostó antes del *flop*, tú lo igualaste, y cuando salió otro rey volvió a apostar.

“*Por eso la traje,*” pensé y sonreí. “*Olvidé que es tan buena como yo para analizar a los demás.*”

—¿Pero por qué no lo vi? —dijo— ¿Tú no hubieras subido la apuesta?

—A ver —Jessica le arrebató el control remoto y rebobinó la grabación—. Mirémoslo bien.

Detuvo la cinta en el momento en que el tipo contó sus fichas antes de apostar. —Rebobina más —le dije luego de coger mi cerveza de la mesa junto a la ventana.

Jessica me miró. Joder, si las miraras hablaran la suya me diría mil y una formas en que le gustaría que me muriera. —No te necesitamos —dijo a regañadientes—. Puedes volver a mandarle mensajitos a tu novia.

—¿Para qué me invitaron, entonces? —dije.

—Yo no te invité.

—¿Quieren calmarse los dos? —dijo Leonel, sacudiendo su cabeza y mirando hacia arriba— Ya supérenlo. Los dos hasta tienen parejas nuevas. Vamos a toparnos a este hijo de perra en el torneo y Vic le pudo ganar hace unos meses teniendo menos de la mitad de fichas que él —miró a Jessica—. *Por eso lo invité.*

Jessica suspiró. —Vale —dijo—, ¿hasta dónde rebobino?

—Una toma cuando le entregan sus cartas —dije, apuntando a la pantalla—. Si la memoria no me falla tiene un gesto cuando...

Ella rebobinó, y vimos al tipo de lentes oscuros mirar la mano que se le repartió.

“*¿Cómo se llamaba este tipo?*” pensé, pues estábamos viendo material sin editar que Calista nos había conseguido.

—¡Ahí! —dije, extendiendo el índice de la mano con la que sostenía mi cerveza al mismo tiempo que extendía mi brazo hacia el televisor— Mírenlo apostar.

Leonel se inclinó hacia enfrente cuando el jugador cogió algunas fichas y las empujó hacia el centro de la mesa.

—Fue una apuesta grande, pero apenas fue el doble que una ciega grande —dije antes de acercar la cerveza a mi boca—. No fue tan agresivo con sus reyes. Mira lo relajado que estaba cuando apostó, —di un sorbo y chasqué mis labios— ve qué tan fluido fue su movimiento al acomodarse los lentes.

Jessica asintió y Leonel seguía con la mirada fija en la pantalla.

—No lo veo —dijo Jessica.

—Yo tampoco —dijo Leonel, rebobinando el video.

—Mírenlo otra vez —dije antes de terminar mi cerveza—. Él estaba contento con su mano cuando hizo esa última apuesta. Te engatusó a que fueras agresivo para atraparte. Lo jugó perfecto.

Miré mi móvil, esperando la contestación de un mensaje de Gina. Todavía nada.

—¿Siguen con lo mismo? —preguntó Nico al entrar a la habitación.

—Ponlo en cámara lenta —dijo Jessica, arrebatándole el control remoto a Leonel.

—Por eso odio tener ases —dije, poniéndole una mano en el hombro a Leonel—. Es tan difícil dejarlos ir. Si hubieras tenido un par más pequeño no habrías tenido problemas en soltar tu mano en el *flop*.

Leonel resopló y luego rio. —¿Cómo supiste que yo tenía ases?

Reí y le guiñé el ojo. —¿Cómo diablos conseguiste ganar una pulsera de Serie Mundial?

Miré a Nico. Traía su chaqueta de negocios puesta y se veía recién peinado. —¿A dónde vas tan guapo? —pregunté.

—Tengo una reunión en Vang y Asociados.

—¿De qué? Gina no me dijo nada.

Nico rio entre dientes. —¿Quieres asistir a una reunión donde negociaremos nuestros honorarios?

Entrecerré los ojos. —¿Y esa risita qué fue?

—Que la última vez que estuvimos en una reunión sobre este tipo de cosas te quedaste dormido —dijo Nico—. Esta vez ahórrame la vergüenza de tenerte que despertar.

—Relájate, estaré con Gina —dije—. Todavía tenemos mucho trabajo con el caso de Julius.

—Ya se acerca el inicio del torneo —dijo Leonel, deteniendo el video en la televisión y girando hacia atrás—. ¿No crees que deberías prepararte? Eres uno de los mejores, pero incluso tú necesitas algo de preparación.

—¿Acaso jugar con ustedes perdedores todos los días no cuenta? —dije, sonriendo— Menos tú, hermosa —dije, apuntando a Jessica—. Tú no eres ninguna perdedora.

Ella resopló mientras me mostraba el dedo medio de su mano.

—¿Por qué tan agresiva? —me encogí de hombros— Ya te pedí perdón por lo de Daisy y por lo de Atlantic City.

—Sí —dijo Nico entre risas—. Todos vimos cómo le ofreciste la mejilla disculpándote. La bofetada con la que te perdonó está grabada para la posteridad como el nuevo fondo de pantalla en mi móvil.

—¡Oh, pásamelo! —exclamó Leonel.

—Está en mis redes sociales —dijo Nico—. Lo puse libre para ser compartido.

—¡Qué buenos amigos tengo, caray! —dije riendo.

—¿No vas a participar en el evento que empezará en dos horas? —preguntó Jessica.

Miré a Nico. —¿Voy a participar?

Nico resopló resignado. —¡Te lo dije ayer!

Dejé salir una risita. —Sí es cierto, lo hiciste —dije—. Maldita sea, quería llevar a Gina a cenar.

—Llámale y que te acompañe al torneo—dijo Nico, girando y cogiendo la manija de la puerta—. Pero prométeme que no causarás ningún escándalo.

—¿Qué pasó la última vez que te hice esa promesa? —dije, riendo, mientras buscaba el contacto de Gina en mi móvil.

—No sé por qué me esfuerzo —dijo Nico antes de salir de la habitación.

—¡Ahí! —dijo Leonel apuntando al televisor— ¡Te tengo, hijo de puta! ¡Tenías razón, Vic!

Reía cuando pulsé el ícono de llamada y miré por la ventana a las calles transitadas de la avenida frente al hotel mientras escuchaba los tonos de la llamada.

—Teléfono de Gina Silva —contestó la vocecita tierna de Esther.

—¿Hablo con la muñequita más bonita entre todas las asistentes de Vang y Asociados? —pregunté entre risas.

—Muñequita de todos, juguetito de nadie, querido —contestó antes de soltarse riendo—. Víctor, no debería hablarle así a ningún cliente.

—Puedes hablarme como tú quieras, muñequita —dije entre risas—. Me estoy volviendo una mala influencia para ti y para tu jefa. Y ya que hablamos de la dueña de mis pensamientos más profundos y perversos, ¿en dónde rayos se metió que no contesta ni mis llamadas o mensajes?

Esther suspiró. —Está en una reunión con otro cliente —dijo—. Por eso no te ha contestado. Salió hace unos momentos a darme su móvil y me pidió que te contestara.

—Bueno, cuando termine...

—El asunto es, Víctor —me interrumpió—. Después de esta reunión tiene que ir con Beatriz y luego...

—Vale, pregúntale si quiere acompañarme esta noche después de mi evento.

—Si me dice que sí va a querer saber qué tipo de vestimenta necesita.

—Se supone que es casual, pero como podría salir en televisión dile que tiene permiso de vestirse para matar.

—A tu edad eso podría ser fatal.

—¡Qué falta de respeto! —dije riendo— Dile que me avise si puede. Si no consideraré como una negativa la ausencia de comunicación.

—Yo le digo.

—Gracias, muñequita —colgué la llamada y puse la esquina del móvil contra mi mentón.

Miré frente a mí a nada en particular. Imaginé a Gina sentada en su oficina trabajando viéndose toda sexy y ocupada. Habíamos pasado mucho tiempo juntos en los últimos días, así que quizá sí necesitaba un descanso de mí.

—¿Y esa cara? —preguntó Leonel al acercarse a mí.

—Nada, viejo —dije, sacudiendo mi cabeza y mirando en la pantalla el video de una mano donde estaba involucrada Jessica y otra jugadora.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó con una sonrisa.

—Ninguno —dije—. Mi chica es una mujer ocupada. Entiendo eso.

—¿Tu chica? —preguntó Jessica entre risas— ¿Es oficial?

He de haber sonreído como un idiota. —Bueno...

—¡Quién te viera, desgraciado! —dijo Leonel al darme una palmada en la espalda— Yo te lo dije: tarde o temprano querrás sentar cabeza con alguien.

Solté una carcajada. —Momento —dije—. No nos adelantemos a las cosas.

—Ya estabas listo desde antes —dijo Leonel—. Ya te habrías casado con Cristina si no...

Una punzada atravesó mi corazón al escuchar su nombre, pero solo sonreí mientras ponía mi mano en el hombro de Leonel.

—¿Estarás en el evento? —le interrumpí.

—Claro.

—¿Y no crees que ya deberíamos irnos?

—¿Y tú desde cuándo llegas temprano a los eventos? —preguntó Jessica desde el sillón.

—Trato de ser un mejor hombre, hermosa.

## Capítulo 19.

*Víctor*

—...¡El nueve de espadas! —exclamó el anfitrión del torneo frente a mi mesa, anunciando mi victoria y la eliminación de Leonel. Mi amigo cogió ese sombrero vaquero ridículo que por alguna razón decidió ponerse e hizo una reverencia al público.

“*Qué suerte,*” pensé al ver esa última carta en la mesa, completando mi color de ases. “*Jugué pésimo, no puedo darme el lujo de jugar así de descuidado en el torneo o me eliminarán el primer día.*”

Me puse de pie, estrechamos manos y nos dimos un abrazo de amigos. —Suerte en la final —dijo Leonel.

Giramos y fuimos al área de entrevistas junto al público donde Calista esperaba para entrevistar al jugador eliminado. Miré hacia el público mientras me acercaba a ella en busca de Gina. Busqué y busqué, pero para cuando llegué con Calista no la había encontrado aún.

De hecho, no la había encontrado en toda la noche. Le había dicho que consideraría su falta de comunicación como una confirmación de su ausencia, pero la esperanza de verla esa noche se negaba a desaparecer.

—¡Qué gran duelo entre dos de los mejores jugadores frente a frente en la actualidad! —dijo Calista al acercarse a nosotros.

Había metido mi mano a la bolsa de mi pantalón a coger mi móvil, pero al notar la luz roja encendida de la cámara sabía que ya estábamos al aire y sonreí.

Saqué la mano de la bolsa. —Siempre es un placer jugar contra este tipazo —dije al cogerle el sombrero y ponérmelo.

—Y más cuando me ganas —contestó Leonel entre risas.

—Aunque ambos sean rivales en las mesas de póker fuera de ellas son muy buenos amigos, ¿no es así? —preguntó Calista.

—No hay motivo para no serlo, cariño —dijo Leonel, arrebatándome su sombrero—. Hoy él me ganó y celebraré con él cuando gane la final, igual que él celebró conmigo cuando lo eliminé en Los Ángeles y quedé en tercer lugar. Pasamos tanto tiempo juntos entre torneos y viajes por todo el mundo que nos volvemos como hermanos.

Miré de nuevo hacia el público aplaudiendo algo que habrán hecho en la mesa donde jugaban los otros dos semifinalistas. En cualquier otro torneo habría girado a ver qué había pasado, pero seguía buscando entre la gente a Gina.

Y seguía sin encontrarla.

—¿Y bien, Víctor? —preguntó Calista.

—¿Qué? —dije, regresándole mi atención.

—¿Con cuál de los dos querrías enfrentarte en la final?

Sonreí y respiré profundo, tratando de regresar mi enfoque al presente. Miré de reojo hacia la mesa donde jugaban Jessica y otro chico que siempre olvidaba su nombre.

—Sabes, ambos son excelentes jugadores y no querría jugar con ninguno en la final —dije



entre risas—. En particular Jessica me daría una reverenda paliza si me atrevo a ganarle.

—Sí —dijo Calista—, ella ha dicho que tiene cuentas pendientes contigo luego de su “accidente” en Atlantic City.

—Los culpables ahí son los fabricantes de esposas —dije riendo—. Ya sabes, las que están cubiertas de pelusa azul —Leonel, Calista y el camarógrafo rieron—. Pero contestando tu pregunta, querría enfrentar a Jessica para darle la oportunidad de ajustar cuentas conmigo.

Leonel cogió el micrófono de Calista. —¿La dejarías ganar? —preguntó.

Resoplé y reí antes de negar con la cabeza. —La respeto demasiado para hacerle eso.

Calista recuperó su micrófono y giró hacia la cámara. —Ahí lo tienen, amigos: un drama que comenzó en Atlantic City podría terminar esta noche en las mesas del Hotel y Casino Crescendo en Ciudad del Sol si Víctor Haumann enfrenta a Jessica Pantoja, si ella logra ganarle a...

—¿Estás bien, viejo? —susurró Leonel cuando giramos y nos alejamos de Calista.

—Te gané, ¿no?

Leonel rio. —Viejo, me ganaste porque la maldita suerte vino a salvarte el pellejo —dijo—. ¿Cuántas veces te salvó el *river*? Estuviste distraído toda la noche. Jessica te hará trizas si juegas como jugaste conmigo.

Puse mis manos en mis caderas y asentí cuando nos detuvimos. —Tienes razón, no tengo mi cabeza bien puesta esta noche.

—Ve con tu chica y relájate —dijo Leonel, dándome una palmada—. Ese chico está dándole pelea a Jessica, será un rato antes de que empiece la final.

Sonreí y me quedé mirando hacia el público mientras sacaba el móvil.

Había dos mensajes.

—Valentina envió una contrademanda y la cabrona consiguió que la audiencia fuera mañana —decía el primer mensaje—. No podré ir, amor.

—Ya —dije, bajando el móvil y asintiendo.

Apreté mis labios y respiré profundo mientras una presión extraña afectaba mi corazón provocando una pesadez que no me dejó respirar bien por unos momentos.

Levanté el móvil. —Te lo compensaré —decía el segundo mensaje.

Sonreí y suspiré. “*Ahora entiendo cómo se sintió Cristina,*” pensé, recordando una de tantas ocasiones en que estuve hasta tarde en Chicago, y yo siempre le decía esas mismas tres palabras.

Te lo compensaré.

—El karma es cabrón —dije para mí mismo.

Salí del salón de eventos, crucé el vestíbulo del hotel y entré al bar lleno debido al partido de fútbol que transmitían.

Ordené un whisky en la barra y le sonreí a la camarera que me atendió. Era guapa, sin duda alguna. Llevaba casi todo el día trabajando y ya se le notaba lo cansada. Quizá estaba por terminar su turno.

—Gracias, hermosa —le dije, y me miró mientras daba un trago para luego poner el vaso frío contra mi frente.

Mi mente quedó en blanco, como si trajeran apagado el encanto. La camarera me ofreció una sonrisa educada y se alejó a seguir su trabajo.

“*Joder,*” pensé. “*Hasta se me quitaron las ganas de coquetear.*”

Reí y di otro sorbo a mi whisky. Justo cuando iba a tragar recibí un manotazo en mi cabeza, y cuando giré vi a Calista acomodándose en el asiento a mi lado.

—¿Y eso por qué fue? —pregunté, frotándome donde me golpeó.

—Que te fuiste sin despedirte ahorita —dijo—. Siempre te esperas a que termine de grabar para luego poder platicar o... —alzó las cejas y puso sus manos encima de sus muslos— Ya sabes.

Dejé salir una risita. —Lo siento, Cali —dije—. Pero...

—¡Es broma! —dijo entre risas— Yo sé que ya eres hombre de una sola mujer.

—A ver cuánto dura eso —dije antes de acabarme mi bebida.

—¿De qué hablas? Te lo digo como mujer: esa Gina está tan loca por ti como tú por ella.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Resoplé y miré hacia arriba. —Ella es... ambiciosa.

—Lo sé, a ti no te llaman la atención las niñas dóciles ni sumisas —dijo Calista—. A ti te gusta que te peguen y que te respondan.

Negué con la cabeza mientras reía. —Estoy siendo egoísta, ¿no?

—¡No lo sé! —dijo Calista— ¿De qué estás hablando?

—Que Gina no vendrá esta noche.

—Está trabajando —dijo, y yo asentí—. Tiene un trabajo demandante. Lo sabías cuando empezaste a salir con ella. Caray, *has* trabajado con ella.

—Por eso.

Calista me miró unos momentos. Su sonrisa se amplió y asintió. —Nunca pensé que vería el día en que Víctor Haumann se sintiera inseguro.

—¿Yo?

—¡No, el animal sentado a tu lado!

—¿Perdón? —contestó el pobre idiota sentado junto a mí, sacándonos una carcajada.

—¡No, tú no! —dijo Calista entre risas— Seguro eres un amor.

Ordené otros dos tragos y no paramos de reír hasta tenerlos en nuestras manos.

—Supongo que lo merezco —dije.

—¿Qué mereces?

—Yo le hice lo mismo a Cristina —dije.

—No —dijo Cali—. No, no compares, corazón.

—¿Cómo no...?

—¡Aquí están! —gritaron detrás de nosotros. Al girar vi a Leonel, que parecía que acababa de correr los cien metros planos.

—¿Qué tienes?

—Ya ganó Jessica —dijo Leonel, poniendo su mano en mi hombro—. Están preparando las cosas para el duelo final entre ustedes.

Calista dio un salto pequeño y sacó el móvil de su sujetador. —Sí, me está llamando el productor.

—¿Acaso tu sujetador tiene copa de acero o cómo es que no notamos que ahí traías tu móvil? —pregunté entre risas.

—Lástima que nunca podrás averiguarlo, nene —dijo, guiñando el ojo antes de irse.

Leonel y yo nos miramos a los ojos unos instantes. Bebí todo mi whisky de un trago que me dejó incendiado desde mi garganta hasta mi pecho.

Dejé un billete en la barra debajo de mi vaso vacío, y regresamos tan rápido como pudimos al salón de eventos. Al entrar caí en cuenta que Gina me había mencionado el por qué no iba a asistir.

Saqué el móvil y lo volví a leer: Valentina envió una contrademanda.

“*Hostia*,” pensé. —¿De qué es la contrademanda? —escribí y envié.

Alguien se detuvo ante mí, obligándome a detenerme antes de arrollarlo mientras enviaba el mensaje. El asistente de producción de la televisión apuntó su mano derecha hacia la mesa vacía en el escenario, donde ya me esperaba Jessica de pie.

El móvil vibró cuando estaba por meterlo a mi bolsa. Lo mantuve en una mano mientras estrechaba con la otra la mano de Jessica.

—Felicidades, hermosa —le dije con una sonrisa—, me da mucho gusto que hayas llegado a la final.

—No te va a dar tanto gusto cuando te gane —dijo, ampliando su sonrisa—. Te llevo estudiando desde Atlantic City y estoy lista para ti.

Aproveché que el director o el asistente o no sé quién daba algunas instrucciones al camarógrafo para yo leer el mensaje de Gina.

—Acceso ilegal a información privada —decía el texto.

“*Hostia*,” pensé. “*Ya sabe o sospecha que queremos hacer una demanda colectiva.*”

—Tomen asiento, jugadores —dijo el anfitrión.

Respiré profundo cuando guardé el móvil en mi pantalón. No podía irme así porque sí. Nico me mataría.

“¿*Dónde está ese pesado?*” pensé, mirando a mi alrededor mientras me sentaba. “*No lo he visto en toda la noche.*”

—¿Estás listo? —preguntó Jessica.

El público aplaudió y el crupier repartió las primeras cartas.

La observé coger sus cartas. Trató de contener una sonrisa, y apostó apenas el mínimo. Lo lógico sería que tuviera una mano fuerte, pero dice que me estudió.

“*Tiene un par débil o mediano,*” pensé.

Vi mis cartas, y encontré un par de cuatros. —Hermosa, me encantaría dejar que te vengaras, pero necesito acabar esto rápido, así que no me contendré —dije, empujando la totalidad de mis fichas—. *All-in.*

El público aplaudió, Jessica se enderezó en su asiento y volvió a mirar sus cartas por varios instantes antes de tirarlas.

Sonreí y le mostré mis cartas basura. Sus ojos estuvieron a punto de salirsele de sus cuencas.

—Hijo de puta —murmuró.

—Cuidado con esa boquita pues estamos en vivo, cariño —le dije guiñándole el ojo—. Anda, tenemos mucho póker por jugar y lugares en donde estar.

## Capítulo 20.

*Gina*

—¡Pagamos bastante renta como para tener estos problemas todo el tiempo! —dijo Beatriz cuando salió del cuarto de conferencia junto con el contratista que la administración del edificio envió a revisar el corte de luz en nuestro piso.

—Señora le aseguro que...

—No me asegure —dijo Beatriz al dar un paso hacia él dando la impresión que estaba por arrojarle su móvil que usaba como linterna— ¡Haga su maldito trabajo!

El contratista se alejó rápido de Beatriz. Me quedé congelada apuntando la luz de mi móvil hacia ella.

—¿Se tardarán mucho? —pregunté.

Beatriz me lanzó una mirada que contestó mi pregunta. —Me voy —dijo—. Me espera un cliente en Barb's Bistro.

—¿Es verdad que están buscando otras oficinas para alquilar?

—Eso son rumores, Gina —dijo mientras caminábamos hacia los ascensores, los cuales tenían sus luces encendidas. Beatriz apuntó su mano abierta hacia ellos—. Esto es una burla. Somos los inquilinos de más antigüedad en el edificio, y llevamos años con problemas eléctricos. Si nuestro querido arrendador no hace algo al respecto...

—No me vendría mal un lugar donde pueda conectar mi cargador sin temor a recibir una descarga —dije sonriendo—, o a dejar a todo el piso sin electricidad.

—Niña, yo ya ni siento mis dedos de todas las descargas que he recibido —Beatriz pulsó el botón del ascensor y miró el reloj en el muro junto a ellos—. Háblame de esa contrademanda.

—Lo tengo todo bajo control —dije mirando los números encima del ascensor acercarse más al nuestro—. No tiene fundamentos. No hemos hablado con ningún otro jugador o profesional de salud del equipo.

—Perfecto —dijo Beatriz.

La puerta del ascensor se abrió, y vi a Eric ahí.

—Buenas noches —saludó al salir.

Beatriz y yo lo miramos alejarse. —Maldita sea —murmuró—. Lo que daría porque un hombre así estuviera esperándome en casa o viniera a recogerme.

—Supongo que sería lindo —dije entre risas.

Beatriz me miró y arqueó una ceja. —Claro, si yo pudiera también escogería a Víctor Haumann por encima de ese cachorro cualquier día de la semana.

—¡¿Perdón?! —exclamé riendo y teniendo mi rostro encendido.

—Ya me oíste, así que no te hagas la tonta —dijo Beatriz al entrar al ascensor—. Sé muy bien de tus *otras* actividades con tu mejor cliente.

—¿Cómo lo...?

—Ya deberías de saberlo, Gina —dijo Beatriz con una mueca confiada—. Yo sé todo lo que sucede en este bufete. *Todo*.

—¿Entonces los rumores de las nuevas oficinas son ciertos?

Beatriz resopló y pulsó uno de los botones dentro del ascensor. —Hasta mañana, Gina.

Suspiré y regresé caminando hacia mi oficina. Por fortuna la mía se encontraba del lado del piso que recibía muchísima iluminación de afuera y me permitía ver bien hacia dónde ir sin tener que usar mi móvil. Ya era algo tarde, y consideré regresar a mi escritorio, apagar el portátil e irme a casa.

Escuché a Esther reír acompañada de una risita muy familiar que aceleró mi corazón, provocó una gigantesca sonrisa y aceleró mis pasos.

Al girar en la esquina vi a Víctor apoyando su brazo en la mampara del escritorio de Esther, mirándola mientras sonreía. Eric estaba a su lado aguantando la risa y mi querida asistente no paraba de carcajearse.

—¿Cuándo llegaste? —pregunté al acercarme y abrazarle.

Él me dio un rápido beso y luego sonrió. —Llevo unos minutos esperándote.

—¿No tenías un evento?

—Ya lo gané —dijo—. Tenía motivos para darme prisa.

—¿Por qué no me enviaste un mensaje o me llamaste? —dije, revisando que no hubiera llamadas perdidas ni mensajes sin leer en el móvil.

—Tu asistente es una cotilla sin remedio —dijo entre risas—. Ha estado tratando de sacarme información sin saber que yo soy un peor cotilla que ella.

—No creía que fuera posible —dijo Esther apoyando su cabeza en su mano.

—Ni yo —dijo Eric, negando con la cabeza.

—¿Por qué están tan románticos? —preguntó Víctor, mirando a su alrededor— ¿Olvidaron pagar la factura de la luz?

Esther y yo suspiramos al mismo tiempo. —Compraron una copiadora nueva —levanté mi mano hacia el pasillo que llevaba al cuarto de copias— y cuando la conectaron a la luz provocó un corto circuito que nos dejó sin luz desde hace unas horas.

—Este edificio tiene serios problemas eléctricos —dijo Eric—. Más vale que los arreglen pronto porque podrían tener un problema mucho más severo que un apagón. Un incendio eléctrico en un edificio como este sería devastador.

Pillé a Esther mirándome apoyada contra Víctor. Ella sonrió y se puso de pie.

—Vámonos, bombón —dijo Esther, guiñándome el ojo—. Mi estómago exige una ensalada.

Eric rio. —Claro, y cuando estemos en el restaurante ordenarás la hamburguesa más grande que tienen con doble porción de papas fritas.

—¡Me conoces tan bien, bombón! ¡Te amo! —exclamó al abrazarle unos momentos antes de girar a verme—. Nos vemos mañana, jefa.

Levanté la mano para despedirme, y tanto Víctor como yo los vimos irse. Suspiré y fui a mi oficina seguida de cerca por él.

—Te ves fantástica, Gina —dijo. Le miré de reojo y estaba apoyando su hombro en el marco de mi puerta.

Suspiré y lamí mis labios. Él no se veía nada mal con esa camisa negra de botones y sus jeans deslavados ajustados a la perfección.

—Ya es tarde —dije al pulsar el botón de apagado en el portátil.

—Lo sé.

—Yo... —respiré profundo—. Yo quería ir, Víctor. De verdad quería ir a verte jugar.

—Lo sé, guapa —él entró a la oficina.

Resoplé y sonreí. —Es solo que esta contrademanda la trajeron hoy en la tarde y mañana tenemos que comparecer ante el juez para...

—Oye —me interrumpió y levantó su mano frente a él—. Lo entiendo.

—¡Y es una tontería! —dije, cogiendo una de las carpetas en mi escritorio— No tiene fundamento alguno y estoy tratando de...

Víctor puso una mano encima de la mía, y con la otra me arrebató la carpeta. —¿Es la copia de la querella?

—Sí.

Víctor sacó el móvil de su pantalón e iluminó las hojas mientras las leía.

—Es una tontería —dijo con una sonrisa.

—Lo sé.

—Lo tienes ganado —dijo, dejando la carpeta en mi escritorio—. Una simple moción y cualquier juez...

—No es una simple moción —dije, sonriendo—. ¿Qué tal si quiere aprovechar esta audiencia para presentar una moción de otra cosa?

Víctor rio. —¡Podría ser lo que sea! —se acercó a mí y me cogió de la cintura— Es imposible que puedas anticiparte a todo lo que ella podría hacer.

—Pero...

—Para eso se solicitan prórrogas para preparar argumentos.

—¡Coño, hombre! —grité— Yo soy la abogada del caso, y necesito prepararme tan bien como *yo crea necesario*.

—Y yo soy tu cliente.

—¿Y? —dije— ¿Apoco le hacías caso a todos tus clientes cuando ejercías?

—¡Por supuesto que no!

—¿Entonces por qué debería hacerte caso a ti? —dije— ¿Por ser el mejor sexo que he tenido?

Él rio como un idiota y yo me acerqué a darle un puñetazo en su brazo. —¡Oye, eso dolió! —se quejó.

—Te lo mereces por...

—¿Por? —sonrió esa maldita sonrisa que me desarma.

—Por...

Gruñí, di la vuelta y di un par de pasos lejos de él. Guardamos silencio unos momentos. Me esforcé por no girar a verlo por más que quería... No, por más que *necesitaba* hacerlo.

—¿Quieres desnudarte tanto como me quiero desnudar yo?

Giré a verlo y ahí estaba, esa mueca creída y arrogante atravesada en su rostro, esa mirada en mí que me daba a entender lo que quería en ese momento.

Caminé hacia la puerta de mi oficina, la cerré con todo y cerrojo y me quedé ahí de pie unos momentos.

Di la vuelta, y ahí seguía sin quitarme la vista de encima. Mordí mi labio y caí en cuenta que mi corazón palpitaba a un ritmo acelerado además que mi entrepierna ya vibraba con los indicios de la excitación que su simple presencia provocaba en mí.

Aun en la oscuridad alcancé a verle subir y bajar sus cejas, y yo resoplé.

—Estoy enojada contigo —dije, caminando hacia él.

—¿Por qué estás...?

Lo interrumpí estrellando mis labios contra los suyos, y cuando sus manos me cogieron de la cintura di un salto y le rodeé la cadera con mis piernas.

Cuando sus manos subieron por mi falda y se aferraron a mis nalgas abrimos nuestras bocas y nos saboreamos con un hambre tal que parecieron años desde que habíamos estado juntos y no días.

Él dio un par de pasos, escuché la caída de muchas de mis cosas del escritorio, y él me acostó en él. Cuando se separó de mí mis manos cobraron mente propia y deslizaron mis bragas hasta mis rodillas.

Vi que Víctor ya se había bajado su pantalón hasta las rodillas. Él cogió mis bragas de las rodillas y de un tirón me las quitó y arrojó detrás de él.

Abrí mis piernas y él acercó su rostro de nuevo al mío. Unimos nuestros labios una vez más y justo cuando nuestras lenguas se tocaron una exquisita corriente eléctrica nos atravesó. El circuito se cerró cuando se deslizó en mi interior, y la energía pasaba de mi cuerpo al suyo.

Aquella energía entre nosotros creció con cada movimiento de su pelvis.

Creció con cada gemido que quedaba ahogado en el espacio entre nuestras bocas donde nuestras lenguas bailaban pegadas con la misma intensidad que ese hombre me llevaba hasta los cielos.

Creció con cada caricia firme y prolongada que nuestras manos ejecutaban en nuestros respectivos cuerpos.

Estiré un brazo hacia atrás y me aferré a la orilla de mi escritorio con mi otra mano. Alcancé a ahogar un grito que seguro se habría escuchado hasta los últimos pisos del edificio. Si hubiera estado segura de que no había nadie más en la oficina me habría animado a dejarlo libre.

Joder, estaba tan cerca del éxtasis que por poco y dejaba de importarme.

—Nunca había hecho esto —gemí entre risas.

—Uno nunca olvida sus primeras veces —dijo Víctor al pegar su frente a la mía.

—No —dije jadeando y sonriendo— ¡Oh, Dios!

Fue una explosión sin aviso alguno. Algo tocó ese hombre en mi interior en ese momento que logró convencer todo mi cuerpo de tensarse por largos, intensos y deliciosos momentos.

Me levantó del escritorio, dio la vuelta y se sentó en él. Le empujé su pecho y miré su rostro cuando dejé que mi cuerpo se moviera por su propia voluntad.

Algo hizo ese hombre con su cadera. Un movimiento sutil, un empuje ligero hacia arriba, una flexión de algún músculo de su pelvis, algo hizo para presionar el botón mágico en mi interior que detonó una violenta y deliciosa sacudida de todo mi ser.

—Hostia, Gina.

—No pares, Víctor —jadeé—. No te atrevas a parar, joder.

Aquel grito fue imposible de ahogar. Cada músculo de mi garganta se tensó tratando de contenerlo, pero cuando los gruñidos y movimientos de mi amante se volvieron tan intensos que liberó todo en mi interior logró combinar su pasión con la mía, formando un orgasmo que nadie en el mundo podría haber podido callar.

Quedamos desplomados encima de mi escritorio, y yo solté una carcajada cuando al fin pude recuperar mi aliento.

—Sigo enojada contigo —le dije, dándole tiernas bofetadas.

—Debo hacerte enojar más seguido —contestó.

—No te atre...

Las luces se encendieron, y llenamos la oficina con nuestras carcajadas mientras nos mirábamos a los ojos como adolescentes enamorados.

## Capítulo 21.

*Victor*

—¡Joder, mujer! —exclamé cuando el dolor punzante del codo de Gina contra mi costado me sacó del profundo y delicioso sueño en el que me encontraba.

—¡Lo siento! —dijo Gina entre risas y lamentos. Se acostó sobre su costado y acarició mis costillas violentadas— Lo siento, no quería despertarte.

Sonreí y le acaricé el rostro, quitándole algunas mechass de sus mejillas. —¿Qué hora es?

—Ya no tarda en amanecer —dijo al acercar su rostro al mío. Aquel beso fue mejor que cualquier taza de café para despertarme, y cuando subió su muslo encima del mío cualquier indicio de cansancio y sueño desapareció.

—No —susurró cuando deslicé mi mano por debajo de su cuerpo y la coloqué encima de su nalga desnuda—. Me tengo que ir.

Reí. —Hemos estado en esta situación antes.

—Y las cosas no han cambiado —dijo con esa sonrisa suya mientras pasaba su dedo índice encima de mis labios—. Tengo que ir a casa a cambiarme y debo ir a trabajar.

Gruñí mientras ella reía al ponerse de pie. No dejó de sonreír al caminar alrededor de la cama y recoger su ropa. —Te propongo un trato —me miró mientras se ponía su sujetador—. Ordeno que nos traigan el desayuno, y seré tu chofer privado esta mañana.

Gina suspiró. —Víctor...

—¿Qué?

Ella resopló y se terminó de subir su falda ejecutiva. —Ni siquiera debí pasar la noche —murmuró.

—Mira, si se te hará muy complicada la mañana —me puse de pie y estiré—. Yo me encargo de la audiencia de la contrademanda.

Gina se detuvo y me miró como si hubiera lanzado mil maldiciones a sus ancestros. —¿Tú?

—Eso dije.

—Víctor, me he preparado todo el día de ayer para esa audiencia, ¿y quieres encargarte de ella?

—Sí.

—¡Apenas y leíste la querella!

Respiré profundo y la miré. —He estado en audiencias con menos.

Gina rio. —Yo pensaba que eras creído, pero ahora veo que solo eres soberbio.

—No es soberbia si lo puedes respaldar.

—¡Claro que sí! —Gina gruñó y cogió su blusa de la cama— Joder, no tengo tiempo para esto.

Sonreí y suspiré. —Sabes, me está dando el caso más extraño de *déjà vu*, solo que ahora yo soy una mujer hermosa, ambiciosa y brillante y estoy en los brazos de uno de los hombres más guapos que alguna vez me han hecho temblar de placer.

No pudo contener la risa. —¿Uno de los hombres más guapos?



—Iba a decir: el hombre *más atractivo*, pero no quise sonar arrogante.

—Eres lo peor —dijo, mirando el suelo—, ¿dónde están mis zapatos?

Los recogí del lado de la cama más cercano a mí. Ella me miró mientras me acercaba a ella despacio.

—Hace unos años estaba igual que tú, Gina —dijo Víctor con el tono más serio que le había escuchado—. Pasaba más tiempo en la oficina, en la corte y en cenas con clientes que con mi... Con mi esposa.

Ella quedó boquiabierta.

—¿Estás... casado?

—Divorciado.

Gina respiró profundo. —Cristina.

—Firmamos el divorcio dos pisos abajo de mi oficina —dije, entregándole sus zapatos y dando un paso hacia atrás—. Yo regresé al trabajo porque estaba manejando una demanda colectiva hacia uno de mis clientes. Lo último que le dije fueron palabras de despecho.

—No lo sabía —Gina cruzó sus brazos.

Víctor respiró profundo. —Tómalo de alguien que ya estuvo en esas circunstancias, guapa —dijo—. Podemos estar apasionados por el trabajo, entregarnos a él por completo, pero no te va a mantener caliente en las noches frías. Solo una persona puede hacer eso.

Suspiró y asintió. —Por eso renunciaste.

—Sí.

—¿Y por qué póker?

—Soy bueno en ello —dijo—. Y se parece mucho al derecho. Debes interpretar toda la información que tienes disponible, decidir las acciones que necesitas tomar, ajustarte a las acciones de tu oponente y luego esperar un resultado favorable. La diferencia es que puedes saber el resultado de una mano de póker en cuanto se reparten las cartas.

—Eso está bien —dijo Gina—, pero tú estabas casado, tenías algo más fuera de la oficina esperándote.

—Tú también podrías tenerlo —dije.

Ella me miró y podía ver las palabras atoradas en su garganta que ella impedía que salieran. Eran las mismas palabras que yo habría dicho en aquellos tiempos.

—Víctor, yo...

—No digas nada —dije, encogiéndome de hombros y esforzando una sonrisa—. Ya sé lo que tienes que decir.

—¿Ahora también lees mentes?

—No se necesita ser psíquico para leer tu rostro —dije sin pensarlo—. En este momento lo más importante de tu vida es tu carrera.

—Sí —dijo aliviada—. Lo es.

—Vale —asentí y puse mis manos en las caderas—. Lo entiendo.

—Yo sé que...

—¿Sabes qué más entiendo? —le interrumpí, apuntándole al rostro— A Cristina —Gina se detuvo a mirarme justo antes de coger su bolso de la silla junto a la ventana—. Ahora que estoy enamorado de ti veo cuánto le dolía que la pusiera en segundo plano por quedarme a trabajar bajo la excusa de “es por mi carrera.”

—Un momento...

Reí y levanté mi mano abierta para interrumpirle. —No le niego su gusto al karma. Seré el

primero en reconocer que lo merezco, pero, así como tú tienes tu carrera en qué pensar yo también tengo cosas que necesito priorizar, y hoy me di cuenta de eso.

—Yo no te estoy pidiendo nada, Víctor —dijo Gina.

—No, no lo estás haciendo —dije—, pero hoy casi pierdo por no poderme concentrar debido a la atención que le estoy poniendo a alguien que no puede...

—¡Yo nunca te pedí nada de eso! —gritó Gina— Yo quería sexo esa noche que te conocí, Víctor. ¡Solo sexo! Por eso no te dije mi nombre verdadero. Es todo lo que quiero de ti.

—¿Quieres? —di un paso hacia atrás, como si hubiera recibido un puñetazo— ¿Es todo lo que quieres de mí?

—Quería —dijo Gina, sacudiendo su cabeza.

—No no —dije, negando con la cabeza y con mi dedo índice—, dijiste “quiero”, tiempo presente.

—¡Vale! —Gina suspiró— Es todo lo que quiero de ti. Nada más.

Respiré profundo y di la media vuelta. Caminé hacia el muro y usé todas mis fuerzas para no estrellar mi puño contra él. Mis ojos ardían como si hubieran sido cubiertas en brasas al rojo vivo, y mi garganta tenía una bola gigantesca que no se decidía si subir y salir por mi boca o bajar y aplastar mis entrañas.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado? —preguntó Gina— Tú ya tuviste lo que yo quiero, ya fuiste un gran abogado, ya fuiste socio en un bufete grande, ya... ¿Porque soy mujer no puedo desear estas cosas?

Solté una carcajada. —¿Estás...? —di la vuelta y la vi— ¿Acaso no me conoces? ¿No puedes ver lo ridícula que es esa acusación tras pasar tanto tiempo conmigo? ¿Cómo puedes hacerme esa pregunta?

—¿Por qué no me la contestas?

—¡No, Gina! —dije— ¡No es porque seas mujer! ¡No es porque no puedas desear esas cosas!

—¿Entonces?

—Es porque no valen la pena —dije.

Gina asintió y suspiró. —Bueno —cogió su bolso—, para ti no valen la pena. Yo aún no lo descubro.

—Guapa...

—Y merezco descubrirlo por mi cuenta.

Miré un largo instante al techo de mi habitación. —Tienes razón —dije—. Mereces tener esa oportunidad.

Cuando bajé la mirada Gina caminaba hacia mí. Rodeó mi cuello con sus brazos, sonrió y miró a mis ojos. —¿No podemos... fingir que no tuvimos esta conversación?

Suspiré, cogí sus brazos, los quité de mi cuello y di un paso hacia atrás. —No, guapa —dije—. Tienes derecho a darle prioridad a esas cosas, pero yo también tengo derecho a...

Gina apretó sus labios. —Vale —dijo, asintiendo cada vez más rápido.

—Debo vestirme para ir al juzgado —dije, dando la vuelta—. Necesito aplastar esta contrademanda y pedir una prórroga para...

—Espera —giré y vi a Gina confundida—. No voy a dejar de ser la abogada de Julius.

—Yo soy el abogado de Julius.

—No, Víctor —dijo con un tono de indignación—, yo soy su abogada. Yo iré a argumentar esta contrademanda, y yo me encargaré de su demanda.

—Tú no puedes...

—Víctor, tienes un torneo al que asistir —dijo Gina—. Y tienes otras responsabilidades para JetHouse. No tienes tiempo para darle a Julius la representación legal que merece. Para eso nos contrataste.

—¿Esperas que sigamos trabajando juntos después de esto?

Gina respiró profundo. —Preferiría encargarme yo sola... Pero si puedes ser profesional al respecto...

—¿Que si puedo ser profesional? —aguanté la risa cubriendo mi boca y apretando cada músculo de mi garganta. Un incendio quemaba dentro de mi pecho y ardía hasta mi cabeza, reduciendo a cenizas mis pensamientos—. De acuerdo, seamos profesionales al respecto —apunté hacia la puerta de mi habitación—. No es muy profesional que estés en mi habitación cuando no tengo ni los calzoncillos puestos.

—No seas ridículo, Víctor —preguntó Gina con una sonrisa de indignación— ¿Estás...?

—¿Quieres que seamos profesionales al respecto? Vale, me comunicaré más tarde con tu asistente para agendar una cita y seguir trabajando en...

—No te molestes —dijo Gina, levantando su mano hacia mí—. Quiero que pienses bien en lo que es mejor para Julius, porque si vas a portarte como un imbécil no tengo ningún problema con mandarlo al demonio.

—Si haces eso...

—¿JetHouse dejará de ser nuestro cliente? —dijo— Te tengo noticias, cabrón: necesitas que Nico también apruebe nuestro despido, y no querrá hacer eso en plena negociación.

“¿Negociación?” pensé. —¿De qué...?

—Sabes, no es profesional discutir de asuntos legales cuando mi cliente no tiene ni los calzoncillos puestos así que si quieres hablar de esto tendrás que agendar una cita con mi asistente —dijo antes de girar hacia la puerta y salir de mi habitación tan rápido como pudo.

Quería gritar, quería arrojar algo al otro lado de la habitación, pero tenía que saber de qué negociación hablaba.

Me vestí tan rápido como pude, cogí mi móvil y llamé a Calista.

—¿Vic? ¿Qué hora es...?

—Voy a tu habitación —dije—. Necesitamos hablar.

## Capítulo 22.

*Victor*

—¿Y nunca se te ocurrió preguntarme algo?! —le grité a Calista.

—Detente, cabrón —dijo al apuntarme con su dedo y poniéndose de pie de la cama donde estaba sentada—. No vas a venir a mi habitación a gritarme tan temprano. No eres ni mi jefe ni mi papá.

Respiré profundo. —Calista —dije a regañadientes—, amiga del alma, ¿tendrías la amabilidad de decirme por qué no mencionaste el *cierre* del trato para comprar *mi puta compañía*?!

—¡Porque es tu puta compañía y tú deberías estar al tanto de la situación, grandísimo animal! —contestó antes de darme un manotazo en la cabeza— No es el tipo de cosas de las que el dueño deba enterarse por una reportera. ¿Cómo mierda hiciste para que JetHouse creciera tanto si estás tan mal informado de lo que sucede?

—Nico se supone que...

—¡Entonces ve y grítale a su habitación y no en la mía! —me cogió de los hombros, giró hacia la puerta y me empujó— Ahora lárgate.

—Pero...

—¡Dije “largo”! —abrió la puerta y me miró como una asesina brutal— Y la próxima vez que me vayas a despertar para gritarme otra cosa que no sea “desnúdate para mí, mami”, más te vale que traigas al menos un café y una caja de pastelitos.

Resoplé y salí sin darle importancia al portazo que escuché detrás de mí. Subí al ascensor y salí en el piso de mi suite. Pasé a un lado y un tirón en mi pecho logró recordarme la discusión que tuve un rato atrás con Gina.

Sacudí mi cabeza y dejé que la rabia burbujeara hasta la superficie de mi ser y borrara cualquier pensamiento que estaba teniendo en ese momento sobre ella y sobre mis sentimientos.

*“La tarada ni siquiera se dio cuenta de que dije que la amaba,”* pensé. *“Joder, ¿en qué momento se fue todo a la mierda?”*

Cuando llegué a la puerta de Nico no dude en golpear a puño cerrado.

—¡Nico! —grité— ¡Abre la puta puerta!

No pasó ni un segundo cuando la abrió. —¿Pero qué coño te...?

—Déjate de tonterías —dije al empujar la puerta y entrar por la fuerza a su habitación—. Lo de Summit el otro día no fue una oferta tentativa, ¿verdad?

Me detuve a la mitad de su sala y al girar vi la cama, donde Leonel me miraba sentado con las sábanas cubriéndole de la cintura para abajo.

—Tengo compañía, Vic —dijo Nico, manteniendo abierta la puerta de su habitación—. Podemos discutir esto más tarde cuando...

—No, vamos a discutirlo ahora —dije, dándole mi atención—. Contesta la pregunta.

—Vic —dijo a regañadientes al cerrar su puerta.

—No es la primera vez que ofrecen comprarnos —dije—. Hace dos años enviaron a sus

abogados con una oferta y los mandamos al demonio, pero haciendo memoria del documento que me mostraste tenía notas a los lados de la página.

—No voy a hablar de esto ahora —dijo Nico, caminando hacia su cama.

—Creo que yo me... —dijo Leonel, apuntando hacia la puerta.

—No, cariño —dijo Nico girando hacia mí—. Víctor ya se va.

—¡Ni de coña! —grité— Deja de darle vueltas al asunto y contesta.

—¡Bien, Víctor! —gritó Nico— ¡Estaba negociando con ellos! ¡Ya! ¡Contesté tu puta pregunta!

—Se supone que somos socios —le apunté— ¡Se supone que estas cosas las debemos decidir juntos!

—Sí —dijo Nico entre risas— Se *supone* que somos socios, pero la realidad es muy diferente, Víctor. Es una tiranía en la que tú eliges hacer lo que te da la gana y rechazar cualquier cosa buena que te sucede y los demás nos quedamos improvisando.

—¿De qué estás hablando? —dije— Es nuestro negocio, pensé que estábamos de acuerdo en tener la mejor maldita página de apuestas allá afuera.

—Así empezamos —dijo Nico—, y me divertí al principio, pero luego noté algo —se acercó a mí y empujó mi pecho con su dedo—: que tú eres incapaz de tomar algo en serio. ¿Quién se asegura que estén pagados los impuestos? Yo ¿Quién administra las ganancias para poder pagar la nómina? Yo ¿Quién se sienta en *todas* las mesas y nos consigue los mejores tratos con los patrocinadores? ¡Yo!

—Eres un exagerado —dije—. Yo...

—¡¿Tú qué?! —gritó aguantando la risa— Dime una sola cosa que tú hayas hecho que no sea verte bonito para las cámaras, hablarle bonito a las reporteras y follarte a medio mundo mientras yo hacía todo el trabajo.

—¿Y eso te da derecho a mandarlo todo al demonio? —dije— Pudiste haberme dicho algo.

—¡Te lo decía todo el tiempo, grandísimo animal, pero nunca me escuchabas! —Nico dio un paso atrás y respiró profundo— ¿Sabes qué? Sí, tengo todo el derecho del mundo de sacarle todo el dinero que yo pueda sacarle a *mi trabajo*. Si te gusta, qué bien. Si no te gusta, siéntete con todo el derecho del mundo de usar tu tajada de la venta para lo que se te dé la putísima gana. ¡Inicia otra página! Pero hazlo sin mí esta vez.

—¿Dinero, Nico? —dije entre risas— ¿En serio se trata de dinero? Eso es genial, ¿y qué hay de las personas que empleamos?, ¿ya no serán nuestro problema?

Nico suspiró. —Exacto —levantó sus manos frente a su pecho—, dejarán de ser nuestro problema. Summit Entertainment decidirá qué hará con ellos.

—¿Si los dejan en la calle?

—La verdad —Nico encogió sus hombros y sonrió— no me importa.

—Esto aún no termina —dije, dirigiéndome a la puerta.

—Está hecho, Víctor —dijo Nico, y yo me detuve—. Firmé el trato anoche.

Di la vuelta, caminé hacia Nico y le di un puñetazo en el rostro que le derribó.

—Te tengo noticias, asqueroso traidor —le dije apuntándole al rostro—. No puedes vender la compañía sin la firma de ambos socios.

Nico rio. —De hecho, sí puedo —tocó su labio y miró la sangre que se limpió—. Porque firmaste los cambios a los estatutos de la compañía que me permiten hacerlo.

—¿Cuándo hicimos esos cambios?

—Cuando tu amada Gina te dio nuestros estatutos actualizados y tú los firmaste sin pensarlo

—dijo—. Sabía que tendría que engañarte para que firmaras esa modificación a los estatutos, pero enamorarte de esa mujer facilitó muchísimo las cosas.

Ningún golpe que me hubiera lanzado me habría afectado tanto como aquellas palabras.

Nico rio mientras se ponía de pie. —Deberías ver tu rostro —dijo—. Yo te dije que meterte en los calzones de tu abogada no era buena idea. Y, como siempre, no me escuchaste. Bueno, ahora ya estás escuchándome, ¿no?

—Vete al diablo —dije, apuntándole al rostro—. Gina no haría eso. Ella no es ese tipo de abogada.

—¿Y tú cómo sabes? —dijo Nico, apuntando hacia la puerta— Ve y pregúntale. Ahora lárgate, porque, como te dije, tengo invitado.

—No —dijo Leonel, que ya se había levantado de la cama y puesto sus pantalones—. No puedo creer que hayas hecho eso, Nico.

—Cariño...

—No te reconozco —dijo Leonel, negando con la cabeza.

Nico rio. —Vale, lárguense los dos —le miré a los ojos, y él solo amplió su sonrisa—. ¿Quieres golpearme otra vez? ¿Eso te hará sentir mejor? —levantó su mentón y apuntó con su dedo el otro lado de su rostro— Adelante.

—Créeme, Nico —dije, dando un paso hacia él y quedando frente a frente—. Voy a golpearte, pero donde más te duele. No sé si Gina sea el tipo de abogada que haría algo tan ruin como lo que hiciste, pero sabes bien qué tipo de abogado soy yo. Prepararte porque cometiste fraude y me voy a encargar de que pases muchos años de tu vida en la cárcel.

Nico chasqueó sus labios. —Si haces eso nuestros bienes quedarán congelados durante el litigio —cruzó sus brazos—. No podrás pagar nada de JetHouse. Ni alquileres, ni nómina, ni nada. Quienes trabajan para nosotros no recibirán su sueldo. Ni siquiera podrás pagarles sus liquidaciones. Quizá ganes y me metas a la cárcel, pero piensa en toda la gente que afectarás al hacerlo. ¿Serías capaz de joderlos con tal de conseguir justicia? —me miró a los ojos al acercar su rostro al mío y sonrió— Yo no lo creo.

—De verdad eres un hijo de puta.

—Solo hago lo que haces tú tan bien todo el tiempo —Nico asintió—: estoy pagando por ver tu apuesta, y no tienes la mano para ganarme.

—Eso lo veremos —salí de ahí tan rápido como pude, azotando la puerta al salir.

Estaba tan cabreado que no me di cuenta de que Leonel me alcanzó hasta que me cogió el hombro.

—Vic, tranquilízate —dijo.

Tiré de mi hombro y seguí caminando hacia el ascensor. —¡Cómo mierda me voy a tranquilizar! —grité— Ese hijo de puta...

—Lo sé —dijo Leonel, cogiéndome el hombro con todas sus fuerzas, deteniéndome—. Lo sé, Vic. Lo siento.

Respiré profundo. —Debí verlo venir, Leo —negué con la cabeza—. Tiene razón. Desde que Gina y yo estamos juntos he estado... distraído.

—Esto no es tu culpa.

—Sí lo es —asentí, y un par de lágrimas escaparon de mis ojos—. Pero no me quedaré tranquilo como ese cabrón espera que haga.

—¿A dónde vas? —dijo Leonel justo cuando giré hacia el ascensor y pulsé el botón para bajar.

—Necesito saber cómo este cabrón me arrebató mi compañía —dije. Tensé la mandíbula cuando subí al ascensor. Giré al entrar y miré a Leonel a la cara—. Iré a tener una charla con mis abogados.

## Capítulo 23.

*Gina*

—Mi cabeza —dije al entrar a mi oficina y encender las luces, elevando mi barbilla y cerrando fuerte mis ojos unos momentos para tratar de aliviar el dolor punzante que me torturaba dentro de mi cráneo.

El sol ya se asomaba entre los edificios del oriente, pero todavía no lo suficiente para poder trabajar sin luz.

Miré las cosas tiradas alrededor de mi escritorio y una mezcla dolorosa de anhelo y enojo brotó en mi pecho. ¿Cómo era posible que pasáramos de estar locos uno por el otro a enojadísimos en una noche?

Un punzón en los lados de mi cabeza regresó mi atención al presente. —Qué buen momento para una jaqueca —dije para mí misma al dejar mi bolso en el escritorio y agacharme a recoger las cosas tiradas.

Cuando me senté detrás de mi escritorio respiré profundo y alcancé a detectar señales del aroma de Víctor. Mis ojos ardieron un poco y tragué tan fuerte como pude para evitar que ese nudo en mi garganta se hiciera más grande.

—A lo que vine —dije, abriendo mi portátil y encendiéndolo—. Imprimo estos papeles y me voy a los juzgados —abrí un cajón y saqué un frasco con aspirinas.

Escuché risas de afuera de mi oficina, entre las cuales reconocí las de Esther, quien se asomó justo cuando miraba hacia la puerta.

—¡Buenos días! —saludó con una sonrisa— No te esperaba aquí tan temprano, pensé que tenías cita en los juzgados.

—La tengo —dije, apoyando mis codos en el escritorio y frotando mis ojos cerrados con las puntas de mis dedos—. Solo vine a imprimir un documento que olvidé anoche. ¿Podrías traerme un vaso con agua?

—¿Te sientes mal?

—Jaqueca —dije—. Creo que fue el café de mi mamá. Ya sabes que le encanta hacerlo tan concentrado que despertaría a un muerto.

—Nunca te había provocado jaqueca —dijo Esther—. Creo que más bien no dormiste bien. Se te ve en la cara.

Suspiré. —No es eso —dije, recordando lo bien descansada que estaba tras despertar en los brazos de Víctor—. Dormí poco, pero sí descansé.

—Bueno, te duele la cabeza cuando tienes demasiado trabajo —dijo Esther al caminar hacia mi escritorio. Se agachó y recogió un par de cosas que no vi.

—Es el café —dije al ponerme de pie—. Traigo el corazón acelerado y... —gruñí y cerré mis ojos, tan fuerte como pude— ¡Joder, ¿cómo puede mi mamá seguir viva tras tomar esa cosa todos los días?!

—Te sorprendería a lo que la gente se puede acostumbrar —dijo Esther, dejando en mi escritorio unas carpetas y plumas—. Pensé que ya no ibas a tomar su café.



—Es que sabe tan rico —dije entre risas—, pero no más.

Esther suspiró y luego soltó una risita. —Por cierto, felicidades.

—¿Felicidades? —la miré. Siempre hacía esa expresión cuando se esforzaba por contener un grito de emoción— ¿Por qué?

—¡La venta! —dijo— Recién hablé con la asistente nueva de Beatriz y dijo que anoche cerraron la venta de JetHouse a Summit Entertainment por...

—¿Anoche? —dije, mirando al suelo— Pero si apenas estaban en negociaciones.

La sonrisa desapareció del rostro de Esther. —¿No cerraste tú el trato anoche?

—No.

Ella quedó boquiabierta mientras frotaba su barbilla. —¿No estabas con Víctor?

—Sí.

—¿Entonces quién autorizó la venta de la compañía? —preguntó Esther.

Tuve una punzada en mi pecho. —Necesito una copia de...

—Te lo traigo —me interrumpió y salió caminando tan rápido como pudo de mi oficina.

Me senté en el sofá junto a la puerta y puse mis manos encima de mis ojos. Respiré profundo y recordé el rostro furioso de Víctor aquella mañana.

*“Maldita sea,” pensé. “Otro más que me deja por culpa de mi falta de tiempo. ¿Por qué pensé que esta vez sería distinto?”*

Otra punzada dentro de mi cabeza me sacó un quejido.

—Aquí tienes —dijeron. Abrí los ojos y vi a Esther ofreciéndome un documento con una mano y con la otra un vaso con agua.

—Mi droga —dije, apuntando al frasco encima de mi escritorio mientras cogía el documento con la otra mano—. Por piedad.

Tomé dos aspirinas, le di el vaso a Esther y abrí la carpeta con el documento. Era una copia del contrato de venta de la compañía. No tenía la firma de Víctor, pero sí la de su socio.

—Víctor nunca me dijo haber hablado con Nico para discutir la venta de su página de apuestas —dije, leyendo el documento—. ¿Se habrá atrevido a formalizar la venta sin Víctor?

—¿Puede hacer eso? —preguntó Esther.

—Nico nos pidió que actualizáramos los estatutos —dije, regresando el documento a su primera página—. Una de sus modificaciones fue que solo fuera necesaria la firma de uno de ellos dos para aprobar cualquier movimiento propuesto por los accionistas de la compañía. Se supone era para agilizar las acciones entre los directivos y los accionistas.

—¿Y Víctor lo aceptó?

—Él firmó la modificación —dije, negando con la cabeza—. Cuando no la leyó asumí que él ya sabía.

—Creo que eso fue fraude, Gina —dijo Esther con un tono serio que no le escuchaba seguido—. Deberías hablarlo con Beatriz. Podrían meter en problemas al bufete.

—Sí —dije, luego chasqué mis labios, me puse de pie y mi mente me llamó la atención a algo raro en aquellos papeles—. Espera —abrí de nuevo el documento—, este no es el contrato de venta que yo le escribí a Nico.

—¿No?

—Tiene modificaciones y... —le di una rápida leída— Sí, tiene secciones enteras que yo no agregué. ¿Quién...? —miré el nombre del representante legal al final del documento y no estaba el mío: estaba el de Beatriz con todo y su firma. Respiré profundo y cerré fuerte la carpeta— ¿Ya llegó Beatriz?

—Sí, fue arriba a hablar con el señor Vang sobre el apagón de anoche —dijo Esther, y comenzó a decir algo más, pero ya no la escuché. Salí de mi oficina caminando con pasos fuertes y rápidos hacia el ascensor.

—No se atrevería —murmuré para mí misma, abriendo la carpeta mientras esperaba que se abrieran las puertas del ascensor—. Ella sabe que es mi cuenta, no...

Las puertas se abrieron, y cuando levanté la mirada quedé paralizada al ver a Víctor.

—Justo a quien quería ver —dijo a regañadientes al salir del ascensor, provocándome un escalofrío. Se notaba en su rostro una ira que no había visto en él, y tuve un escalofrío al tenerla dirigida hacia mí.

—Víctor —dije, levantando mi mano pidiéndole... no, rogándole que me diera un momento.

—Nada de eso, Gina —dijo, acercándose más a mí—. Sé lo que hiciste.

—Puedo explicar.

—¿Puedes explicar? —dijo, luego sonrió, dio la media vuelta, caminó un par de pasos y giró hacia mí— ¿Puedes explicar?!

—Yo...

—Perdí mi compañía, Gina —dijo—. Algo que construí con mi propio esfuerzo, algo mío, lo único mío en este mundo, y me lo arrebataron las dos personas a quienes les hubiera confiado mi vida.

—Yo no sabía que Nico iba a hacer eso —dije—. Pensé...

—Ya sé lo que pensaste —dijo—. Pensaste: bueno, ya estoy jodiéndolo, qué más da follármelo para rematar.

No dude en estrellarle mi palma abierta contra su mejilla. Él ni se movió, solo siguió mirándome con esa rabia que me dolía cada segundo dirigida hacia mí.

—Yo no... —mi voz se quebró al hablar.

—No quiero oírlo —dijo—. Entrégame una copia del contrato de venta. Necesito.

—No.

—¿Disculpa?

—¿Acaso además de un completo imbécil te has vuelto sordo? —le dije— No te daré nada. Ya no eres mi cliente, Summit Entertainment lo es, y sin su autorización no puedo entregarte ningún documento legal.

—¿Así van a ser las cosas? —dijo— Bien —dio la vuelta y entró al ascensor—. Nos veremos en corte, *señorita* Silva.

Todo mi rostro estaba tenso mientras las puertas se tardaban una eternidad en cerrarse. Cuando lo hicieron no resistí más las lágrimas y los sollozos. Cubrí mi boca al instante e hice el mayor esfuerzo por evitar que salieran más lágrimas de mis ojos.

“*Ahora no,*” pensé, cerrándolos con todas mis fuerzas.

—Debiste saber que era mala idea meterte con él —escuché detrás de mí.

Al girar vi a Beatriz de pie en la esquina. Seguro había bajado por las escaleras.

Traté de respirar profundo, pero por alguna razón no podía mantener el aire dentro de mí por menos de un segundo antes de tenerlo que soltar.

—Dime que no me arrebataste este cliente —dije, entregándole la carpeta con el documento de la venta.

Ella ni siquiera la abrió. Solo la cogió con ambas manos y bajó a su costado.

—No puedo decirte eso —dijo, alzando la barbilla.

—Se supone que Víctor era mi cliente.

—No, Gina —dijo Beatriz—. Tu cliente *era* JetHouse, no Víctor Haumann ni Nico Bagni. Tu deber era hacia la compañía que representábamos, no hacia el hombre con el que estabas acostándote.

—¿Y eso te dio el derecho de arrebatármelo? —dije— Yo era la representante legal en el bufete, tú no.

—Tú —Beatriz apuntó su dedo índice a mi rostro— eres una asociada bajo mi supervisión— apuntó ese mismo dedo hacia ella—, yo soy una socia. Tu trabajo es mi trabajo hasta que tú misma tengas un asiento entre los socios mayoritarios.

—¿Y se supone que estás dándome una puñetera lección?

—Tómalo así si quieres —dijo Beatriz—. Pero ya has demostrado que tienes la capacidad de traer y atender clientes de alto perfil, y eso se verá reflejado en la siguiente junta de socios. Felicidades por adelantado —sonrió y puso sus dos manos en mis hombros—. Lo mereces.

Por fin pude respirar profundo. Lo que más quería en ese momento era mandarla al demonio. Quería decirle hasta de lo que iba a morir. Quería que supiera en dónde podía meterse esas felicitaciones.

—Tengo que irme —me esforcé en decir, dando un paso hacia atrás—. Debo estar en los juzgados en unas horas.

—Después de esta audiencia pasa el caso del chico SÉRPICO a un asociado de primer año — dijo Beatriz al dar la vuelta—. Tienes cosas más importantes de qué preocuparte.

Caminé de regreso a mi oficina. Mi cabeza retumbaba como campanas junto con un agobiante dolor en mi corazón que apenas y me dejaba respirar.

Esther me llamó, pero no entendí lo que me dijo. Entré a mi oficina, cerré la puerta y apoyé mi espalda en ella. Cubrí mi boca, cerré mis ojos y sollocé.

No pude contenerlo más.

“¿*Cómo coño se fue todo al demonio de un día a otro? ¡¿Cómo?!*”

Una alarma tan fuerte que me dolieron los oídos me sacó de mi estado de tristeza extrema. Miré hacia arriba y vi los focos de la alarma contra incendios encendidos y sus bocinas pitando fuertísimo.

—Coño, esta no es hora para un simulacro —murmuré.

Golpearon a mi puerta tan fuerte que casi sentí los golpes contra mi espalda.

—¡Se quema! —gritó Esther— ¡Se quema el cuarto de archivos!

## Capítulo 24.

*Gina*

—¿Qué se está quemando? —grité al salir rápido de mi oficina. Las alarmas sonaban tanto que ya me dolían los oídos.

—¡Mira! —Esther apuntó hacia el pasillo.

—¿Qué? —no noté nada de reajo. Claro, tenía los ojos irritados después de llorar un poco, pero creía no ver nada fuera de lo normal.

—¡Hay humo! ¡Viene del cuarto de archivos!

—¿Humo? —vi con más atención y sí había algo de neblina adentro de la oficina. Respiré profundo y me estremecí al reconocer el aroma de papel quemado volviéndose cada vez más intenso.

Y aquella neblina se volvía cada vez más densa.

Esther fue a su lugar y me miró mientras iba por mi bolso y portátil. Ambas caminamos tan rápido como pudimos hacia las escaleras.

Vi hacia el área de cubículos siendo abandonada por los pocos que llegaron temprano, y al otro lado vi el origen del humo: el cuarto de archivos donde habían instalado la nueva copiadora culpable de nuestro apagón la noche anterior.

*“Espero que Víctor haya alcanzado a salir,”* pensé al dar un vistazo hacia los ascensores.

Había tanta gente bajando por las escaleras. Sus rostros mostraban más fastidio que preocupación, pues desde los últimos años la alarma solo había sonado durante simulacros. Por fortuna, el volumen de las alarmas era mucho menor en las escaleras que dentro de las oficinas.

*“Tendrían más prisa para salir si hubieran visto humo salir de una habitación,”* pensé.

—¡Hola, bombón! —dijo Esther al contestar su móvil. No me había dado cuenta de que estaba sonando entre los ruidos de la gente conversando al bajar — Sí, estoy bien. Gina viene conmigo... ¿Dónde inició? En el cuarto de archivo...

—Donde instalaron la copiadora de la que hablaban ayer —le interrumpí, y ella giró un momento para verme de reajo y nos detuvimos en el descanso de las escaleras.

—¿Escuchaste? —preguntó Esther, abrazándose con su mano libre— Vale —sonrió—. Nunca te he visto en acción, bombón. Será algo muy excitante —borró su sonrisa, pero no dejó de sonrojarse—. Cierto, no es un buen momento para esos comentarios. Solo... —respiró profundo —. Solo ten cuidado, ¿sí?

—¿Qué hacen aquí? —dijo un hombre detrás de mí. Al girar Beatriz y Dóminik Vang llegaban al descanso de las escaleras.

—Esther hablaba con su novio —dije, mirando al señor Vang—. Es bombero.

—Ya recibieron la llamada —dijo Esther—. En unos minutos llegan.

El señor Vang abrió sus ojos y asintió. —No es un simulacro, entonces.

—No, señor —dije—. El cuarto de archivo en nuestro piso está incendiándose.

—Donde instalaron la copiadora que nos dejó sin energía ayer —dijo Esther.

Beatriz y el señor Vang se miraron. —Esto es el colmo —dijo nuestro jefe, negando con la

cabeza.

Beatriz apretó sus labios y me miró de reojo antes de darle su atención al señor Vang. —Creo que ya es hora de analizar encontrar otras oficinas, Dóminik —dijo—. No podemos trabajar en un edificio con riesgo de incendio.

—Lo hablaremos más tarde —dijo el señor Vang mientras indicaba con sus manos que debíamos seguir caminando.

Cuando llegamos al vestíbulo ya había varios bomberos dirigiéndonos fuera del edificio y hacia el parque en contra esquina del edificio.

Noté a Esther mirando de lado a lado. —¿Ya encontraste a Eric? —pregunté.

Ella inclinó su cabeza hacia uno de los muchos camiones de bomberos estacionados. —Ese es el de su unidad —dijo, sacando su móvil—. Deja le aviso que ya...

—¡Esther! —gritaron a lo lejos.

Ella alzó la mirada y corrió en esa dirección. Suspiré y la seguí hasta un grupo de bomberos que miraba arriba.

Mi piel se erizó al ver el humo salir de una ventana a lo alto. No imaginé que se tratara de un incendio tan grande.

—Le diremos que estás bien —dijo un bombero antes de quitarle la mano del hombro a Esther.

—¿Eric? —pregunté.

—Estaba en el primer grupo que subió —dijo Esther, cruzándose de brazos y caminando junto conmigo en dirección al parque—. Le avisarán que ya no estoy adentro.

—¡Gina! —gritaron. Giré y miré a mis alrededores sin encontrar a nadie. Di otro vistazo hacia arriba y parecía que la columna de humo saliendo de la ventana se volvía más negra y más densa.

Esther rio. —Mira —dijo. Al ver hacia enfrente no pude evitar sonreír cuando Víctor se acercaba a nosotras.

—Dios mío, gracias —dije para mí misma.

—¿Me dirás qué fue lo que pasó entre ustedes hace rato? —preguntó Esther.

Él llegó antes de que pudiera contestarle. —Están aquí —dijo con aliento entrecortado.

Asentí. —Salimos en cuanto vimos el humo en nuestro piso.

—Menos mal —dijo, esforzando una sonrisa—. Solo quería asegurarme que estuvieras bien.

—Estoy bien —dije, mirando a sus ojos.

Su mirada tenía algo de tristeza y preocupación mezclada con la misma ira de hace rato. Las cosas no habían cambiado solo porque las oficinas estuvieran quemándose.

—Escucha —dijo, mirando hacia abajo y poniéndose las manos en la cadera—. Si necesitas puedo ir yo al juzgado más tarde y pedir una prórroga para...

—No te preocupes —le mostré mi portátil—. Tengo todo lo que necesito aquí, y ya estoy lista para esa audiencia.

—Pero tu oficina...

—Dije —le miré a los ojos e hice mi mejor esfuerzo en dejarle ver que no estaba bromeando —, que ya estoy lista para la audiencia. Quien no debe estar ahí eres tú.

Su rostro regresó a una seriedad enojada. —¿Disculpa?

—Yo soy la abogada de Julius —di un paso hacia atrás—. Tú no.

—¿Así que no solo vas a arrebatarle mi compañía también vas a sabotear...?

—¿Qué clase de abogada crees que soy? —le grité— Julius es mi cliente, y tengo una responsabilidad hacia él para representarlo de la mejor manera que mis capacidades me lo

permitan, y es insultante que me acuses de...

—¿De verdad? —interrumpió— ¿Y qué sucedió conmigo? Yo también era tu cliente y mira cómo me jodiste.

Respiré profundo, apreté mis labios, cerré mis ojos un momento y cuando los abrí le vi a los suyos. —Tú no eras mi cliente —le dije a regañadientes—. JetHouse era mi cliente y cumplí con mi trabajo.

—Yo no creo que...

—Señor Haumann —dijo un hombre detrás de mí. Cuando giré vi al señor Vang pasar a mi lado y colocarse entre Víctor y yo—. Ponga atención pues solo diré esto una sola vez —dijo de forma lenta y clara sin bajar la mirada—: no vuelva a molestar a un miembro de mi bufete. Por favor retírese.

Víctor me miró a los ojos, asintió, dio la vuelta y se alejó caminando.

Un par de manos cogieron mis hombros por atrás. Vi de reojo que se trataba de Esther.

—¿Estás bien?

—No —dije, negando con la cabeza—, pero...

Una explosión arriba de mí frenó todos mis pensamientos. Cubrí mis oídos a modo de reflejo y agaché la cabeza.

Miré hacia arriba y había llamas rojas y amarillas asomándose por las ventanas. Todas las ventanas arriba, abajo y a los lados de donde salía el fuego estaban rotas, y una gigantesca bola de humo se elevaba por la columna que había estado saliendo.

—Dios mío —dijeron a mi lado.

Miré a Esther y ella cubría su boca. Sus ojos estaban por salirse de sus cuencas y dejaban salir un río de lágrimas.

—Esther —le puse una mano en el hombro.

—¿Está bien? —preguntó Beatriz.

—Eric estaba allá arriba —le dije sin quitar la mirada del fuego—. Fue de los primeros...

Esther corrió. La seguí con la mirada unos instantes antes de correr tras ella. No tenía que apurarme pues estaba segura de hacia dónde se dirigía. A mi alrededor la gente miraba horrorizada cómo su lugar de trabajo ardía y ni siquiera se molestaban cuando las chocaba por accidente al tratar de pasar junto a ellos.

Cuando alcancé a Esther estaba siendo detenida por dos bomberos para evitar que se acercara a quienes supuse eran los que estaban a cargo.

—¿¿Dónde está?! —gritó

—¿Esther, tranquilízate! —le contestó uno de ellos.

—¿¿Cómo quieres que me tranquilice?! —Esther trató de liberarse de su agarre, pero ellos no la soltaron— ¿¿Dónde está Eric?!

Me detuve cerca de ella y miré a los comandantes. Podía ver la preocupación en sus rostros, y cuando vi un par de ambulancias girar en la esquina y llegar a toda velocidad frente al vestíbulo mi estómago se retorció.

—¡Vamos saliendo! —escuché que dijeron por la radio de los bomberos— ¡Dos hombres heridos! ¡Tengan las ambulancias listas!

—¡Por favor! —gritó Esther aferrándose a uno de los bomberos y mirándolo a la cara— ¡Dime si Eric está...!

—¡Vienen saliendo! —el comandante gritó.

Miramos a un grupo de bomberos salir cargando a los hombres heridos. Esther y yo nos

movimos para ver mejor a quienes habían logrado salir.

—¿Lo ves? —le pregunté.

—No —dijo sollozando—, no lo...

Uno de los bomberos que salió dejó caer su casco y apoyó en el cofre de una patrulla para poder recuperar su aliento. Gritó tan fuerte que todos giraron a verlo. Aquel bombero cogió su casco y lo estrelló una y otra vez contra la patrulla hasta que uno de los comandantes se acercó y le puso una mano en el hombro.

Él miró en nuestra dirección, y lo reconocí como uno de los compañeros de la unidad de Eric. En algún momento me lo presentaron. Su rostro era angustia pura, y cuando miré a Esther supe lo que esa expresión significaba.

Ella cubrió su boca y negó con la cabeza. —No —dijo.

Volví a ver a aquel bombero. Ya se había incorporado y caminaba despacio hacia nosotros.

—No —dijo Esther, negando más rápido con la cabeza— No, no, no.

Me acerqué a ella y puse mis manos en sus hombros cuando el bombero se detuvo ante nosotras.

—No —Esther sollozó.

—Eric... —él bajó la cabeza—. Él...

—¡No!

## Capítulo 25.

*Victor*

“*Maldita sea,*” pensé al apagar el coche. Pegué mi frente al volante, cerré mis ojos con todas mis fuerzas y apreté tanto mi mandíbula que creí que rompería mis dientes.

Respiré profundo, pero aquello solo pareció avivar la furia dentro de mí.

—¡Maldita sea! —grité al estrellar mi mano abierta contra el tablero del coche. No pensé en darle otros dos manotazos con todas mis fuerzas.

Golpearon en la ventana del conductor. Al ver en esa dirección Leonel me miraba preocupado y Calista estaba de pie a unos metros detrás de él.

Mi amigo miró a mis ojos y supe que entendió lo que me estaba pasando. Abrió la puerta del coche y yo saqué las piernas sin levantarme del asiento. Apoyé mis codos en las rodillas y dejé los brazos colgando sobre mis muslos interiores.

—Ya fuiste a hablar con Gina —dijo Leonel, poniéndose en cuclillas frente a mí.

—Sí —dije.

Él suspiró. —¿Estaba consciente de lo que hizo o también la engañó Nico?

Reí. —¿Acaso importa?

—Claro que importa —dijo Calista, apoyándose de espaldas a mi lado—. No estamos ciegos, todos veíamos cuánto te quería.

—Sí, claro.

—Oye —Calista puso su mano en mi hombro—. Si no lo hubiera notado, me habría importado un comino y te hubiera seducido como siempre lo he hecho cuando nos topamos en los torneos.

La miré y ambos nos soltamos riendo. —No hemos estado juntos porque yo no he querido, hermosa.

Calista palmó mi hombro. —Sigue diciéndote eso, cariño —dijo—. Ya hablando en serio, yo no te habría podido seducir ni con mi vestido rosa ajustado y mi perfume mágico. Lo suyo no fue...

—¡Nos engañó a todos! —dije—. Y se supone que debemos ser buenos para detectar cuando alguien trata de engañarnos —miré a Calista y a Leonel— No quiero hablar de esto. Solo quiero coger mis cosas y largarme de esta puñetera ciudad.

—¿Qué hay del torneo? —preguntó Leonel cuando me puse de pie.

—Al diablo el torneo —dije, entregándole las llaves a Calista—. Toma, regrésaselas al pobre idiota que te lo prestó.

—¿A dónde mierda crees que vas? —preguntó Calista, apurándose para seguirme el paso.

—¿No me oíste? —dije sin quitar la mirada hacia enfrente.

—Vic —dijo Leonel.

—Compraré un puto jet privado si es necesario.

—No puedes irte —dijo Calista—. Ya pagaste la entrada.

—Me importa una mierda.



—Vale, detente ahora mismo —Calista se detuvo frente a mí, obligándome a detenerme—. Este no es el Víctor que yo conozco. El Víctor Haumann que yo conozco le importa una mierda si es el líder de fichas o si estás al borde de la eliminación. Víctor Haumann no se rinde nunca. O gana o aprende para ganar la próxima vez.

—Eso es en las mesas —apunté mi mano abierta hacia el interior del casino—. En la vida real...

—¡Tú mismo me has dicho que las reglas son iguales en la vida real! —gritó— Joder, hombre, usaste las ganancias de tres torneos de póker para convertirlas en una página de apuestas porque las que existen te parecen aburridas. ¿Quién mierda hace eso? —empujó su dedo índice contra mi pecho— Víctor Haumann hace eso.

—Nico también...

—¡Que se joda Nico! —dijo, luego miró a Leonel— Lo siento, bebé, sé que están saliendo, pero...

—No, concuerdo contigo —dijo, negando con la cabeza—. Que se joda.

—Nico es un tiburón de Wall Street, pero no tiene la imaginación que tienes tú —dijo Calista—. ¡A él nunca se le hubiera ocurrido hacer una página de apuestas! Supo sacarle provecho, sí, pero no hay ningún universo posible en el que ese idiota se le hubiera ocurrido la idea de JetHouse sin ti.

Sonreí por un momento. —Y mira lo que hizo —dije—. Sabes, cuando me asocié con él todos me decían que no era de fiar, que solo veía por su propia conveniencia —miré hacia abajo—. Pero lo defendí, y mira cómo me pagó.

—No tienes la culpa —dijo Calista—. Él es el hijo de puta que se aprovechó de tu confianza. Tú quisiste ver lo mejor de él. Es algo que adoro de ti: siempre le ves lo bueno a la gente.

—Y mira lo que me conseguí —suspiré—. Ve lo que conseguí con darle mi confianza a alguien.

Caminé hacia el ascensor, pero podía sentir a Calista y Leonel siguiéndome por atrás. Cuando pulsé el botón apoyé mi hombro contra la pared y los miré. —Nico solo quería mi confianza para darle buena imagen a un negocio antes de venderlo —miré a Calista—. Tú quieres mi confianza porque es tu trabajo.

¡Qué rápido cambió ese rostro compasivo a uno explosivo!

—Fingiré que no escuché semejante estupidez —dijo cruzándose de brazos.

—Y ve lo que hizo Gina con la confianza que le di —dije cuando se abrieron las puertas del ascensor—. Consiguió que le diera poder sobre mi compañía y...

—Vale, ya basta —dijo Leonel, empujándome contra la pared—. Mírame: confías en mí, ¿no es así? ¿Quiero algo de ti? No te alagues pensando que espero el día en que pueda follarte. Te tengo noticias, bebé: no eres mi tipo.

Nos miramos a los ojos por unos instantes antes de soltarnos a carcajadas.

—¿De verdad? —le pregunté— Siempre pensé que guardabas alguna fantasía con mi hermoso trasero.

—Vamos, bebé —dijo Calista sonriendo—, ¿cuántas veces no nos emborrachamos juntos? Aunque no lo creas, no me pongo ebria con cualquiera. Sí, la gente puede ser una mierda, pero tú eres prueba de que no siempre es así. Podrás ser un idiota, eso sí, pero no una mierda de persona.

—Gracias, creo.

—Si solo quisiera una buena historia qué reportar de ti solo te hablaría cuando tuviera a mi camarógrafo cerca —dijo Calista antes de mirar a su alrededor— ¿Ves alguno cerca? Vamos,

cariño, cuando ganaste tu primera pulsera de Serie Mundial pudiste haber sido entrevistado por cualquiera, pero le dijiste en su cara al anfitrión del torneo que solo serías entrevistado por mí. Tú fuiste el primero que creyó en mí, y eso no lo olvido.

—Acabábamos de follar en el camarote de tu jefe, hermosa —dije entre risas—. Era lo menos que podía hacer.

Calista soltó una carcajada. —Y gracias a ti ese camarote ahora es mío —me cogió la mano y acarició mi mejilla—. Eso jamás lo voy a olvidar.

Sonreí y abracé a los dos idiotas que me acompañaban. Miré el número encima de la puerta del ascensor y todavía decía el “PB” de Planta Baja. Al ver el tablero de los botones con los números de pisos no pude evitar carcajearme.

—¿Qué es tan...? —preguntó Leonel.

—No pulsé el botón de mi piso —dije entre risas, apuntando al tablero.

—¡Serás idiota! —dijo Calista, riendo y apoyando su hombro contra el mío al ponerse a mi lado contra la pared del ascensor.

Leonel presionó el botón de mi piso, cruzó sus manos y apoyó su espalda en el muro a nuestro lado. —¿Y qué vas a hacer? —bajó la mirada— No me digas que dejarás que Nico se salga con la suya.

Respiré profundo. —Nico ya ganó, viejo —dije—. Sí, cometió fraude, pero, si peleo la validez del contrato que firmó, por ley los bienes de la compañía quedarán suspendidos y afectaré a todos los empleados de JetHouse. Quiero joderlo a él, no a mis empleados ni a sus familias.

—¿Y si Summit Entertainment los despide?

—Al menos recibirán una compensación —dije, negando con la cabeza.

—¿Entonces ya está? —preguntó Calista.

Respiré profundo. —Necesito pensar —dije, luego miré mi reflejo en el metal pulido de la puerta—, pero eso sí: espero topármelo en el torneo.

—¿Entonces no te irás? —preguntó Calista emocionada.

Sonreí y la miré. —¿Cómo podría? —le acaricé el rostro— Le debo a mi reportera favorita una entrevista con el rostro del torneo, ¿no?

Calista rio y mordió su labio inferior. —Más te vale, Vic.

—Además necesito asegurarme que Julius esté bien atendido —palmé mis pantalones y me aseguré que trajera mi móvil en los bolsillos—. Y Leonel —miré a mi amigo—, ¿desde cuándo tú y Nico...?

—¡De verdad que Gina tenía monopolizada tu atención! —dijo riendo— En otras ocasiones te habrías dado cuenta al día siguiente de habernos acostado.

—¿Pero por qué Nico, cariño? —preguntó Calista— Está guapo, pero es un imbécil de la más alta categoría.

—Yo culpo al tequila que sirven en el bar —dijo Leonel, y todos nos reímos—. Algo tiene, no es alcohol normal.

—Alcohol —miré hacia arriba—. ¿Es muy temprano para tomar?

—No es ni medio día —dijo Leonel.

—Pero es de noche en algún lugar del mundo —dijo Calista.

—Podríamos pedir mimosas —dije entre risas—. Nunca las he probado.

—¿De verdad vas a emborracharte? —preguntó Calista— ¿No se supone que tienes una audiencia más tarde?

—Ya no —dije, negando con la cabeza—. Gina me dejó bien claro que no puede...

Leonel dejó salir una risita. —Bueno, al menos el karma nos hace justicia —giré a verlo y me mostró su móvil—. Se quemó el bufete donde trabaja Gina.

—Sí —miré de reojo el encabezado—. Estaba ahí cuando se empezó a quemar. De seguro fue un fuego eléctri...

Leí un par de líneas de la noticia donde mencionaban que el incendio había cobrado la vida de un bombero.

—¿Qué pasa? —preguntó Calista.

Le arrebaté el móvil a Leonel y leí bien la nota. Quedé boquiabierto al leer el nombre del bombero que había muerto.

Era Eric.

Fue como si un ariete golpeara mi estómago. —Creo que sí necesito ir a esa audiencia después de todo —dije.

## Capítulo 26.

*Gina*

—Pasa, hija —dijo mi madre al abrir la puerta de su casa.

Era de noche y ambas estábamos agotadas tras pasar todo el día en el hospital con el hermano de Eric, y más tarde con su madre. Encontré curioso que Esther fuera quien más pareciera devastada con su muerte. Quizá ya se habían hecho a la idea de que un día recibirían esa llamada.

—Gracias, Mariana —dijo Esther con una sonrisa agotada. Pobre, tenía sus ojos rojos e hinchados de tanto llorar—. Le juro que solo será esta...

—Nada de eso, querida —dijo mi madre al abrazarla—. Quédate con nosotras el tiempo que quieras.

—Es solo que... —Esther sollozó— No puedo quedarme en nuestro apartamento esta noche... Yo, sola... No, no puedo...

—El tiempo que necesites —le dije al poner mi mano en su hombro—. Espero haber elegido la ropa correcta cuando fui por tu ropa.

Esther rio y palmó la maleta que sostenía. —Conociendo tu estilo de la moda tendré que ser algo creativa.

Las tres reímos.

—Tengo puesta la tetera —dijo mi madre—, ¿quieres un café o un té?

—Mariana, si tomo uno de sus cafés en este momento me dará un infarto —dijo Esther entre risas—. Solo quiero irme a acostar y llorar hasta quedarme dormida.

—¿Segura? —dije— Podemos...

—Vale, querida —dijo mi madre antes de darle otro abrazo—. No importa la hora, tú llámanos si necesitas algo.

Mi madre y yo la vimos subir las escaleras y dirigirse al cuarto de huéspedes donde se ha hospedado tantas veces tras una fiesta o por no querer quedarse sola cuando Eric estuviera trabajando.

—Lo siento tanto por ella —dijo mi madre, cruzándose de brazos.

—Fue horrible, mamá —puse mis manos en mi cabeza y caminé hacia el sillón—. Te juro que jamás imaginé que algo así pudiera pasarnos.

—Hija, nadie se imagina que le pasará algo terrible —ella se sentó en el otro sillón y hasta entonces notamos el silbido de la tetera—. ¿Quieres un café?

—No, mamá —dije entre risas—. Quiero dormir esta noche. No entiendo cómo puedes tomar esa cosa y todavía dormir como piedra.

—Te acostumbras —dijo al ponerse de pie.

—Pero sí te acepto un vaso con whisky o cualquier alcohol que haya en la casa.

—No he comprado —dijo al caminar a la cocina—. Te traeré un té de manzanilla.

—Vale —susurré. Era probable que no me hubiera escuchado.

Eché mi cuerpo hacia atrás, miré al techo de la casa y suspiré. “*Joder, qué día.*”

Saqué el móvil y vi que tenía un par de mensajes de Víctor.

—Te conseguí una prórroga ante el juez por la contrademanda —decía el mensaje—. Valentina no se opuso y el juez la aceptó. Debes tener en tu correo la notificación de los juzgados.

Respiré profundo y puse mi móvil contra el pecho un instante antes de leer su siguiente mensaje.

—Avísame si necesitas otra cosa, y dile a Esther que lamentó mucho lo que pasó.

—Gracias —escribí, pero me detuve. Quería decirle tantas cosas más, preguntarle muchas cosas. Mierda, quería llamarle y encontrar la manera de volver a como estábamos antes.

“*Quizá estábamos rotos desde un principio,*” pensé antes de enviar el mensaje y bloquear el móvil.

—¿Y Víctor? —preguntó mi madre desde la cocina.

—¿Qué? —cerré mis ojos.

—Víctor, el tipo que sorprendí desnudo en nuestra ducha —dijo mi madre al entrar a la sala sosteniendo dos tazas humeantes y dejarlas la mía en la mesita—. Me dio la impresión que había algo entre ustedes.

—Sí, lo había.

—¿Y dónde está? —mi mamá se sentó luego de dar un sorbo a su café— Cuando algo así sucede esperarías que el novio de mi hija estuviera aquí atento a lo que pudiera necesitar.

Sonreí y resoplé mientras veía la pantalla apagada de mi móvil. —Un buen novio haría eso, ¿no? —dije al dejar el móvil en la mesita.

Mi madre dejó el café en la mesita de la sala. —¿Pasó algo entre ustedes dos?

Suspiré y cogí mi taza. —Lo de siempre, madre —miré la bolsita del té flotando en la superficie de mi bebida—. Mi puto trabajo se metió en mi relación y lo jodió.

—¿De verdad?

No supe si se trataba de una burla o algo así. La miré confundida y ella solo tomó de su taza con toda la tranquilidad del mundo.

—Sí, mamá —dije sin esconder mi fastidio—, ¿por qué lo dices?

Ella encogió sus hombros. —Es solo que Víctor no me parecía el tipo de hombre que dejaría que eso le molestara.

Me quedé callada unos instantes. —No —dije—, no lo es.

Mi madre asintió y guardó silencio unos momentos. —Lástima —dijo—. Me gustaba para ti, Gina.

Solté una carcajada. —¿Qué? ¿Acabas de aprobar de un chico con el que salía?

—Era mil veces mejor que ese mequetrefe Elías que te engatusó a vivir con él y te ilusionó solo para terminar engañándote —dijo mi mamá sin quitar su mirada de su café—. Víctor era un idiota irreverente, pero me daba la impresión que podías saber la situación que tenías con él. No me parecía del tipo que engaña.

Sonreí al recordar la tranquilidad que me daba la forma en que me miraba y trataba aun teniendo a una mujer tan atractiva como esa tal Calista cerca.

—No —dije—, no lo es.

—¿Entonces cómo se metió tu trabajo esta vez en tu relación, hija?

—A ver— dejé mi taza en la mesita—, ¿qué está pasando? ¿Estás...? ¡Estoy haciendo lo que siempre me pediste!

Mi madre no pareció afectada por mis palabras. Se limitó a darle un largo sorbo a su café.

—Estoy poniendo mi carrera por encima de cualquier relación —dije—. Necesitaba

demostrar a mis jefes que podía traer a la firma clientes grandes, y lo hice cuando convencí a Víctor de permitirnos representar a su compañía —mi mamá dejó su taza en la mesa y puso sus manos sobre sus piernas—. Yo no tengo la culpa de que su socio haya sido un hijo de puta que lo engañó. ¡Yo solo hice mi trabajo! No tenía ninguna obligación de alertarle ni de decirle nada. Yo solo...

—¿A quién estás tratando de convencer, Gina? —preguntó mi mamá— ¿A mí o a ti misma? Me quedé boquiabierta. —¿Cómo? Yo...

Mi madre soltó una carcajada. —Ese hombre tuvo los cojones para presentarse conmigo cubriéndose con una toalla de mano sus partes privadas, y luego de vestirse se puso entre nosotras en plena discusión para ofrecerse a hacernos desayuno.

Solté una carcajada. —Por cierto, no me gustó —dije.

—¡Cocina horrible! No deberían permitirle a ese hombre acercarse a un fogón —dijo mi madre entre risas, y ambas nos carcajamos unos momentos—, pero la intención es lo que cuenta.

—Creo que su intención era intoxicarnos —dije.

Ambas dejamos de reírnos tras unos segundos. Tomamos nuestras tazas y dimos un trago en perfecta sincronía.

—¿Y valió la pena? —preguntó mi madre.

—¿Qué?

—Haber alejado a Víctor.

Respiré profundo. —Sí —dije sin estar nada convencida—. Beatriz me aseguró que seré socia en la siguiente reunión.

—Vas a tener lo que siempre has querido —dijo mi mamá—. Pronto podrás irte de mi casa.

—¿Estás corriéndome?

—Si dependiera de mí no te irías de aquí nunca —quedé anonadada—. No me mires así, sabes bien que luego de que el inútil de tu padre nos dejó a nuestra suerte tuve que sacarnos a las dos adelante.

—Y siempre me dijiste que tuviera mis propias metas que no dependieran de un hombre.

—Y lo sostengo —dijo mi madre—, pero es una vida muy solitaria. ¿Sabes por qué me quedo a trabajar tarde en la oficina? No es porque tenga mucho por hacer, tengo gerentes competentes en cada papelería que se encargan de todo el negocio. Me quedo porque hay días en que no me apetece regresar a una casa vacía.

—Consigue un novio, mamá —dije, y cuando me lanzó esa mirada de desaprobación suya cerré mis ojos—. Dios, no puedo creer que te haya dicho eso.

—¿Crees que no los he tenido? —preguntó— Ay, querida, si supieras los hombres que me he...

—¡Mamá! —grité y me carcajeé— Por favor, no puedo tener esta conversación contigo estando sobria.

—Escucha a tu madre, ¿sí? —abrí los ojos y la miré sonriendo— No tienes que sacrificar tus sueños y metas por nadie. Es posible encontrar a alguien con quien puedas tenerlo todo. Ser exitosa y tener una relación perfecta no son objetivos opuestos.

—A veces así parece, mamá —dije.

—Mira —mi madre pasó de su sillón al mío—. Si no se pudo con Víctor, no se pudo. Si de verdad no tiene salvación entonces no la tiene y ya. Pero por lo menos viste que es posible tenerlo todo, y eso es algo a lo que vale la pena aspirar.

—Mamá...

—¿O acaso te gustaría tener mi edad y quedarte a trabajar tarde con tal de no regresar a una casa sola?

Respiré profundo. —Depende —dije con una sonrisa—, si tengo a una hija que me quiera como yo te quiero a ti...

Creo que aquella fue la primera vez en muchos años que veo a mi madre al borde de las lágrimas. Nos abrazamos, cerré mis ojos y dejé que las lágrimas escaparan sin resistencia alguna.

—¿Estás segura de que no puede rescatarse tu relación con ese tipo? —preguntó mi madre.

Suspiré. —No, mamá —dije—. No creo.

—Al menos no tendremos que probar sus horrendos panqueques de nuevo.

—¡Ay, mamá!

## Capítulo 27.

*Gina*

—¿Estás segura de que no quieres que le llame a tu familia? —le pregunté a Esther cuando entramos al nuevo edificio donde mudarían al bufete.

Ella soltó una carcajada. —¡Por supuesto que no! —dijo— En cuanto se enteren de que algo malo me sucedió vamos a tener a la mitad del pueblo de Santa Rita de los Arcángeles en la ciudad y entrometiéndose en todo lo que puedan.

Reí. —Son tu familia.

—Lo sé, y los amo, pero... —ella suspiró—. No, tengo bastante con qué tratar como para tener que tratar con mi familia.

—Como gustes —dije cuando entré al ascensor.

—Por cierto —dijo Esther al detenerse a mi lado—, recibiste un correo electrónico de Valentina con una oferta para Julius.

Miré a Esther. —Te dejé acompañarme, pero eso no significa que todavía debas trabajar.

—¡No es problema! —dijo— Me mantiene ocupada. Te juró que prefiero leer y contestar correos electrónicos y mantenerte organizada a pasar más tiempo recordando a...

Su voz se quebró un poco. Agachó la cabeza, respiró profundo y cerró fuerte sus ojos.

*“No sé cómo es que no se ha desmoronado,”* pensé.

—Vale —dije—. Pero si necesitas más tiempo...

—No lo necesito —dijo con tono serio—. Lo que necesito es que ya sea el funeral y encontrar un nuevo apartamento.

*“Tiene lógica,”* pensé, mirando los paneles negros de la mitad inferior en los muros del ascensor. *“Yo tampoco querría vivir en el mismo apartamento donde viví con mi pareja recién fallecida.”*

—Puedes quedarte conmigo el tiempo que necesites —dije—. Me gusta tenerte cerca, así le hacemos frente único a mi madre.

—¡Ah no, por eso me quiero largar de ahí! —Esther rio— Me agrada tu mamá, y no querría tener que tomar partido contra mi mejor amiga.

Ambas reímos cuando llegamos al piso correcto. Se notaba que los trabajadores apenas habían comenzado pues estaban taladrando cosas en el piso donde imaginé irían las mamparas de los cubículos.

—Puntual, como siempre —dijo Beatriz cuando giró a vernos. Ella miró de reojo a Esther y luego a mí—. No necesitabas a tu asistente para esta reunión.

—No quise dejarla sola —dije, entrecerrando los ojos.

—¿Te molestaría si hablo con tu jefa? —dijo Beatriz, sonriéndole a Esther.

Esther asintió despacio y me hizo señas que caminaría alrededor del lugar para familiarizarse con él. Su expresión mostraba la misma confusión que yo tuve. Beatriz jamás siquiera le había dirigido la palabra, mucho menos tratarla con amabilidad.

Seguí a Beatriz hasta una oficina en la esquina del piso. Ella sostuvo la puerta abierta mientras



yo pasaba.

Quedé boquiabierta con la vista.

—¿Estás presumiendo tu nueva oficina? —pregunté a Beatriz.

—Estoy mostrándote tu nueva oficina, *socia*.

Giré a verla despacio. —Di eso otra vez.

—*Socia* —dijo Beatriz con la sonrisa más grande que le había conocido—. Felicidades, Gina.

—¡Hostia! —grité y puse mis manos detrás de mi cabeza— ¿No es broma?

—¿Parece que estoy bromeando, niña? —dijo Beatriz entre risas, caminando junto a la ventana.

—¡Esta oficina es más grande que la tuya!

—Deberías ver la mía en el siguiente piso —dijo Beatriz—. La tengo justo a un lado de Dóminik.

—Al menos algo bueno salió de ese incendio —miré hacia afuera y suspiré—. El alquiler de este lugar debe ser descomunal comparada con...

—A decir verdad, es toda una ganga —dijo Beatriz al girar hacia mí y ofrecerme su mano a estrechar—. Ya deberías tener en tu correo electrónico la oferta que te hicimos y...

—¡Gina! —gritaron afuera de la oficina, y en segundos entró Esther con su móvil en sus manos— ¡Te llegó una oferta para ser...!

—¡Socia, lo sé! —grité, y ambas nos abrazamos.

—¿Esta será tu oficina? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Ajá.

—¡Genial! —dijo, asintiendo, luego caminó hacia la puerta— Tengo que ir visualizando mi nuevo lugar de trabajo.

—Gina —llamó Beatriz. La seguí con la mirada mientras iba a cerrar la puerta tras la salida de Esther—. Necesitamos hablar.

—Claro —dije, asintiendo—. Estoy segura de que la oferta es justa, pero necesito leerla antes de...

—Hay algo que necesitamos que hagas —dijo, mirándome a los ojos.

—Lo que sea —dije sonriendo—, *socia*.

—Acusaron a Heriberto Cabral de homicidio involuntario —dijo Beatriz.

Reconocí ese nombre de inmediato, y respiré profundo. —Es el dueño de las oficinas que se quemaron —dije, asintiendo—. Bien, el hijo de puta merece ir a la cárcel por no arreglar el cableado que provocó...

—También es el dueño de este edificio —dijo Beatriz, mirando a su alrededor.

—Ahora entiendo por qué es una ganga —dije asintiendo—. Ese bastardo debe estar tratando de limpiar su conciencia.

Miré a Beatriz a los ojos y nos quedamos viéndonos unos momentos. Analicé el por qué habíamos obtenido unas oficinas nuevas en un lugar tan privilegiado del centro de negocios de la ciudad a un precio que Beatriz consideraba una ganga.

Vino a mí una posibilidad que me hizo retorcer por dentro.

Esther abrió la puerta, y borró su sonrisa al notarnos serias. —¿Qué sucede?

—Dime que no es cierto —le dije a Beatriz.

—Somos los representantes de Heriberto Cabral —dijo Beatriz.

—No —dije, negando con la cabeza—. No, dime que aún estamos a tiempo de negarnos.

Miré a Esther y al ver su rostro supe que ella había reconocido el nombre.

—¿Ya viste estas oficinas? —preguntó Beatriz— Pagaremos muy poco alquiler por lo mucho que le vamos a cobrar por representarlo.

Esther dio la vuelta y se alejó.

—Debe haber otros lugares, Beatriz —dije.

—No como este, y no a este precio.

—¿Entonces se trata de dinero?

—Se trata de negocios, Gina —dijo Beatriz—, y como socia necesitamos que tú te encargues de esto.

—¿Yo por qué?

Apuntó con su mano abierta hacia la puerta, y supe que se refería a Esther. —Porque eres quien más fue afectada por su negligencia —dijo Beatriz—. El hecho que sea representado por alguien que perdió algo en el incendio tendrá un efecto positivo ante el jurado. A la gente le gusta una buena historia de perdón y redención.

—No —negué con la cabeza—. No, que lo represente alguien más.

—Gina.

—Puedo entender que se trate de una decisión de negocios —puse mi mano abierta frente a Beatriz—, pero esto es algo personal.

—No lo hagas personal —dijo Beatriz de una manera fría que erizó mi piel—. La muerte de ese muchacho fue algo trágico, pero algo bueno puede salir de...

—¿Es en serio?! —grité— ¿Estás pidiéndome que aproveche la muerte del novio de mi mejor amiga para...?!

—¡Estoy pidiéndote ser una abogada! —dijo Beatriz— ¡Que seas la abogada que sé que puedes ser! ¡Que seas una profesional!

—¿Que yo sea profesional? —dije entre risas— ¿O que sea como tú?

Beatriz levantó la barbilla, apretó sus labios y respiró profundo. —Velo como lo quieras ver, Gina, pero esto va a pasar.

—¿Y si me niego?

Su mirada penetrante y fría me dio la respuesta: si me negaba, jamás sería una socia... Caray, si me negaba seguro me despedían.

—Es un momento emocional para ti, Gina —dijo Beatriz, caminando hacia mí y poniéndome su mano en mi hombro—. Piensa un poco. No quisiera darme cuenta de que desperdicié estos últimos años preparándote.

Beatriz se fue y yo miré fuera de la ventana. Mordí mi labio por dentro y respiré profundo tratando de ahogar la indignación y la ira. El enojo no era del todo para Beatriz, parte de él era hacia mí por siquiera considerarlo.

Era mi carrera, después de todo.

—Dime que no lo harás —preguntaron detrás de mí. Cerré mis ojos al girar en aquella dirección y cuando los abrí encontré a Esther de brazos cruzados mirándome con una mezcla de enojo y decepción que me atravesó el corazón.

—No tengo opción —dije resignada.

Esther resopló y caminó dentro de la oficina vacía. —Eres una gran abogada, Gina —miró fuera de la ventana—. Te he visto ganar casos o conseguir acuerdos que ningún otro abogado habría obtenido —giró a verme con una sonrisa forzada—. Una vez te dije que no le habías dejado elección a un tipo, ¿y sabes qué me dijiste?

Suspiré. —Que siempre hay una elección, pero a él no le gustaron las consecuencias de hacer

la que no nos convenía.

Esther se encogió de hombros y asintió. —Aquí es lo mismo —dijo Esther—. Recuerdo que le preguntaste a Víctor qué clase de abogada creía que eras. Bueno, te lo pregunto a ti: ¿qué clase de abogada eres?

—Esther...

Ella negó con la cabeza y se fue de la oficina. Traté de cogerle del brazo, pero fue muy rápida.

Puse mis manos en las caderas y suspiré al mirar el espacio donde imaginé mi escritorio. Habría sido de vidrio y acero, moderno, y tendría un mueble largo detrás de mí donde colocaría fotos y recuerdos de las muchas cosas que soñaba con hacer una vez que tuviera el tiempo y dinero para hacerlas.

Me vi a mí misma sentada en ese escritorio, atenta a un documento importante, con un traje hecho a la medida y con un porte que irradiaba confianza, elegancia y respeto.

*“Respeto,”* pensé. *“¿Serías una abogada respetable? ¿Serías alguien capaz de...?”*

Una lágrima escapó de mis ojos, y sonreí al darme cuenta de que imaginé a Víctor en la entrada de la oficina, sonriendo, desvistiéndome con la mirada de aquella forma que sabía podía volverme loca en instantes.

Sacudí mi cabeza y cerré mis ojos.

—¿Qué tipo de abogada soy? —pregunté.

## Capítulo 28.

*Victor*

—Ganan dos pares, ases y nueves —dijo el crupier cuando arrojé mis cartas boca abajo hacia el pozo, indicando que cedía la mano.

—Bien jugado, hermosa —le dije a la muchacha que me había engañado con su sonrisa encantadora, pero por dentro estaba pensando cosas para nada amigables.

—Gracias, guapo —dijo con un guiño.

Sonreí y cogí mi vaso de whisky que recién me habían traído. Bebí el contenido de un trago y cubrí mi boca con el dorso de mi mano.

Vi mis fichas. No era la primera vez en mi carrera que tenía tan pocas durante un torneo. Las malas rachas le suceden a todo mundo. Pero esta racha tenía algo distinto de las demás. Antes tenía un motivo para jugar, para concentrarme, para demostrarle a todos estos chicos con quién estaban jugando.

Pero ahí sentado, aun cuando recibí un par de sotas, el primer par decente en horas, me di cuenta de que al mirar la salida del salón de eventos mis piernas ansiaban llevarme en aquella dirección tan rápido como podían.

Qué poco me había durado la motivación para jugar el torneo. Miré a mi alrededor y encontré a Leonel casi al otro lado del salón usando otra vez ese sombrero ridículo que usó en el evento.

A dos mesas de mí estaba Jessica, quien ya estaba entre los primeros lugares. Apenas llevábamos medio día jugando, pero ya había siete personas con suficientes fichas para aguantar por horas sin jugar una mano y no perder mucho con las apuestas obligadas.

Miré el tablero de posiciones, y mi pecho se incendió por dentro al ver el nombre de Nico en el primer lugar.

—Señor Haumann —llamó el crupier.

—Sí —dije entre risas, mirando las apuestas ya hechas y a los jugadores que las habían hecho.

*“Maldita sea, no puse atención cuando bajaron sus fichas,”* pensé. *“Debería elevar mi apuesta, pero no tengo la mínima idea qué tan fuerte son sus manos.”*

—Veamos un *flop* —dije, igualando la apuesta.

Las bocinas retumbaron con un zumbido rápido. —Atención, jugadores —dijo una voz femenina—, tomaremos un descanso de media hora. Crupieres, detengan el juego al terminar su mano.

—En ese caso vámonos a cenar a lo grande —dijo un chico con lentes oscuros a dos asientos de mí, empujando sus fichas hacia el centro de la mesa sin quitarme la mirada de encima—. *All-in*, campeón.

Escuché al crupier anunciar la retirada de todos los que habían apostado, y en todo ese momento no dejé de ver a ese chico. Era un creído, arrogante, el tipo de jugador que siempre era agresivo todo el tiempo, motivo por el cual tenía casi tan pocas fichas como yo.

No necesitaba ver mi mano. Mis sotas no se irían a ningún lado. Aún no había *flop*, y ese chico tenía mejor posición que yo.

“Entonces, ¿por qué no está más relajado?” pensé, notando lo tenso que estaba mientras apoyaba sus codos en la mesa.

—¡Qué valiente! —dije, cogiendo mis cartas y preparándome para verlas, pero no lo dejé de ver— ¿Tendrás ases igual que yo? ¿O reyes? —ahí, en ese momento dejó de respirar— ¿Damas?

—Paga y verás, viejo —dijo, arqueando una ceja.

Sonreí de oreja a oreja. —Tienes as y rey —dije, y al verlo supe que tenía razón—. En otra ocasión ni siquiera lo consideraría, pero —cogí mis fichas—, cuando regresemos las obligadas subirán y me meteré en aprietos. Necesito tus fichas, chico, así que veamos qué tienes —me puse de pie, giré mis cartas y le mostré mis sotas.

—¡Hostia! —dijo riendo al voltear sus cartas, mostrándome el as de tréboles y el rey de diamantes.

El crupier repartió el *flop*. Ningún as, ningún rey. Sacó la cuarta carta. Nada. Y cuando volteó la quinta mi corazón se detuvo un instante al ver una figura en la carta, pero suspiré aliviado al ver que era otra sota.

—Tenía que arriesgarme —dijo el chico, ofreciéndome su mano a estrechar tras recoger sus cosas y ponerse de pie.

—Habría hecho lo mismo —le dije, estrechándola—. Suerte, chico.

—Suerte, campeón.

“Campeón,” pensé al acomodar mis nuevas fichas. “*Estoy lejos de ser un campeón, chico.*”

Respiré profundo y miré hacia donde estaba Leonel, pero no lo encontré. Negué con la cabeza y busqué en los alrededores a Calista o a alguien de la televisión. En cuanto vi las luces de una cámara giré y caminé en la dirección opuesta.

“*Me iré a mi habitación,*” pensé al salir del salón. “*Necesito...*”

—¡Vic! —gritaron a lo lejos.

—Maldita sea —murmuré—, quizá pueda fingir que no los...

—¡Eh, Vic!

“*Esa voz,*” di la vuelta y quedé estupefacto al ver a Julius de pie junto a su chica e hija.

—¡¿Cómo, mierda?! —grité sonriendo al acercarme a él.

—¡Eh! —me apuntó al rostro— Cuida ese lenguaje frente a mi hija.

—Mi error, viejo —dije al mirar a la pequeña Dora, que parecía estar más interesada en las luces de las máquinas del casino que en cualquier palabra altisonante que pudiera aprender del tío Víctor.

—¿Qué te está pasando, viejo? —preguntó.

—¿De qué hablas?

—¡No veo tu nombre ahí! —dijo, apuntando a una pantalla donde estaban en orden de mayor a menor los líderes del torneo.

—Julius, el torneo recién empezó —dije, dando un paso hacia atrás y mirándolo de arriba abajo, y ahí es cuando noté la prótesis que traía puesta—. Ya te la dieron —apunté hacia ella.

—Bebé —dijo su chica, empujando hacia él la silla de ruedas.

Julius rio y se sentó despacio. —Aún no puedo caminar —acomodó su pierna artificial encima del apoyo de la silla—, pero al menos ya puedo ponerme de pie con mucho cuidado.

Un nudo se formó en mi garganta. —No tienes idea qué tan feliz estoy por ti.

Estrechamos nuestras manos, y podía ver en sus ojos que ambos estábamos al borde de las lágrimas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Vine a apoyar a mi hermano de otra madre —dijo Julius—. Es lo menos que puedo hacer.

—¿Lo menos que puedes hacer?

Julius entrecerró sus ojos y chasqueó sus labios. —Claro —sonrió—. Tú te aferraste a que aceptara a Gina Silva como abogada —mi estómago se retorció un instante, pero al ver la cara de felicidad de Julius supe que algo bueno había pasado—. Y me consiguió un trato con la universidad que jamás imaginé.

—¿Qué consiguió?

Julius rio, pero al ver que yo no le seguía el juego dejó de hacerlo. —¿En serio no sabes?

—Digamos que la señorita Silva y yo nos ocupamos en cosas distintas estos últimos días.

—Pues tu chica se ocupó de mí como si fuera lo más importante en su vida, hermano —dijo Julius—. Consiguió que la universidad me ofreciera una cantidad equiparable a la que habría conseguido si hubiera logrado ser el jugador más valioso de la liga. Nunca tendré que preocuparme del dinero por el resto de mi vida.

Traté de fingir que aquellas noticias no me sorprendían. Yo esperaba que Gina fuera a abandonar el caso porque no me necesitaba y por lo sucedido con el novio de Esther.

Nunca había estado más feliz de haberme equivocado.

—Eso es increíble, viejo.

—Y volveré a la escuela —dijo Julius—. También ofrecieron darme una beca completa, así que terminaré mi carrera universitaria, conseguiré un buen trabajo —miró a su pequeña— y les daré una buena vida a mis chicas.

No era capaz de sonreír más. Miré hacia el pasillo que daba hacia el vestíbulo del hotel e imaginé a Gina apareciendo y sonriendo al acercarse.

Pero en lugar de eso vi a Nico hablando con algunos de los jugadores que tenían a Summit Entertainment como patrocinador, y mi sangre hirvió.

*“Fue ese desgraciado,”* pensé. *“Gina no es el tipo que jode a la gente. Si fuera así jamás habría ayudado a Julius luego de lo que pasó.”*

Nico miró en mi dirección, y cruzamos miradas por unos instantes. Cómo quise ir hacia allá y borrarle esa mueca de un puñetazo, pero había una mejor manera para hacerlo.

—Me da gusto que estés bien, hermano —le dije a Julius sin dejar de ver a Nico—, ¿vendrás a verme cuando esté en la mesa final?

Julius rio. —Ahí está el tiburón del que mi hermana no paraba de hablar.

Suspiré. —No debí tratar a tu hermana como la traté —dije, mirándolo y ofreciéndole mi mano a estrechar—. Nunca le pude pedir perdón, así que te lo pido a ti.

Julius me miró de arriba abajo antes de cogerme la mano. —Está en el pasado, viejo.

Asentí. —Debo regresar —dije, ampliando mi sonrisa—. Nos vemos en la mesa final.

—Espero verte ahí, viejo.

Giré y regresé a mi mesa sonriendo. Tenía menos peso en mis hombros, mi corazón palpitaba fuerte, pero animado y habría jurado que respiraba con mayor facilidad.

Cuando regresé a la mesa el crupier ya repartía las cartas. Miré hacia el techo del salón, suspiré y miré a mi alrededor.

Cuando me senté noté a las nuevas personas que llegaron a los asientos vacíos de jugadores ya eliminados. Aun con la mano pasada todavía tenía muy pocas fichas. Tendría que arriesgarlo todo varias veces para poder alcanzar a Nico y a los líderes.

—Ya se acabó el calentamiento, chicos —dije con una sonrisa, deslizando una pila de fichas al centro de la mesa, apostando sin antes ver mis cartas—. ¿Qué están esperando? Juguemos.

## Capítulo 29.

*Gina*

—¿En serio? —dije al móvil cuando entré al salón de eventos. Lo habían adaptado con gradas alrededor de una mesa rodeada de anuncios de patrocinadores y logotipos de póker de algún tipo.

—¡Sí, es la suegra más linda! —dijo Esther con voz chillona— Llevamos todo el día viendo fotos de Eric y no nos decidimos cuál usar en el fu...

Su voz se quebró un poco. Me detuve e hice a un lado para permitir a la gente detrás de mí pasar sin problemas.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —pregunté.

Esther respiró profundo. —Estoy segura, Gina —dijo—. Ve a hacer lo que tienes que hacer.

—Tengo miedo —dije sonriendo, mirando de reojo a la mesa desde los peldaños hacia las gradas.

—¿De qué? —dijo Esther— Es Víctor.

—Por eso —dije entre risas.

—Estarás bien —dijo Esther, luego escuché un murmullo en el fondo—. Debo irme. Ya llegó el hermano de Eric.

—Vale.

Cuando miré el perfil de Víctor mientras se apoyaba hacia atrás en su silla y sonriendo solo pude concentrarme en él. Tenía una montaña de fichas a su lado, igual que Nico. El tercer jugador era una chica sentada dándome la espalda y tenía muchas menos fichas que los otros dos.

Subí a las gradas y vi a Beatriz junto a unos tipos con trajes. Sin duda eran nuestros contactos con Summit Entertainment.

La gente aplaudió, y al ver la mesa reconocí a la chica que abofeteó a Víctor. Se puso de pie y caminó hacia él. Víctor se levantó y abrió sus brazos ofreciéndole un abrazo, y ella sonrió y lo aceptó.

“*Parece que quedó fuera,*” pensé al verla saludar al público, luego vi a Nico sentado cruzando la mesa de Víctor. La mueca de ambos desapareció en cuanto se miraron. Eran los últimos jugadores.

—Jessica Pantoja queda en tercer lugar —anunciaron por altavoz.

Víctor giró y nos miramos. No sonrió, solo me observó. Le saludé rápido con la mano yforcé una sonrisa que solo aumentó mis nervios de verlo.

“*Tengo que hacer esto,*” pensé.

—Tomaremos un descanso de media hora para preparar el enfrentamiento de Víctor Haumann y Nico Bagni —anunciaron por el altavoz—. Cuando regresemos las apuestas obligadas subirán a uno y dos millones, y determinaremos quién ganará el Primer Abierto de Póker de Ciudad del Sol.

Miré de reojo a Beatriz, y ella inclinó su cabeza hacia el asiento vacío a su lado. Respiré profundo y giré hacia la mesa de póker. Casi me da un infarto cuando al hacerlo no encontré a Víctor allá, sino a los pies de las escaleras de las gradas.

—Víc...

—Quiero hablar contigo —dijo, subiendo a la grada y cogiéndome la mano.

—Víctor —le llamo Calista, que se había acercado con un camarógrafo siguiéndola—. Necesito...

—Después, hermosa —dijo sin dejar de mirarme—. Tengo asuntos que hablar con mi abogada.

—¿Y qué le digo al productor cuando me pregunte por qué no quisiste que te entrevistara? —dijo Calista, mirándome de reojo— Va a decirme que tienes un contrato firmado.

—Puede meterse ese contrato por el culo —reí, él sonrió y giró a ver a Calista—. Cítame, palabra por palabra.

Calista rio y asintió. —Como quieras, cariño.

—No quiero meterte en problemas —dije, cogiéndole la mano.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo llevo queriendo decirle eso a los de la televisión? —Víctor miró detrás de él— Vamos a un lugar más callado.

Asentí y le seguí. No soltó mi mano en ningún momento, y mi corazón palpitaba como nunca. Se suponía que estaba ahí para arreglar las cosas con él, pero parecía que ya no estaba molesto.

Me llevó a un rincón del salón oculto detrás de un telón y algunas gradas vacías. Aún se escuchaba el bullicio de la gente, pero al menos no teníamos que gritar ni preocuparnos por ser escuchados por alguien más.

—Víctor.

—Gina.

Ambos hablamos al mismo tiempo, y cuando nos detuvimos reímos como si fuéramos adolescentes. Él apoyó su espalda en la pared y metió sus manos en su pantalón.

—Hablé con Julius —dijo.

Sonreí. —Confío en que está contento con el acuerdo al que llegamos con la universidad.

—Lo está —inclinó su cabeza hacia la mesa de póker a lo lejos—. Está allá con sus chicas.

—Qué bueno.

Él respiró profundo, bajó la cabeza un momento y luego me miró. —Gracias por cuidarlo.

—Solo hice mi trabajo —asentí y sonreí—. Necesito que sepas algo —parecía que estaba leyéndome la mente, y detonó esos mismos nervios que me provocó el día que nos conocimos en el bar—. Yo...

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo sé —sus labios dibujaron esa mueca arrogante que cada vez parecía volverme más loca.

—¿Qué es lo que sabes? —puse mis manos en las caderas.

—Lo que vas a decir.

—Y eso es...

—Que tú no tuviste nada que ver con lo de Nico —dijo, y mi corazón se detuvo un instante—. No eres el tipo de persona que haría algo así.

Sonreí como nunca. Cerré mis ojos y tuve que tragar con todas mis fuerzas para evitar llorar. —No puedes saber eso.

—Se necesita tener sangre muy fría para ayudar a Nico a joderme como lo hizo —dijo Víctor—. Una verdadera hija de perra. Pero seguiste luchando por Julius, y eso me dice que no eres una. Yo debí ver eso.

Abrí mis ojos y me acerqué a él. —¿Por qué no lo hiciste?



Él rio. —Supongo que tenía demasiado miedo a que me dejaras cuando ya no me necesitaras, igual que todos en mi vida —dijo, negando con la cabeza—. Todos en los que he confiado y amado me han dejado, y no quería que fueras otra más en la lista de personas que me habían hecho eso —encogió sus hombros—, así que al primer indicio de problemas asumí lo peor y decidí ser yo quien deje al otro.

Respiré profundo. —Sabes, toda mi vida he puesto mi trabajo por encima de todas las cosas —negué con la cabeza—, pero nunca me pregunté si el trabajo que estaba haciendo valía la pena, o si me gustaba la persona en quien me estaba convirtiendo.

—¿Y ahora lo has hecho?

—Sí —sonreí—. No puedo hacer nada para anular lo que pasó con Nico, pero sí quiero ayudarte a corregirlo.

Víctor suspiró. —No voy a hacer nada, Gina —dijo—. No quiero afectar a los trabajadores de JetHouse. Tienen trabajos, y si demando a Nico...

—No dije nada de demandarlo —saqué mi móvil y abrí la foto que tomé de los estatutos de JetHouse—. Summit Entertainment compró tu compañía, pero no tienes cláusula de no competencia.

Víctor cogió mi móvil. Leyó el documento en la pantalla y poco a poco su sonrisa se amplió. —Puedo tomar el dinero que me obligaron a recibir por mi compañía e iniciar otra —dijo.

—Lo hiciste una vez —dije—. Puedes hacerlo de nuevo, esta vez con mejores socios.

—¿Te estás ofreciendo?

Suspiré y reí. —Quizá.

—¿Qué hay de tu carrera en Vang y Asociados?

Negué con la cabeza. —No quiero ser socia en un lugar que le haría eso a las personas —dije—. No soy ese tipo de abogada... Más bien, no quiero serlo.

Víctor me ofreció mi móvil de regreso, pero cuando intenté cogerlo él no lo soltó. Tiró de él, y por consecuencia a mí hacia él. No dejamos de mirarnos a los ojos mientras colocaba su otra mano en mi cintura.

—¿Y qué es lo que quieres? —susurró.

Le miré a los labios. —Quiero... —las palabras se atascaron en el fondo de mi ser. Mi mandíbula estaba tensa, y mi lengua saboreaba el interior de mi boca detrás del labio inferior.

—¿Sí?

Reí y cerré mis ojos. —Quiero...

—Yo sé lo que quieres, nena —dijo con tono lascivo exagerado y asintiendo.

Solté una carcajada y le miré a los ojos. —¿Por qué tienes que arruin...?

Cuando sus labios se estrellaron contra los míos el tiempo se detuvo. Un relámpago impactó contra mi ser y paralizó todo pensamiento en mi cabeza y erizó cada cabello por todo mi físico. A falta del mando de mi cerebro mi cuerpo se movió por su cuenta, arrojando mis brazos alrededor del cuello de Víctor, abriendo mis labios para recibir los de él, y encontrando su lengua en el espacio entre nosotros.

Al tocarnos pareció que la conexión que habíamos gozado antes regresó con mucha mayor intensidad. Sin las dudas en nuestras cabezas causando resistencia a la corriente eléctrica entre nosotros la sincronía entre nuestros cuerpos y corazones fue perfecta.

Él sabía qué tan fuerte cogirme de la cintura, qué tan intenso debía tirarme hacia él, y yo sabía cómo deslizar mis dedos entre su cabello y la intensidad del gemido al saborearlo luego de haberlo creído perdido.

Cuando por fin nos detuvimos no pude abrir mis ojos. No quise hacerlo por temor a que estuviera soñando. Ya había soñado con volverlo a besar en días pasados y casi me desmoronaba al despertar en una habitación si él.

Pero su mano acarició mi mejilla, y cuando abrí los ojos encontré los suyos. Ahí estaba, conmigo. No era un sueño. Era una realidad.

—Te amo, Regina Silva —dijo.

—Te amo, Víctor —dije sin pensarlo.

Escuché un chillido de emoción detrás de mí. Víctor levantó la mirada y rio antes de que yo girara.

Calista sonreía mientras nos miraba. —¿Ya se reconciliaron, tortolitos?

—¿Necesitas algo? —preguntó Víctor.

—No mates al mensajero —dijo Calista—, pero mi productor...

—Ve —le susurré a Víctor.

—No, deja...

—Ve —dije, dándole un rápido beso en los labios—, y de paso gana este torneo mientras voy a presentar mi renuncia.

Víctor rio y cogió mi rostro entre sus manos. —Ya gané el mayor premio que podría ganar.

Reí y nos dimos otro rápido beso antes de que se fuera con Calista.

Di la vuelta y suspiré al verlo caminar.

## Capítulo 30.

*Víctor*

—¡Damas y caballeros! —dijo el anfitrión desde la mesa— ¡Tenemos un enfrentamiento entre titanes del mundo de póker!

Ya tenían una mesa aparte con un millón trescientos mil dólares en efectivo rodeando el trofeo de vidrio soplado en forma de varias fichas de póker una encima de la otra.

Recordé la primera vez que llegué a la parte final de un torneo grande en el que solo quedaban dos jugadores y cómo quedé boquiabierto al ver tanto dinero en efectivo.

*“Por eso perdí,”* pensé sonriendo al ver ese dinero. *“Estaba tan idiotizado por el dinero que no le puse atención a mi oponente y quedé en segundo lugar.”*

Pero yo ya no era aquel chico que recién había perdido a su esposa y renunciado a todo lo que había tenido en la vida. Aquel dinero ya no significaba mucho para mí. Un millón más o un millón menos en mi cuenta de banco, no me importaba.

Lo que me importaba era borrarle la estúpida sonrisa confiada a Nico, de pie al otro lado de la mesa y levantando la mano a saludar al público cuando el anfitrión se dirigió a él.

—¡De Verona, Italia! —anunció el anfitrión, acercándose a Nico— ¡Ganador de dos pulseras de serie mundial y participante en siete mesas finales este año! ¡En busca de su décimo torneo ganado démosle un aplauso a Nico “Solo Negocios” Bagni!

Nico y yo nos miramos. Vi de reojo detrás de él y encontré a la gente de Summit Entertainment mirando atentos. A un lado de ellos estaba Beatriz hablando con Gina.

—¡Y de Chicago! —dijo el anfitrión, girando hacia mí— ¡Hijo de padres alemanes, cuatro veces ganador del premio al jugador del año, tres pulseras de serie mundial y tratando de conquistar su cuarto torneo consecutivo! ¡Víctor “El Adivino” Haumann!

Todos aplaudieron, así que debí darle amor al público. Levanté mis manos y asentí varias veces mientras miraba hacia las gradas, lanzando besos y visualizando que todos iban a mi amada Gina. Cuando la pude ver ella estaba negando con la cabeza, pero sonriendo de oreja a oreja.

—¡Es hora de barajar y repartir! —dijo el anfitrión, y todas las luces del techo se enfocaron en la mesa.

Miré una vez más a Gina, y por la cara de Beatriz podía imaginarme que ya le había informado de su decisión. No me cupo la menor duda que intentaba convencer a Gina de cambiar de opinión, pero mi chica se veía decidida.

*“Concéntrate, tarado,”* pensé al sentarme y mirar a Nico recibir sus cartas. *“No vas contra un novato. Este traidor es uno de los mejores del planeta y sabe cómo juegas. Si te equivocas no dudará en hacerte pagar.”*

Miró sus cartas rápido antes que a mí. Yo aún no veía las mías, pero por lo rápido que vio sus cartas y la falta de un vistazo a sus fichas supe que él tenía una mano mediocre.

—Acabemos con esto —dije con una sonrisa y apoyándome en mi silla—. *All-in.*

—¡Y Víctor Haumann va con todo! ¿Alguien lo vio ver sus cartas? —Gritó el anfitrión.

Podía escuchar los dientes de Nico rechinar desde donde estaba. Estaba seguro de que tiraría sus cartas, pero en lugar de eso...

—Vale —dijo, volteando sus cartas.

Un puñetero par de sotas negras, una de espadas y la otra de tréboles.

Me puse de pie y volteé mis cartas. Los ojos de Nico por poco se le salen de sus cuencas y se puso de pie. Cuando miré las mías reí al ver un par de ases: espadas y diamantes.

“¡Hostia, qué suerte!” pensé al soltar una carcajada.

—Solo tú tendrías las agallas para hacer algo así —dijo Nico, negando con la cabeza y acercándose a mí.

Acerqué mi boca junto a su oído. —Se llama karma, bastardo engatusador —le susurré, y él solo rio antes de alejarse.

El crupier sacó las siguientes tres cartas: cinco, tres y nueve, todos corazones. Ningún as, ninguna sota.

Abrió la cuarta. Una sota de corazón.

Nico gritó de alegría. Tenía la mejor mano.

Yo miré hacia arriba y negué. “Malditos ases,” pensé. “Los odio.”

Aguanté la respiración cuando sacaron la quinta carta y brinqué al ver un as, pero el de corazones.

—¡No me jodas! —grité y todos aplaudieron.

—¡Un color con las cinco cartas comunitarias! —gritó el anfitrión— ¡Ningún jugador gana! ¡Se regresan las apuestas! ¡Qué manera de pelear el primer lugar, damas y caballeros!

Me dejé caer en mi silla y miré hacia donde había visto a Gina. Ya no estaba ahí, pero Beatriz tenía una cara de enfado que me sacó una sonrisa.

Miré a mi alrededor y la encontré junto a Calista y Leonel, quienes seguro estaban explicándole lo que acababa de pasar.

Nico se acercó a mí y me ofreció su mano a estrechar. —¿Qué te parece si hacemos a un lado lo que pasó entre nosotros y jugamos póker?

Apreté su mano y solo le miré a los ojos.

Ambos regresamos a nuestros lugares y el crupier repartió de nuevo.

—Ni de coña, Nico —le dije, y él se detuvo antes de ver sus cartas—. No haré a un lado lo que pasó entre nosotros.

Él resopló. —Este no es el lugar para esto, Vic.

—Es el lugar perfecto para ello —dije, poniéndome de pie—. Cuando nos conocimos yo ya tenía un año en el circuito profesional, y todo mundo me decía que eras una sanguijuela traicionera, que eras doble cara... En fin, todos los adjetivos que se te puedan ocurrir.

Nico respiró profundo.

—Pero yo vi... o más bien creí ver algo en ti... —cogí mis cartas— Creí que bajo ese semblante eras alguien en quien se podía confiar. No sé por qué. Ya me di cuenta de que siempre fuiste así.

Miré mis cartas: un cuatro y un siete de tréboles. Cogí mis fichas y coloqué los dos millones que por regla debía apostar.

—Viste lo que querías ver, Vic —dijo Nico, colocando su apuesta obligada de un millón—. Yo nunca fingí ser alguien que no era. Siempre fui claro aun cuando iniciamos JetHouse que era un trabajo, no una pasión. Y como trabajo que fue, estuvo en mi derecho sacarle todo el jugo que pude.

—Y yo que pensé que estábamos construyendo algo —dije, mirando por encima de Nico hacia los ejecutivos de Summit—. Iniciamos JetHouse porque la gente de Summit tiene una página de mierda, y cuando fue lo suficiente grande para poner en peligro su preciado monopolio ellos no dudaron en usar su dinero para aplastar a la competencia.

Nico vio sus cartas, y alcancé a ver un indicio de mueca en su rostro. —Solo son negocios, Vic —dijo, empujando sus fichas—. Subo la apuesta.

Entrecerré los ojos. Vi mis cartas de nuevo, y asentí. —Pago.

Iguale su apuesta, juntamos nuestro dinero y esperamos a que el crupier mostrara el *flop*: cinco y seis de tréboles, y el as de corazones.

Nico cogió sus cartas como si las fuera a ver otra vez, pero se detuvo cuando notó que lo observaba. En lugar de verlas cogió algunas fichas. —Apuesto —dijo.

“*Cinco veces la obligada mayor,*” pensé al contar sus fichas antes de que el crupier anunciara la cantidad. “*Intenta apostar poco para sacarme tantas fichas como pueda, quizá obligarme a comprometerme al pozo e irme con todo.*”

Miré el *flop* y de inmediato fijé mi atención en el as. Al ver a Nico otra vez lo supe: tenía un par de ases ahí abajo, por eso su primer reflejo fue ver sus cartas.

“*Y mientras tanto yo estoy buscando un color,*” pensé, regresando mi atención a las cartas comunitarias. “*Cualquier carta que le dé otro par me mata, pero todavía estaré en buena forma si pierdo estas fichas. Vale la pena el riesgo.*”

—Pago —dije, deslizando mis fichas al centro de la mesa.

Nico y yo nos miramos a los ojos. Apoyó su codo en la mesa y su rostro en su puño, estirando su dedo índice para rascarse un lado del ojo.

Yo vi de reojo a Gina, y le guiñé el ojo. Su sonrisa me dio toda la tranquilidad que necesitaba.

Casi me da un infarto cuando miro la cuarta carta comunitaria: el ocho de tréboles.

“*Eres mío, hijo de puta,*” pensé, mirando a Nico apostar.

—Vamos —dije antes de que soltara su apuesta—, ¿otra vez cinco obligadas? Los ases hay que jugarlos de forma agresiva.

Nico se detuvo y rio. Nos miramos a los ojos unos momentos, y yo sonreí. Él regresó su apuesta a su pila de fichas y luego miró las cartas comunitarias.

—No tienes los ases —dijo Nico—. Es más, ni siquiera pienso que tengas el color con el as— levantó su cabeza y rio—. O quizá sí lo tienes —tocó dos veces la mesa, indicando que pasaba su turno.

Asentí al mirar de nuevo mis cartas, aunque en realidad no necesitaba hacerlo. Deslicé la mitad de mis fichas hacia él.

—Así es como se debe apostar agresivo —le dije, guiñándole el ojo.

Nico rio. —Hay que saber cuándo hacerlo —asintió hacia el crupier, indicándole que igualaba la apuesta.

El público aplaudió, pues más de la mitad de las fichas totales del torneo estaban en juego en esa mano. Era más que obvio que uno de los dos lo apostaría todo en la siguiente mano.

Sacaron la última carta: un as de corazones.

Nico asintió, me miró y sonrió. —*All-in* —dijo.

Me apoyé hacia atrás, vi de reojo las cartas en la mesa y luego a Gina. Pobrecita, tenía sus manos juntadas frente a su boca como si estuviera rezando.

—Tienes razón —dije, mirando a Nico—, y hay que saber qué hacer cuando se juega agresivo. Por ejemplo, con el dinero que tengo ahorrado e invertido, más la parte que me

corresponde de la venta... No, *del robo* de JetHouse a Summit, tengo más que suficiente para empezar *otra* página de apuestas. Caray, hasta podría contratar a las mismas personas de JetHouse.

—No puedes hacer eso —dijo Nico con tono indignado.

—¡Por supuesto que puedo!

—Tienes una cláusula de no competencia.

—No —dije, poniéndome de pie—. No la tengo, y tampoco ninguno de tus empleados, así que pueden renunciar y venirse a trabajar conmigo.

Nico se puso de pie. —¿Estás loco?!

Miré a los ejecutivos de Summit, y estaban murmurando enojadísimos con Beatriz.

—No, Nico —dije—. Solo no soy el tipo de abogado que busca joder a las personas —miré a Gina y le guiñé el ojo—. Desde un principio nunca quise una cláusula de no competencia para ninguno de mis empleados, pero ese fue un pequeño detalle que no viste porque no supiste detectar, igual que la trampa en la que acabas de caer —miré al crupier—. Pago.

Cogí mis cartas, me puse de pie y las arrojé volteadas en la mesa. Luego de un momento de silencio el crupier las puso bajo las cinco cartas comunitarias.

—Mejor mano: corrida de color, de cinco al ocho de tréboles —anunció.

Nico se sentó y cubrió su boca.

—Mierda —dijo.

Todo el público explotó en aplausos y gritos de emoción.

—El señor Haumann cubre el total del señor Bagni —dijo el crupier con una sonrisa.

—¡Damas y caballeros, tenemos campeón! —gritó el anfitrión— ¡Víctor Haumann gana el Primer Abierto de Póker de Ciudad del Sol!

Me levanté con ambas manos encima de mi cabeza, mirando hacia todo el público antes de acercarme a Nico.

—Creo que deberías ir a hablar con tus nuevos socios —le susurré al oído—. Se ven cabreados.

—No puedo creer que me hayas hecho esto, Vic.

—Te jodiste a ti mismo cuando decidiste joder a quien te consideraba su amigo, Nico —le dije, palmándole el hombro.

Busqué a Gina y la encontré junto a Leonel brincando de la emoción. Sin duda mi amigo le acababa de explicar lo poco probable que fue la mano con la que gané. Le hice saber con la mano que quería que se acercara, y ella no dudo en hacerlo.

—¡Señor Haumann, unas pala...! —dijo Calista al acercarse con micrófono en mano.

—En un momento, hermosa —dije, dando un paso a un lado para recibir a Gina en mis brazos.

Nos besamos, y no sé si fue en mi cabeza o si la gente en verdad aplaudió más fuerte cuando la cargué y giramos juntos en el escenario.

—¿Los mandaste al demonio? —le pregunté.

—Hasta les di indicaciones.

—Yo gané.

—Sí vi —rio—. Te están esperando para entrevistarte, campeón.

—Pueden esperar —acaricié su mejilla—. Te amo, guapa.

—Te amo.

## Capítulo 31.

*Gina*

—¡Se cae, se cae! —grité cuando el trofeo de Víctor se resbaló de mis manos.

Ambos dimos un salto hacia atrás en el ascensor y esperamos verlo hacerse pedazos al golpear el suelo. Por fortuna el vidrio del que estaba hecho era muchísimo más resistente de lo que parecía y solo botó un par de veces.

Solté una carcajada y apoyé mi espalda contra el muro mientras mi campeón recogía su trofeo.

—Lo siento —dije entre risas.

—De ahora en adelante yo estoy a cargo del trofeo —dijo, acercándose y rozando su nariz con la mía.

—¿Solo del trofeo? —susurré, empujando mis caderas hacia enfrente, rozándome contra él y lamiéndome los labios.

Él rio y trató de besarme, pero yo giré hacia un lado y salí del ascensor en cuanto abrieron las puertas.

Casi caigo cuando giré y miré a Víctor. Había bebido demasiado champán en la entrega del premio y en la celebración posterior en el bar del casino. Apoyé la espalda contra la pared y lamí mi labio inferior. Traía mi chaqueta encima de su hombro, y yo jugué con el botón de hasta arriba de mi blusa mientras le miraba.

—¿Y bien? —dije.

—¿Y bien qué? —preguntó con una mueca, levantando su mentón.

—¿No vas a salir?

Entrecerró sus ojos. —¿Por qué haría eso?

Reí. —Ya sabes —mordí mis labios y desabroché el botón con el que jugaba—. Hay otro premio que todavía no recibes esta noche.

—Y me muero por cobrarlo como se debe —dijo Víctor, luego dejó salir una risita y apuntó con su dedo hacia arriba—, pero aún nos faltan dos pisos por subir —luego apuntó hacia un lado — y esa gente está esperando a que subas.

Miré a mi derecha y vi a una pareja sonriendo.

—Tomaremos el siguiente —dijo la chica con una sonrisa educada.

Entré al ascensor con una sonrisa boquiabierta y al verme en el metal pulido de los muros noté lo roja de la vergüenza que me había puesto.

Cuando el ascensor cerró sus puertas Víctor soltó una carcajada y trató de abrazarme.

—Quítate —le dije entre risas, empujándolo sin fuerzas.

—Vamos, eso fue gracioso.

—¡Fue vergonzoso!

—Sí, lo fue —me cogió por detrás de la cadera y cuando sus labios tocaron mi cuello me estremecí y el calor que calcinaba por dentro mis mejillas explotó hacia el resto de mi cuerpo—, pero también fue increíblemente sexy.

—Eres un idiota —suspiré cuando empujé mi cuerpo hacia atrás contra él—. Tienes suerte que te ame.

—Estoy muy consciente de la suerte que tengo —susurró al rodear mi cintura con sus manos antes de subir por mi cuerpo.

Apreté y mis rodillas temblaron en ese momento. Estaba a punto de girar para arrojarme encima de él, pero las puertas del ascensor se abrieron.

Me alejé de él tan rápido como pude, tosi un poco y pasé una mano entre mi cabello.

—¿Es el piso correcto? —le pregunté.

—Ajá —dijo, cogiéndome la mano y mirándome a los ojos—. Sígueme.

Respiré profundo, pero eso no ayudó a bajar la velocidad a la que me palpitaba el corazón. Lo miré de reojo y pareció que mi blusa y falda aumentaron de peso y les salieron espinas por dentro. Así de incómoda estaba con esa ropa y me moría por deshacerme de ella.

Jamás había tenido tantas ganas de desnudarme.

—¿Y ahora qué? —pregunté, tratando de distraerme.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué sigue para ti? —pregunté, y mi corazón se detuvo un instante— ¿Para nosotros?

Víctor se detuvo y sonrió. —Ya veremos.

Solté su mano. —¿Ya veremos?

—Sí.

Solté una carcajada. —Mierda, ¿qué estoy haciendo?

—¿De qué...?

—¡Acabo de renunciar! —grité— ¡Mandé al demonio mi carrera!

—Lo hiciste.

—¿Qué voy a hacer? —dije, mirándolo, a punto de tener un ataque al corazón— Soy una tonta, debí analizar mis opciones, ir a otros bufetes y obtener otras ofertas para...

—Gina.

—Tengo una amiga en Powers, Medina, Riquelme y Carvalho —dije, recordando el favor que le hice a Serena en aquella ocasión—. Quizá pueda conseguirme una...

—¡Gina! —Víctor me cogió del hombro— ¿Te gustó lo que hiciste por Julius?

—¿Qué?

—Contesta la pregunta.

Respiré profundo y sonreí. —Fue increíble —dije.

—Te tengo una propuesta.

—No —dije, apuntándole al rostro.

—Ni siquiera sabes lo que voy a...

—Vas a proponerme que nos asociemos y abramos un bufete.

Víctor rio. —Creo que tienes un talento nato para el póker —dijo—. Podríamos hacer eso, pero no era lo que te iba a decir —seguí mirándolo, y él suspiró—. Quiero que tengas tu propio bufete, y seas la mejor maldita abogada que quieres ser.

Solté una carcajada. —¿Yo y quién más? Yo sola no puedo...

—Me gusta que pienses en grande —dijo entre risas—, pero no, te sugeriría que empezaras por tu cuenta y dejaras que creciera poco a poco —acarició mi rostro—. Ya tienes un cliente.

—¿Quién?

—La nueva página que empezaré con Calista y Leonel —dije—. El derecho es más tu pasión que la mía. Yo solo quiero jugar póker y hacerle el amor a la mujer que amo por el resto de mi



vida.

Di un paso hacia atrás. —Hablas en serio.

—Muy en serio.

Reí. —Quiero que Esther trabaje conmigo.

—Es tu bufete —dije entre risas—. Podrás contratar a quien quieras.

—¿Y vivirás aquí?

—No aquí en el hotel —dijo entre risas—. Compraré un apartamento o una casa linda para nosotros dos.

Nos detuvimos frente a su puerta y suspiré. —¿Así va a ser siempre? —pregunté— ¿Improvisar toda nuestra vida?

—No lo considero así —dijo, abriendo la puerta de su suite—. Lo veo como fijar un rumbo y lidiar con la mierda que la vida nos pondrá en el camino.

Cuando entré sonreí al ver las luces de la ciudad entrando por el ventanal de su sala. Dejé salir una risita y dejé mi bolso en la mesita frente a los sillones.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Víctor.

—Recordé cuando contemplé esta vista por primera vez —dije, negando con la cabeza—. Aquella noche en el bar.

—Si la memoria no me falla... *Lucy* —dijo Víctor a mi oído antes de morder mi cuello, obligándome a cerrar mis ojos y suspirar con las exquisitas vibraciones por todo mi interior—. No pasamos mucho tiempo aquí antes de pasar a la habitación.

Solté una carcajada. —Fue una noche memorable —gemí, estirando mis manos hacia atrás, metiendo mis dedos entre su cabello.

Víctor rio mientras abría los botones de mi blusa. Casi moría de la impaciencia por lo lento que lo hizo. Estaba por gritarle que me tocara justo cuando sus dedos se estiraron encima de la piel de mi abdomen y subieron hacia mis pechos.

—Creo que será una grandiosa historia para contársela a nuestros nietos —dijo.

—¿Nietos? —gemí justo cuando apretó una sola vez antes de liberarme de mi sujetador.

—Sí —dijo Víctor entre risas y entre mordidas y lamidas a mi costado al girarme—. “Miren, hijitos, su abuela era la mujer más ardiente en el bar aquella noche y se aprovechó de la inocencia de su abuelo...”

Solté una carcajada y le empujé hacia el sillón. Me senté encima de él y restregué mi entrepierna encima de él mientras pegaba mi frente a la suya.

—¿Yo, aprovecharme de tu inocencia? —pregunté entre risas.

—Bueno... —Víctor acomodó una exquisita palmada en mi nalga, y con sus dedos tiró mi falda hacia arriba hasta que mi piel rozaba sus jeans—. Tenemos tiempo para hacer algunos ajustes a esa historia.

—Más te vale —dije, abriendo su camisa de un tirón, revelando su pecho desnudo que acaricié con mis uñas de arriba abajo, luego de abajo hacia arriba antes de cogerle las mejillas y besarle.

Había algo distinto en sus besos. Antes parecía haber algo entre nosotros que nos impedía entregarnos por completo. Ya no, la electricidad corrió sin resistencia alguna entre nuestros labios, por nuestros cuerpos, hacia nuestros sexos y nos conectó de una manera que jamás había tenido con nadie.

Víctor se levantó conmigo encima sin ningún problema. Me llevó hasta un mueble pegado a la ventana y me sentó en él.

Se separó, cogió mis bragas y las bajó al mismo tiempo que se arrodillaba ante mí.

Subí mis piernas en sus hombros sin pensarlo y él supo lo que necesitaba hacer para mi máximo placer. Arqueé mi espalda, cerré los ojos y me entregué por completo al placer que sus labios, lengua y dedos desataron en los lugares correctos de mi ser.

Mis nalgas estaban justo en la orilla del mueble, literalmente al borde en todos los aspectos y tras un instante del genio sexual de Víctor me permití dejarme llevar hacia el mayor de todos los éxtasis.

Abrí los ojos y encontré a Víctor frente a mí, de pie entre mis piernas tan desnudo en cuerpo como en alma ante mí. Sus ojos destellaban de un brillo que borró todo a mi alrededor, todo pensamiento del futuro y del pasado, toda preocupación por un mañana que aún no llegaba, pero prometía demasiado.

Le abracé del cuello. Cuando entró en mí llegó hasta mi alma. La sonrisa en nuestros rostros se convirtió en una expresión boquiabierta de nuestra dicha juntos.

La mezcla de nuestros gemidos creó una gloriosa sinfonía que llenó nuestra habitación y sin duda alcanzó todos los rincones de la ciudad en el momento de mayor fuerza, velocidad, intensidad y placer.

—No te detengas —le rogué cuando acercamos nuestros rostros—. No te atrevas a detenerte.

—No tengo intenciones de hacerlo —gimió, cogiéndome fuerte de mis caderas y empujando tan profundo como su cuerpo permitía, lo suficiente para hacer vibrar mi alma y llevarla hasta el cielo como nunca lo había hecho.

—Nunca —dije, tocándole la frente con la mía.

—Jamás.

—Víctor.

—Gina.

—¡Víctor!

—¡Gina!

Nos besamos al mismo tiempo que ambos explotamos.

Nuestros cuerpos se sacudieron como si hubiéramos tenido el mismo terremoto dentro de nosotros a la vez.

Su calor llenó todo mi ser y me estremecí cuando aquella deliciosa relajación nos cubrió.

Esa mirada suya que tantas veces quedó clavada en la mía expresaba algo inefable entre nosotros.

Algo único que solo podría haberse dado si un idiota jugador profesional de póker ligaba a una abogada ambiciosa en un bar de un casino durante una noche.

Sonreí y suspiré al permitir que esa misteriosa energía en mi cuerpo se mezclara con la que Víctor acababa de dejar en mí y ya había llegado a mi alma.

De esa mezcla nació nuestro deseo, nació nuestra pasión.

Nació nuestro amor.

Reí al verlo y suspiré. —Te amo, Víctor.

Él también rio. —Te amo, Gina.

## Capítulo 32.

*Victor*

—Ahí está —Gina apuntó hacia la puerta de la funeraria mientras nos acercábamos. Al levantar la vista vi a Esther mirándonos y con una sonrisa que podría verse desde la luna.

Di un par de pasos acelerados, me detuve y abrí mis brazos. Esther rio, le dijo algo al chico junto a ella, y luego caminó hacia mí tan rápido como pudo.

—Lo siento tanto, muñequita —dije en cuanto la rodeé con mis brazos.

—Gracias por venir —dijo Esther.

Ella dio un paso hacia atrás para cuando Gina nos alcanzó. Le cogí la mano sin pensarlo. Esther lo notó y rio.

—¿Estás bien? —preguntó Gina.

—No tan bien como ustedes, por lo que veo —dijo Esther, luego ella golpeó mi hombro—. Estoy muy feliz por ustedes dos.

—Fue un servicio hermoso —dije, mirando de reojo a Gina.

—Gracias —Esther talló su mejilla una lágrima que escapó de su ojo—. Fueron tantos en la misa, no podía creer que tuvimos gente de pie.

—Eric fue un gran hombre —dijo Gina—. Eso se notó.

—Vaya que sí —dijo Esther, tallándose la otra mejilla de otra lágrima—. ¡Maldita sea!

—Déjalo salir —dije—. Es normal que...

—Lo sé, pero... —Esther miró hacia arriba y dio pequeños saltos en su lugar—. Joder, miro a la mamá de Eric y la señora sí está triste y todo, pero ahí está dando instrucciones y consolando al hermano y a los primos de Eric. Me ha ayudado mucho hablar con ella. Él y yo solo fuimos pareja dos años, pero él llevaba casi diez siendo bombero. Ellos... Ya sabes, sabían que esto podía pasarle y estaban mejor preparados que yo para enfrentarlo.

—Quiero hacer algo, muñequita —dije, juntando mis manos frente a mí cuando ambas me miraron—. Pude darme cuenta, de lo poco que platicué con tu chico, cuánto se amaban.

—Gracias —dijo Esther.

—Por eso quisiera... Ayudarles a ti y a su familia —Esther y Gina me miraron confundidas—. Quiero encargarme de los gastos del funeral.

Gina y Esther se miraron con una sonrisa que me puso nervioso.

—No lo vuelvas a dejar ir —amenazó Esther entre risas antes de mirarme—. Agradezco la intención, pero el departamento de bomberos se está encargando de todos los gastos del...

—Ellos solo cubrirán los gastos básicos —dije con una sonrisa—. Ustedes elijan *lo que quieran* para Eric. Si lo cubre el departamento de bomberos, bien. Si no, mándame el recibo y yo me encargo. En este momento concéntrense en despedir a tu chico. Deja el dinero en mis manos.

Esther sonrió y luego miró a Gina, que además de tener la sonrisa más grande que le había visto tenía los ojos llorosos y apretaba sus labios.

—Quieres besarlo, ¿verdad? —preguntó Esther.

—Más de lo que crees.

—¡Bésalo, entonces! —ella empujó a Gina hacia mí y nos dimos un rápido beso— Iré a preguntarle a la mamá de Eric si quiere aceptar tu ayuda. No se vayan.

Esther se fue caminando rápido. Gina me miró y pegó su hombro a mi pecho. —Eso fue algo lindo.

—Que sirva de algo todo mi cochino dinero.

—Si no lo quieres podrías dármelo todo a mí —dijo Gina entre risas.

—Así que eso es lo que quieres —dije, arqueando mis cejas—. Solo estás conmigo por mi dinero.

—Bueno —Gina puso sus manos en mi pecho—, no es lo único que quiero.

Ambos reímos, nos abrazamos, luego nos sentamos en unos bancos ahí cerca.

—Ya hablé con Calista y Leonel —dije—. Ella se encargará de todo lo mediático: televisión, promoción, cosas así. Leonel se encargará de lo administrativo y del día a día, y tú y yo de lo legal.

—¿Ya pensaron en un nombre?

—Aún no.

—Necesitamos uno para los estatutos de la compañía.

—Lo sé.

—¿Qué tan difícil es ponerle un nombre a su nueva página de apuestas?

Solté una carcajada. —Nico y yo pasamos una semana pensando en eso la última vez. Ahora que somos tres socios imagino que tardaremos más en ponernos de acuerdo.

—¿Cómo fue que se decidieron por JetHouse?

Reí nervioso y la miré. —No podemos hacer lo mismo.

—¿Por qué no?

—Créeme, no quieres saberlo.

Gina giró su cuerpo hacia mí y cruzó sus brazos. —Créeme, sí quiero saberlo.

Respiré profundo. —Son los apellidos de... Una... Bailarina exótica... y el nombre de un bailarín exótico.

—¿Qué?

—Ya lo dije.

—Vas a tener que darme más detalles.

—La chica tenía por apellido House, y el chico que estaba con Nico se llamaba Jet. Jet, House, JetHouse.

Gina soltó una carcajada. —Eres un idiota.

—¿No te cansas de decirme eso?

Ella acercó su rostro al mío. —Eres un idiota —susurró antes de volvernos a besar. Nos dejamos llevar un largo rato con nuestros labios disfrutando el momento entre nosotros.

Hasta que mi puto móvil sonó.

—Contesta —dijo Gina, interrumpiendo un poco nuestro beso.

—No —dije—. Puede dejar un buzón de voz.

—Víctor —dijo Gina entre besos—, podría ser la agente de bienes raíces.

Dejé de besarla, suspiré y saqué mi móvil y gruñí al ver que sí era la agente de bienes raíces. Gina me arrebató el teléfono antes de que pudiera contestarlo.

—¿Diga? ¿Claudia? —contestó.

—Me estaba llamando a mí —susurré, y Gina puso su mano en mi boca.

—Sí, soy Gina... —ella asintió— Ajá... Ya veo... Yo le digo, gracias.

Ella quitó su mano de mi boca. —¡Habla, mujer!

—El lugar es tuyo —dijo Gina al meter mi móvil dentro del bolsillo de mi chaqueta.

—Sabía que iba a ser mío —dije.

Ella soltó una carcajada. —¿Cómo podías saberlo?

—Ofrecí el triple de su valor en el mercado.

Gina dejó de reírse. —Víctor, eso es más de tres millones de...

—Lo sé.

—¿Por qué pagarías tanto para...?!

—Porque está cerca del centro de negocios de la ciudad —dije, poniendo mi mano encima de la rodilla de Gina—, así que podrás quedarte conmigo las veces que quieras sin preocuparte por llegar tarde a tu nueva oficina.

Ella bajó la mirada y yo acaricié su barbilla. —No puedo creer lo rápido que está pasando todo.

—Créelo —dije, y Gina rio.

Miramos hacia la entrada de la funeraria y nos pusimos de pie cuando vimos a Esther caminando hacia nosotros.

—¿Qué te dijo? —pregunté.

—Agradecemos y aceptamos tu generosa oferta —dijo Esther antes de darme un abrazo fuerte.

—¿Qué harán más tarde? —preguntó Gina.

—Cuando nos entreguen las cenizas acompañaré a la señora a su casa y creo que estaré con ellos un rato. Ella se quedará con él hasta que tengan preparado su nicho.

—Puedes tomarte todo el tiempo que necesites antes de presentarte a trabajar —dijo Gina.

Esther rio. —¿Y dónde me presentaría?

—Te mandaré la dirección —dijo Gina—. Te encantará el lugar.

—Bueno, siendo que ahora seré asistente de la dueña asumo que tendré un aumento de sueldo.

—Por supuesto.

—¿Beneficios?

—Seguro médico, dental, todo lo que tenías antes.

—¿Bono de contratación?

Reí y Gina me miró. —Esta niña está desperdiciada siendo asistente —le dije.

Vimos a la familia de Eric salir de la funeraria. La señora miró en nuestra dirección y sonrió. Yo asentí y levanté mi mano para despedirme.

—Lo hablaremos en su momento —dijo Gina.

Esther dio unos pasos hacia atrás, sonrió al vernos uno, luego al otro y soltó un sollozo. —Eric tenía razón —dijo—. Ustedes hacen una grandiosa pareja.

—Ay, muñequita —dije, acercándome a darle un abrazo.

Unos segundos después ella me acomodó un puñetazo en el estómago. —No lo vayas a arruinar.

—No planeo hacerlo —dije entre risas.

Esther me apuntó con su dedo índice al rostro, sonrió y dio la media vuelta antes de irse con la familia de Eric.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Gina.

La miré y suspiré al mismo tiempo que un punzón familiar aparecía en mi pecho. —Ese dolor que tiene jamás desaparecerá —dije—, pero aprenderá a vivir con él —me encogí de hombros—.

Quién sabe, puede que algún día se atreva a amar otra vez —miré a Gina, y ella estaba sonriendo—. Si yo me pude enamorar siendo un reverendo canalla e hijo de puta, con más razón un pan de Dios como ella.

—Espero que sí —dijo Gina, abrazándome.

La separé y entrecerré mis ojos mientras la miraba a los ojos. —¿Alguna vez has ido a las Maldivas?

—¡Claro! —dijo entre risas— Voy todos los veranos con mi mamá —acomodó un manotazo en mi pecho—. Por supuesto que no, tarado. Ni siquiera sé dónde están.

—Vámonos.

—¿Qué?

—Este fin de semana —dije, sonriendo—. Tomémonos una semana de vacaciones. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?

—¡No podemos! —dijo— Tenemos mucho que...

—El trabajo nos estará esperando aquí cuando volvamos.

—Pero...

—Pero nada —dije, mirando a Gina a los ojos—. Vámonos.

Gina rio. —Estás loco.

—Pensé que era un idiota.

—Eres un loco idiota.

—¿Un loco idiota que te está convenciendo?

Ella apretó sus labios. —No sé.

—Anda —me acerqué a su cuello—. Imagina amanecer con el sol de la mañana saliendo del océano índico, y tu piel siendo acariciada por la brisa del mar, mis manos y mis labios.

Gina gruñó. —Vale.

—¿Vale?

—Bueno...

—¡No! —me enderecé y la miré a los ojos— Ya aceptaste.

—Tengo que avisarle a mi madre.

—Le avisas en el camino al aeropuerto.

—¿Camino al...? —ella soltó una carcajada— ¡Tengo que empacar algo!

—Lo único que necesitas lo traes debajo de tu ropa interior —le dije, guiñándole el ojo.

Gina reía mientras me acercaba a la acera y le hacía señas a un taxi para que se detuviera.

—¿Así será mi vida contigo de ahora en adelante? —preguntó Gina entre risas.

—Espera a que estemos casados —murmuré.

—¡¿Qué dijiste?!

—Que te amo —le cogí de la cadera y le besé mostrándole qué tan en serio iba lo que acababa de decirle.

Gina suspiró cuando separamos nuestros labios. —Te amo, Víctor... Pero dime lo que acabas de decir.

Abrí la puerta del taxi. —Ya me jodí, ¿no es así?

—Así es —dijo Gina antes de darme un rápido y tierno beso—, ya te jodiste.

—Bendito sea el señor.

FIN



Juntos vivirán un amor que ni el tiempo borrará.

Con una hija que criar y un malnacido por exmarido, Camila Santana deja atrás cualquier ilusión de pasión en su vida y se enfoca en su trabajo. Pero con el regreso de su primer amor aquellas sensaciones que juró jamás tener hacia ningún hombre, por más encantador, confiado, fuerte e irresistible que fuera, vuelven a apoderarse de sus pensamientos. Él ahora es su jefe, y ella no puede negarse a soñar.

Heredar la fortuna y el negocio familiar parece ser más sencillo para Thomas Beringer que los horrores vividos en su ejemplar carrera militar. Pero la mirada hipnotizante y brillante de la chica que dejó atrás sigue revolviendo emociones en su corazón, y sus palabras timbran con verdades que le obligan a enfrentar los fantasmas de su pasado y pensamientos demasiado peligrosos para su paz mental.

Aunque ambos se rehúsen a ello, verán que el dolor del pasado y las lecciones del presente tienen la clave para un grandioso futuro para ellos y para todos los que les rodean, y aprenderán que el amor verdadero puede doler, pero la dicha que le acompaña trasciende toda barrera que el tiempo impone.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)



Con su amor harán sus sueños una espléndida realidad.

Amanecer en el apartamento lujoso de un completo extraño no es la forma en que Dolly Villanueva quiere iniciar su nueva vida honrada y responsable. El toque de aquel extraño basta para encender su piel, su mirada apasionada emociona su corazón como ningún otro, y sus labios invitan su mente a volar. La idea de una última indiscreción resulta irresistiblemente atractiva, aún tras descubrir que se trata de su nuevo jefe.

En el corazón de Logan Dreschner sólo hay lugar para su compromiso de darle al mundo un mejor futuro. Su vida gira alrededor de su trabajo y de nada más. Considera el amor una distracción que había podido mantener a raya hasta que esa chica tan juguetona y peculiar se colara entre sus defensas y raptara su atención con su energía tan llena de alegría y gusto por disfrutar la vida.

Su atracción desenfrenada los llevará a tentar los límites de lo permitido entre dueño y empleada, y cuando ambos lleguen al borde de perderlo todo caerán en cuenta que sólo juntos serán invencibles ante cualquier obstáculo en el camino de su pasión y que el amor, en verdad, lo puede todo.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)





Tres chicas experimentarán una vez más aquella pasión explosiva que cambió sus vidas tras largas horas en el trabajo.

Sean solamente sus secretarias, unas dedicadas empleadas bajo su supervisión, o las asistentes ideales cuya presencia vuelve los días en la oficina algo mágico y emocionante, el amor irresistible irrumpe en sus días de la mano de sus ardientes jefes millonarios y sus vidas jamás serán igual.

Vuelve a vivir las historias de Emilia, Serena y Briseida ahora en un solo libro.

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon USA!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon España!](#)

[¡Cómpralo aquí si usas Amazon México!](#)

¡Gracias, cariño, por leer hasta el final! Espero hayas disfrutado la lectura tanto como disfruté escribirla.

Un agradecimiento muy pero muy especial para mis lectores y lectoras pero que me han ayudado a darles una mejor experiencia. Siendo de México entiendo que muchas de mis expresiones se escuchan —más bien se leen— raras para quienes viven fuera de mi país. Así que gracias de todo corazón a Majo, Charo, Lorena, Steffany, Mila, Keila, Hugo y Jorge.

Te invito a que me dejes tu opinión sincera de mi trabajo. Me encantaría saber lo que **te gustó** y lo que **no te gustó**. Eso me ayudaría mucho a crecer como autor y darte en un futuro muchísimo mejores lecturas.

Si deseas conocer todas mis obras puedes verlas en mi Página de Autor en [Amazon USA](#), o en [Amazon España](#).

¿Quieres estar en contacto conmigo? Te dejo mi Página de Autor en [Facebook](#).

Nos vemos pronto.

Un besito donde más te plazca.

*Emma H. Johnson*